FRAY MOCHO



"PAJARO NOCTURNO"

Composición por WILLIAM HOUGHTON

N.° 697

01-9-1925.

El fósforo más conveniente para cada uso

Para el fumador

1 Caja por **5** centavos
(40 fósforos)



Con **1** oportunidad de hallar premio.

Para uso doméstico

2 Cajas por **15** centavos
(150 fósforos)



Con **4** oportunidades de hallar premio.

$ 100.000 en BONOS de AHORRO POSTAL de **100.--, 50.--, 10.--,** y **5.--** $ **regalamos**
permanentemente repartidos en ambas Marcas en proporción a su contenido de fósforos

Cada libreta de Ahorro Postal es una contribución a la grandeza del país, al mejoramiento de la sociedad y al bienestar de los individuos.

COMPAÑÍA GENERAL DE FÓSFOROS
LIMA, 239 — *BUENOS AIRES*

FRAY MOCHO

Año XIV | Buenos Aires, 1.° de septiembre de 1925 | Núm. 697

El penado de la celda 176

Por ARTURO ALEZZANDRINI

(Ilustración de Rojas)

EN los pabellones del penal retumbaban, aquella fría mañana de junio, las voces que partían desde el centro de observación:

—Penados de imprenta.

—Penados de boletines.

—Penados de zapatería.

Era la hora de entrada a los talleres y los reclusos salían de sus celdas, tal como si fueran un enjambre de abejas en peligro, acudiendo al llamado del subalcaide.

—Herreros.

—Fundidores.

Continuaba vociferando el funcionario, lo más fuerte que podía, con un acento tan singularmente afónico, que mejor parecieran aquellos gritos, producidos en su estómago.

Los penados, trémulos, somnolientos aún, se iban alineando, uno a la vera del otro. En seguida de asentar sus respectivas designaciones numéricas, en unos papeles que reposaban sobre una tablilla portátil, el subalcaide ordenaba la marcha de las columnas, hacia cada taller, haciendo un chasquido con los dedos. Un guardián asumía la custodia de un grupo determinado y así, en formación, emprendían la marcha hacia el trabajo, con el paso lento y las cervices inclinadas, aquellos hombres, en quienes no era empresa difícil adivinar la pesadumbre mortificante que provoca la vida del presidio.

A poco rato, un gran silencio pobló los pabellones, que a manera de monstruosas bocas rectangulares, convergían, radiales, hacia el centro del enorme círculo.

Había en el ambiente un hálito de gravedad profunda.

Una tosecilla ronca y periódica comenzó a quebrar la apacibilidad. Era aquella una tos penetrante que salía de la celda 176 del pabellón número dos. El guardián, encargado de la vigilancia, principió a inspeccionar las celdas vacías. Abría, una tras otra, las gruesas puertas rojizas, metía una gran llave en las cerraduras, descorría los cerrojos, penetraba y luego de breves instantes, salía. Esa operación monótona, era un requisito disciplinario que se cumplía diariamente. Por fin, llegó el guardián a la celda 176. Rechinaron los goznes de la puerta, al abrirse. Dentro estaba un hombre, sentado en el borde de la litera, encorvado y con las manos en el abdomen, comprimiéndolo. El recluído miró de hito en hito la figura bizarra del celador. En su rostro magro y en sus ojos irritados y hundidos se reflejaba un intenso dolor que él trataba de disimular. Inútil resultó la mentida indiferencia de su fisonomía a la perspicacia del carcelero.

—¿Qué le pasa, Ahumada?—preguntó el guardián, haciendo bailar sus ojillos vivaces.

—Nada... ¿qué quiere que me pase?—replicó el preso, bajando la cabeza y mordiéndose los labios.

—Hum... Algo hay aquí... usted no es hombre de agachar la cabeza... Algo hay aquí.

Penetró el celador al interior de la celda y echó una ojeada en derredor. Luego, acercándose al recluso, continuó:

—Vamos, Ahumada. ¿Por qué no fué a su taller?

—Estoy medio mal—masculló el presidiario con tono gangoso y arrastrando las palabras.

—¿Está mal?... Voy a llevarlo al consultorio interno... Venga..., vamos.

—No, no voy a ir..., no es nada...



—Ahumada, le digo que me acompañe — ordenó el guardián con voz enérgica y actitud decidida.

—Barrón... no quiero ir—moduló el penado, haciendo un esfuerzo para mirar a su interlocutor.

Se serenó el carcelero y cambiando de tono le dijo, casi con dulzura:

—Atienda, Ahumada. No se haga el loco. No se olvide que me debe respeto y acatamiento. Venga..., se lo digo por su bien... Vamos.

El recluso suspiró profundamente y con dejo de impaciencia, murmuró:

—Ahora estoy bien... ya no tengo nada... Déjeme tranquilo, Barrón..., déjeme tranquilo.

En las palabras apagadas, podía descubrirse, fácilmente, que aquel hombre trataba de soportar, lo mejor que podía, un dolor físico cada vez más apremiante.

—Bueno, Ahumada..., viene conmigo o lo hago llevar por la fuerza. Elija —increpó, con serena autoridad, el carcelero.

—Haga como le parezca.

—Venga, entonces...

—Le digo que no vale la pena...

El guardián posó su mirada en un charco de sangre que el preso trataba de cubrir con los pies. Viendo aquello, aquél ya no pensó más.

—¿Usted está herido, Ahumada?... Pronto... vamos.

—¿Dónde? ¿Para qué?

El carcelero, dándose cuenta que a aquel hombre había que atenderlo por otros medios, echó a correr, en demanda de sus superiores. Con un rugido espantoso lo despidió el preso, mientras se abandonaba en el lecho, sin quitarse las manos del abdomen. Aquellas manos crispadas y temblorosas, estaban entrelazadas con tal fuerza, que los dedos presentaban unas manchas moradas en las intercepciones. El penado se debatía, hacía esfuerzos para incorporarse, pero le flaqueaban las fuerzas. Cuando sintió los pasos de alguien que se avecinaba, llevado por su instinto, quedó inmóvil. Era evidente que la principal preocupación de aquel infeliz, consistía en no demostrar su sufrimiento.

En seguida penetró a la celda el practicante de guardia, precedido por tres o cuatro celadores. Por pronta providencia, los recién llegados, se dispusieron a quitarle las ropas, en algunas partes ya endurecidas por la adherencia de sangre seca. Inmediatamente, no sin costoso trabajo, le quitaron las manos del vientre. Una extensa herida quedó descubierta. El tajo, en forma de media luna, llegaba desde el ombligo hasta la ingle izquierda.

El practicante pidió una camilla. Pocos minutos después aquel hombre descansaba, anestesiado, sobre la mesa de operaciones del pequeño hospital del establecimiento.

Pasaron algunos meses. Ahumada, después de una larga convalecencia, tomaba ahora el sol, recostado en el cerco de alambre tejido, con la vista puesta en la copa de una palmera, donde revoloteaban, haciendo infernal bulla, una familia de gorriones.

Un hospitalizado se le acercó.

—Hola, Ahumada..., quién diría, de la que te has salvado.

—Más valiera haberme muerto... —moduló el interpelado con dejo de amargura.

—Más valiera... ¿por qué? Déjate de zonceras, la vida es muy linda, aunque sea aquí.

—Eso es cierto. Aquí es donde uno aprende a saber lo que es la vida... pero yo—agregó después de una pausa—no debía haber vivido.

—Si lo decís por la condena... doce años no son tan largos. Durmiendo cuanto se pueda, la pena se achica. Después de todo no se pasa tan mal en la cárcel. Todo es cuestión de acostumbrarse. Fijate en mí..., diez y siete años y arriba "confinamiento".

—No, no es eso. ¡Qué me importa la condena! Si para eso ha nacido los hombres, para sufrir. Hay otra cosa... hay otra cosa...

—Ya lo adivino. La "condicional" de Leyva tiene mucho que ver con tu "entripado". Si no ando cerca... No tengas recelo, hermano, sé franco. Al fin y al cabo ¿qué mal puedo hacerte yo con saberlo?

El interlocutor del 176 era un mocetón corpulento y de cara fresca. Tenía fama de "bueno" entre la población penal y más de una vez había dado la cara en defensa de algún débil. A pesar de sus pésimos antecedentes policiales, era éste un sujeto simpático a primera vista. Cumplía a la sazón, una larga condena por homicidio en la persona de su amante, Herminia Adantoli, una mujer bonitilla, que lo engañó con un amigo íntimo.

Ahumada, repentinamente, le tomó un brazo y le declaró:

—Sí, "Colito". Vos lo has adivinado. Ese me pegó mal. Me pegó mal y yo no dije nada. Hice creer que fué



una tentativa de suicidio. Que el "Chino" me había contado cómo se suicidaban los japoneses y que yo quise matarme en la misma forma: destripándome. Ahora ese está en la "calle". Si yo llego a saber que estaba por salir...

Cerró el puño y se mordió los nudillos, haciendo una mueca feroz. "Colito", no sabiendo qué hacer, se puso a dar de puntapiés en el tejido. En seguida continuó el 176:

—Sufro, hermano; sufro por eso mismo. ¿De qué me sirvió negar, si no lo podré ver más? Vivo solamente con una esperanza: que algún día nos encontremos frente a frente... Pero, doce años son muy largos...

—¿Y si cayera otra vez?

—Si cayera... si cayera... A cambio de eso no me importaría ni una reclusión perpetua. Si cayera... si cayera...

Mientras decía así, su fisonomía cobraba un aspecto de imponente fiereza, rechinábanle los dientes y los ojos le brillaban con un extraño fulgor.

—¡Ciento setenta y seis!—gritó un enfermero, desde la puerta que daba al pequeño jardín cercado.

—Te llaman—advirtió "Colito" a su camarada.

Después de un hasta luego, Ahumada echó a nadar en dirección al llamado.

El enfermero le hizo seña, para que le siguiera y ambos desaparecieron por un pasadizo bañado de sol. Poco después el 176 estaba frente a un médico del nosocomio.

—¿Usted es el 176, Andrés Ahumada?

—Sí, señor—respondió levemente el interpelado.

—Bueno—comenzó el galeno, corrigiendo la posición de sus lentes,—usted ya está curado, ya no tiene por qué continuar en el hospital. Ahora se le conducirá hasta el Instituto de Criminología, ahí lo examinará el psiquiatra para que informe sobre el estado de su cerebro.

El médico escribió algo sobre un papel, lo releyó y luego de doblarlo cuidadosamente, advirtió al enfermero:

—Llame a un guardián.

Unos minutos después reapareció el enfermero precediendo a un celador.

El galeno entregó a éste el papel y le ordenó secamente:

—Acompañe a este penado hasta el Instituto de Criminología, después lo lleva a la Sección Penal y le entrega el conduce al señor alcaide.

A poco desaparecieron el celador y el presidiario.

Después de los trámites de estilo, Ahumada quedó nuevamente instalado en su celda. En esos instantes su espíritu estaba algo más animado que de costumbre. Se entretuvo en revistar sus objetos. Un recluso, venía por el pabellón, susurrando muy pianamente un tango pasado de moda, al llegar frente a la puerta, miró, como por descuido, hacia el interior. Cesó de pronto, permaneciendo estupefacto. A poco rato reaccionó y atinó a gritar:

—¡Andrés!

Ahumada se dió vuelta, miró con infinita sorpresa a su interlocutor y exclamó:

—¡Anselmo! ¡Anselmo!... ¿Aquí? ¿Pero por qué te han traído?... ¿Vos también, hermano mío?...

Los dos hombres se abrazaron fuertemente, permaneciendo estrechados unos minutos. Por último, el más joven comenzó a mascullar, secándose las lágrimas con los dedos.

—Es el sino. Ayer me trajeron con algunos más.

—¿Con qué condena venís?

—Con quince años.

—¡Quince años! Qué enormidad muchacho. ¿Homicidio?

—Homicidio. No hubo más remedio, Andrés; maté porque así tenía que ser..., en defensa de nuestra hermana.

—Muchacho. Muchacho... ¡qué has hecho!!...

El 176 se apretaba la cabeza con ambas manos significando su desesperación y continuaba repitiendo:

—Muchacho.... muchacho — de pronto cambió bruscamente.—¿Pero? ¿cómo es posible que nuestra madre me haya ocultado?...

—Pobre vieja... ¡Cuánto ha sufrido, cuánto sufre!... ¿Para qué te iba a contar tanta desgracia? Vos estabas muy enfermo, según me decía ella...

—Pobre vieja..., pobre Elodina... Quedan solas. Solas... Muchacho... ¿Pero cómo ha sucedido?

—La fatalidad, hermano. Fué un amigo tuyo.

—¿Un amigo mío?...

—Sí, Dionisio Leyva.

—¡¡Dionisio Leyva!! ¿Mataste a Dionisio? Hermano... hermano...

La fisonomía de Andrés Ahumada cobró un aspecto de difícil descripción. Era aquella una mueca de alegría y de dolor a la vez, algo así como pronunciada sonrisa dolorosa.

—El infame—principió a relatar el jovenzuelo — se quiso propasar con Elodina. Se conocieron a la salida de la sombrerería donde trabaja ella. Un día vino a casa. Supo que éramos hermanos tuyos. Nuestra madre estaba, en esos días, atendiendo a tía Eufrania que estaba por salir de cuidado. Aprovechó, el miserable, la oportunidad. Me llamó aparte y me dijo, que era muy amigo tuyo; que había cometido una "zoncera" y que le hiciera el favor de tenerlo en casa por dos o tres días, hasta tanto él pudiera arreglar, en buena forma, el asunto y pedir a Elodina para casarse, libre de toda mancha. Pensé en vos, y lo dejé guarecerse en casa. Esa misma noche, el canalla, se pasó al cuarto de Elodina. Primero sentí unos murmullos, más tarde fueron gritos. No me detuve más, saqué el revólver de la mesa de luz y corrí al dormitorio de Elodina. El cobarde, que ya la había dominado, al verme, la soltó y corrió hacia la puerta. Yo, todavía espantado, no lo pude ver salir. Pero en seguida me di cuenta que se lanzaba a la calle. Lo perseguí. A pocos pasos lo alcancé... y lo demás... lo demás, te lo imaginarás... Las seis balas se incrustaron en su pecho...

—Hermano...

Ambos tornaron a abrazarse. Andrés Ahumada dibujaba, aún, en el rostro aquella mezcla de gozo y de abatimiento; aquel hombre, a pesar de todo, no podía ocultar el placer de la venganza, consumada inconscientemente, por ese hermano que se convertía en un número más.

Comenzaban a llegar los penados de los talleres y todo el pabellón se pobló de ruidos y de algarabía.

La penumbra se colaba, paulatinamente, por las rejas de la pequeña ventana de la celda, como si quisiera confundir su intensidad con la suerte de aquellos dos seres desgraciados.

Frases célebres

Acababa de celebrarse con éxito ruidoso el estreno de "Electra".

El pueblo de Madrid, entusiasmado, tributó a don Benito Pérez Galdós un cariñoso homenaje, acompañando al maestro hasta su casa, aclamándole sin cesar.

En la manifestación iba un sastre, gran admirador del insigne literato, que vivía en una de las calles del barrio de Vallehermoso.

Este sastre, que padecía una cojera bastante pronunciada, se reunía con frecuencia, para leer obras de Galdós, con algunos de sus vecinos, también entusiastas devotos de la ilustre personalidad del maestro.

El día del estreno de "Electra" no pudieron asistir a la representación por no haber llegado a tiempo para adquirir localidades; pero deseosos de tomar parte en el homenaje que seguramente el público había de tributar al gran dramaturgo, se fueron a la puerta del teatro para conocer el resultado del estreno.

Al acabar éste y organizarse la manifestación que acompañó a don Benito hasta su casa, formaron en ella, llenos de júbilo, el sastre y sus acompañantes.

Aclamando a Galdós, aplaudiéndole con entusiasmo, cruzaron, mezclados entre la multitud, numerosas calles de la villa y corte. Por fin, después de mucho caminar, el aludido sastre sintióse rendido a causa de su cojera causándole gran trabajo seguir a la manifestación.

Hacía esfuerzos supremos para no quedarse atrás y redoblaba sus energías para continuar la marcha; pero como todo su vigor hubiérase ya agotado, fueron también apagándose en sus labios, falto ya casi de aliento, los vítores al insigne dramaturgo.

Algunos de sus amigos advirtió el silencio con que avanzaba el sastre, y sorprendiéndose que no continuara vitoreando y aplaudiendo, le dijo:

—¿Pero qué te pasa que no das vivas a Galdós?

El sastre detúvose un instante para poder hablar, y, cuando pudo hacerlo, exclamó frenético:

—¡Que viva Galdós, pero que viva más cerca!

Los caprichos de los niños

¿Por qué tienen caprichos los niños? Se cree que un capricho es una extravagancia sin causa ni razón, que no vale la pena de estudiarse, y esto es un error. Para nosotros no tendrán causa ni razón; pero la tienen sobrada para el niño, y eso es lo que no se ha estudiado, como dice muy bien Paula Lombroso. Hay, sí, muchos caprichos de pura malicia y por puro espíritu de tiranía; pero hay otros que tienen su origen en un estado psíquico de misoneísmo o de irritabilidad especial que requieren ser tratados con tacto y dulzura.

El misoneísmo, el odio a lo nuevo, es característico de los niños en la primera infancia, y se revela en la inercia que opone a las correcciones de su lenguaje, insistiendo en repetir la palabra incorrecta balbuceada en sus primeros ensayos para hablar; el niño a quien se enseña a pedir permiso para entrar en una habitación, lo pide aunque no haya nadie; y el que se acostumbra a soplar su comida caliente, sopla hasta los helados. Este odio a lo nuevo tiene su razón fisiológica, pues un niño no tiene vigor bastante para cambiar a cada momento de orientación y admitir ese constante hacer y deshacer que requiere el desarrollo de la existencia.

Muchos de los caprichos del niño son debidos a su apego a la rutina. Un niño de diez y ocho meses debía estar levantado la noche de Navidad para ver el árbol de Navidad; cómo estaba acostumbrado a tomar el último biberón en la cama y en camisa, de noche, cuando sintió hambre y se le dió la leche empezó a gritar como un desesperado, y no se calmó hasta que se le puso la camisa de dormir y se le metió en la cama; una niña de cinco años, hospedada en casa de la Lombroso, no quería bañarse ni en el cuarto de baño ni en su alcoba, sino en la alcoba de la madre de Paula, "porque en nuestra casa—decía la niña—mamá se baña en su alcoba" Una vez Lombroso fué llamado en consulta para un niño que cuando entraba en cierta habitación gritaba y lloraba, sin que nadie acertara con la causa; la causa era que habían metido allí una gran cómoda que modificaba la disposición de los muebles; arreglada la habitación como estaba antes, el niño se calmó. Todos estos caprichos son naturales y no deben preocuparnos, como no nos preocupamos de que el niño no sepa andar o no tenga dientes.

Más graves y más difíciles de curar son los caprichos que parecen accesos de manía. Alfredo Musset rompió un día un espejo magnífico con un taco de billar, sin que su madre se atreviese a reñirle, sabiendo que era víctima de su nerviosidad. Jorge Sand cuenta, entre los caprichos de su hija, el que tuvo un día para salirse con la suya de no pasear a pie: al bajar del coche se encontraron con que se había quitado los zapatos y los había tirado a la calle sin que la vieran, quedándose descalza.

Paula Lombroso fué testigo de una escena terrible promovida por una niña caprichosa que no quería irse a la cama cuando ya era hora de acostarse; la niña se puso furiosa y decía: "Voy a la cocina, cojo el cuchillo y os mato a todos: mato al padre, a la madre, a los hijos y a las hermanas, y luego os cortaré la cabeza, y os sacaré toda la sangre, y os pondré cabeza abajo, y luego me escaparé a un bosque y me perderé, y no me encontraréis y lloraréis; ¡malos, malos, malos!" otra niña se empeñaba en que le daban botas diferentes que las otras de sus hermanos, botas "que se paraban", mientras que las otras no se agarraban nunca al suelo. Estos caprichos son fruto de un malestar crónico o agudo, que sólo se curan atendiendo al estado general, robusteciendo al niño para establecer el equilibrio de sus facultades.

Así como con los caprichos que dependen de atraso intelectual o de un estado excepcional de irritabilidad debemos ser indulgentes, con los que sólo significan imperiosidad y testarudez debemos ser inflexibles. El niño tiene la más fina intuición de nuestra debilidad, y si nota que estamos dispuestos a ceder, empieza por dilettantismo a probar nuestra paciencia, y acaba por hacernos víctimas de su tiranía. Una niña de tres años se empeñaba en que su madre la paseara en brazos horas y horas, gritando en cuanto la dejaba un momento; otra de diez y seis meses no permitía a nadie sentarse en su habitación en otra silla que la por ella designada, y para ello obligaba a levantar sin compasión a una anciana de ochenta años de su sillón; esa misma niña había de merendar sentada dentro del aparador y en compañía del gatito de la casa; otra niña de dos años y medio se planta en medio de la calle y quiere saber por qué han escrito una T en el eje de una casa en construcción, y porque no la satisfacen las explicaciones se irrita y patea y no quiere moverse de allí. Nada de esto debe tolerarse. Una buena reprimenda, y a la cama: ese es el mejor remedio.

Hay padres que están reducidos a comer sin servilletas, ni salero, ni platillos, ni copas, porque no saben imponerse a sus hijos; y otros que no pueden ir con ellos de paseo porque todo se les antoja, mientras que saliendo con la niñera van tranquilos. El daño de esta conducta es gravísimo, y es preciso saber usar de autoridad y de energía para que el capricho del niño, apenas nacido, desaparezca de raíz, sin dejar retoño alguno. Es el modo de lograr tranquilidad y de extirpar en los niños nocivas pasiones, preparándoles un porvenir dichoso.

LOS POEMAS DEL MAR Y DE LA ESTRELLA

Por

ATILIO GARCÍA Y MELLID

(Del libro de versos, así titulado, recientemente aparecido)

Visión de mar y cielo

Entusiasmo viril el de las olas
que alzan castillos locos bajo el cielo,
mientras las barcas gravemente solas
se agitan con un dulce desconsuelo.

La noche vuelca suavidad de seda,
la ronda de astros sus leyendas fragua
y en explanada de silencio rueda
la luna, que inaugura cielo y agua.

El corazón, en tanto, en la oportuna
soledad, sobre el mar tiende su vuelo,
suspendido en un rayo de la luna
con un ala en el mar y otra en el cielo.

Primera estrella

En la ribera, con absurdo halago
un grave sauce sobre el mar descuella,
y en su maraña que ese amor aciago
doblegó, suspendida está una estrella.

Su luz amarillenta pone un gesto
de agonía en la playa que se asombra,
y por la tarde cruza con funesto
paso la caravana de la sombra.

Entonces, respondiendo a este severo
mandato, el propio mar cambia de traje,
y de alegre que fué se torna austero
como para dormirse en el paisaje.

Punto azul

Una ilusión rosa, desde que te adoro,
llena el panorama de mi juventud;
con el alma plena del dulce tesoro
de la primavera — vaga como Tú —

Me acerco a la estrella que me sutiliza
con el dardo fino de su clara luz,
y en el aire tenue y en la pura brisa
me comprendo apenas como un punto azul...

Y aún así, intangible, difuso, pequeño,
me siento dichoso pues te tengo a Ti:
Tú eres mi alegría, mi gloria, mi ensueño,
mi virgen de amores, mi estrella feliz!

Estrella con tempestad

Como un símbolo fatal
al que la sombra idealiza,
sobre el cielo gris-ceniza
tiembla una estrella espectral.

En su extraña soledad
su propia dicha se inmola
al verse brillando sola
de frente a la tempestad.

Y cuando empieza a hilvanar
hebras la lluvia, parece
que la estrella se estremece
y se echa, triste, a llorar.

Viaje imposible

La luna, sobre el mar, finge la orilla
del remoto país de las leyendas,
y es tan puro su albor, tan dulce brilla
que el mar se extiende como blancas sendas.



El viento en la ribera fortifica
su agreste flauta entre los sauces grises,
y la nave lejana multiplica
la visión de románticos países.

El alma, mientras tanto, vuela y posa
sus pies celestes en la nave hermosa,
y en un viaje imposible, su oportuna

Loca imaginación sueña llevarte
a aquella blanca orilla de la luna
para clavar en ella tu estandarte!

La nave inútil

¡De qué sirve la nave que alista sus dos remos
y cruza el mar y llega a mi golfo de luz,
si en la nave tan sólo viene el remero triste?
¡De qué sirve la nave si no regresas Tú?...

El pulmón que la alienta y el remo que la guía,
la luna que le aclara los senderos del mar,
y todo lo que guarda de ensueño y de recuerdo:
¿de qué sirven si en ella ya nunca volverán?...

¡De qué sirve la clara canción de su remero
si en ella no se arrulla tu emoción de Mujer?
¡Te fuiste en esa nave que ha vuelto muchas ve- [ces,
pero la nave nunca te volverá a traer!

¡Que se quiebren sus remos, que se rompa su qui- [lla:
ya nada me preocupa pues Tú no volverás!...
Dulce palabra aquella que me diga muy quedo:
"¡La nave ya no vuelve..., la nave se fué al [mar!"

La herida implacable

Engarzada en mi cielo, tenue y vago,
formas la estrella de oro que pasó,
y en mi serena limpidez de lago
brilla por siempre el venturoso halago
de tu infinita rosa de pasión.

Tus luces me inundaron, otra hora,
y en mi vida quedó tu eterna huella;
por ello, acaso, mi dolor te llora,
mas en mi herida que se ahonda y dora
tu imagen se durmió, como una estrella!

Sangra mi herida así, su dolor blando
y finge el Corazón, en su derrota,
un pájaro sutil que está cantando
y se va tenuemente desangrando
por el rojo clavel de un ala rota!...

La barca abandonada

Esa barca herida, esa barca muerta
que sangra en la arena su desolación;
esa barca llena de un inmenso tedio,
que alguien, por inútil, allí abandonó;

Cuenta con mi afecto más hondo y más dulce,
cuenta con la rosa de mi devoción,
pues ella, la estéril nave que no sirve,
remeda la historia de mi Corazón...

Ella voló mucho por todos los mares,
incansable, enhiesto, su fuerte pulmón,
y en los puertos buenos y en los golfos amplios
aceptó un instante grata protección...

Ahora está partida, casi desgarrada,
en la arena inmóvil que la recibió,
y sus carnes rotas, y sus fibras truncas,
parecen un pecho que secó el dolor.

Nadie ya la mira, nadie se le acerca,
nadie tiende a ella su mano de amor:
porque ya no sirve, porque ya no viaja,
le robaron todo: velas y timón!

El agua violenta que antes dominaba,
lenta, mansamente, le quitó el color,
y llegando siempre junto a sus despojos
se vuelve sin darle su dulce canción...

Es por ello, inútil barca abandonada,
que te doy la rosa de mi devoción;
tú estás en la arena del mar, taciturna,
derramando fuego de desolación,

Y en la arena inmensa de la vida triste
— por gracia infinita de mi muerto amor, —
también desamparos y tedio y olvido
destilan sus sombras en mi Corazón!...

Cuadro

Ganó la playa el velero,
y en grato gesto de amor,
mirándolo, el marinero
le agradece su favor...

"Y al ver la ola suspensa
junto a él, y que lo mece,
acaso el marino piensa
que el mar también le agradece...

"Le agradece su bondad
de surcarlo mansamente
con sus pies de suavidad
que acarician la corriente...

"Dulce caricia, venero
que sabe a beso de amor..."

(Piensas bien tú, marinero,
pero el mar es muy traidor!...)

Todas las naciones tienen sus grandes hombres, símbolos permanentes de su gloria. La gloria de sus grandes hombres es el patrimonio más querido de las naciones, porque ella representa toda su ilustración y progreso, toda su riqueza intelectual y material, toda su civilización y poderío.

Esteban Echeverría.

Domingo Faustino Sarmiento

Por Lorenzo SITANO

Somos fríos, sordos e indolentes. No sabemos, en puridad de verdad, quiénes somos, dónde vamos y qué deseamos. No tenemos memoria, o la tenemos muy mala. Pagamos espléndidamente con la moneda del olvido las obras, ideas e ideales elevadísimos de nuestros sabios, pensadores y artistas eminentes. Mantenemos en el más encantador de los silencios a nuestros grandes hombres.

"Olvidar es enterrar magníficamente", dice Eugenio Noel. Y nosotros, por cierto, sabemos enterrar por los siglos de los siglos. Es que preferimos más embriagar nuestro espíritu con novelones fantásticos, con lecturas que envenenan nuestra alma, que adorar y admirar a los hombres excepcionales, a los que han empleado su vida en destruir preocupaciones y elevar y purificar las almas. Pocas veces nos detenemos a reflexionar y meditar en la labor realizada por quienes son gloria de su patria y honra de la humanidad. Nos encogemos siniestramente de hombros. Y, lo que es más condenable, no permitimos que nadie lo haga. Atreverse, pues, a hablar sobre ellos, sobre su vida y sus obras, es cometer un atentado de lesa tranquilidad personal, es ser utópico, visionario y soñador. No queremos perder tontamente el tiempo. Y perder tontamente el tiempo quiere decir, en buen romance, no ser hombre práctico, no saber nadar entre dos aguas, ser necio preocupándose de lo que nadie se preocupa. Nosotros somos así. Pero, así no seremos siempre.

Los genios, los hombres enteros, los que son dignos y permanentes ejemplos de grandeza, de energía y de valor inconcebible, no se lloran con lágrimas de cocodrilo ni se recuerdan con palabras campanudas, vanas y huecas: se admiran y se veneran constantemente, con emoción fervorosa. Domingo Faustino Sarmiento, el muerto ilustre, el coloso de alma de niño y corazón de león, es de aquellos espíritus cívicos de prodigiosa y solemne sencillez que dedican toda su vida en la consecución de ideales altos, bellos y puros, ideales de noble conveniencia humana para el espíritu, fundados en lo bueno, en lo justo y en lo verdadero, que saben abrazar con amor sacrosanto, con fe, con inquebrantable firmeza y con voluntad férrea, que no abandonan en la mitad del camino, y que no se conforman hasta no verlos convertidos en hermosa y positiva realidad. Y él estaba bien preparado para la lucha. Y luchó, trabajó, sufrió mucho. Con tacto sublime y patriótico, supo arrollar con caracteres, obras, hechos, actos e ideas, no perdonando jamás lo reaccionario, lo conservador, lo viejo y lo estático.

Fué fecunda, vasta y grande su labor. Hubo de pelear con heroísmo, denodadamente, con intrepidez. En las horas inciertas, en la borrasca, hizo brillar el faro de su inteligencia, el caudal espléndido de sus luces. Las obras del ciclópeo autor de ese formidable monumento de valor que se llama "Facundo", ese libro que representa la cultura contra el feudalismo, que es luz brillante en la penumbra de la barbarie americana, glorificaban altamente al país en que ha nacido, que tanto quiso y honró, lo enaltecían, lo elevaban hacia las regiones serenas, puras y azules de la verdad, de la belleza y de la justicia. Y su amor a la patria, con ser tan intenso, tan grande, tan hondo y tan inteligente, le permitió, con más propiedad que muchos de los que hablan a cada paso de patriotismo, y cuyo oficio es no hacer nada, ser duro, implacable, arremetido y despiadado con sus vicios, defectos, errores y desaciertos, rompiendo las cadenas de las prevenciones.

Fué lo que Joaquín Costa ansiaba con ardor para su amante patria: fué nuestro cirujano de hierro. Y su crueldad, su fiereza, ha sido eminentemente benéfica, útil y provechosa para los futuros destinos de la nación que le vió nacer.

Sembrador de ideas, Sarmiento no es de los que proyectan hasta el cansancio grandes cosas y no ejecutan nada. Su carácter esencialmente combativo, su perenne espíritu de lucha ardorosa y tenaz, no se satisfacía con el descubrimiento de una iniciativa, sino que la perseguía con empeño hasta conseguir su inmediata aplicación.

Tal su constante y devoto afán de educar. El genial maestro de escuela, el suave agitador de almas, quería, anhelaba con ansias indescriptibles que se educara "al soberano", porque nadie como él comprendía que el pueblo que no sabe leer ni escribir, estará siempre sometido a tutelas extrañas y será juguete de las pasiones, de los odios y de los intereses de algunos hombres y círculos, cual la veleta sujeta a la dirección de los vientos. Y este luchador tenaz y decidido no se conformó con decir que era menester trabajar con extraordinaria vehemencia contra el analfabetismo, que reviste entre nosotros vastas y dolorosas proporciones, sino que supo llevar al terreno de los hechos sus nobles y elevados propósitos, con un amor y una fe de apóstol.

No calló cuando el miedo cerraba las bocas de las medianías. Y proscripto en Chile, con menos amigos que adversarios, lejos de su patria, en las horas meditativas del destierro, este San Francisco de Asís con el cerebro de Diderot, hizo sentir fuertemente todo el irresistible empuje y la inconmensurable energía de su pluma vigorosa e impertérrita, sacudiendo a todo un continente con sus terribles anatemas, con sus formidables apóstrofes contra el enemigo temido de su querida patria, contra el tirano y autócrata Rosas, grande en la barbarie de su medio y de su tiempo. Su prosa, no contagiada por los odios, por las envidias y por las vanidades, estuvo siempre al servicio de una causa heroica y dignificante, de un noble objetivo, de un fin útil y bello. Su estilo, exento de toda vanidosa orfebrería, rehuyó, sin contemplaciones, el arrebol de las frases cortesanas. Sarmiento piensa como un filósofo y siente como un misionero. Para expresar lo que desea, sus pensamientos y sus sentimientos, rechaza toda vana e insubstancial palabrería. Su lenguaje es optimista y potente. Espíritu y cerebro, sentimiento y corazón tan robustos como intensamente generosos, vivía para el presente y trabajaba sin cansancio para mejorar cada vez más el porvenir. Nunca sus palabras conocieron el ornato, la superficialidad, todo lo que seduce y halaga los sentidos, y que nada dicen y nada enseñan. Su acendrada vida de hombre de combate y sus escritos llenos de vigor y de firmeza admirables, han hecho más bien de la patria que la vida y obra de tantos banales parlanchines.

Tanto abajo, como simple y modesto, pero acometedor e integérrimo periodista, o sencillo educador de espíritus, que enseña los primeros rudimentos del saber a humildes niños, esas dos fundamentales vocaciones suyas que tanto lo destacaron, así también ocupando diferentes puestos públicos — diputado, senador, ministro, gobernador de San Juan, hasta el más alto a que puede aspirar un ciudadano argentino: presidente de la República—conservó siempre, sin desviaciones ni torceduras, su característica combativa, batalladora. Jamás dejó de pensar, de meditar, de observar, de juzgar. Su cerebro de hierro no conoció el descanso, estuvo siempre en continua actividad, aun en los momentos de abatimiento físico, estudiando y enseñando incansablemente. Y a veces, porque así se lo dictaba su conciencia libertada de atavismos, emancipada de prejuicios seculares y desembarazada de preocupaciones ridículas, cambió de opinión, de parecer, de modo de pensar y de sentir. Es que Sarmiento, el Hércules educador, no se fosilizó ni se cristalizó, según las circunstancias, que son el dios de los políticos. "Cambiaré de opinión — ha dicho Ameghino, el sabio ilustre,—tantas veces y tan a menudo como adquiera conocimientos nuevos", y ha agregado aún más: "El día en que me aperciba de que mi cerebro ha dejado de ser apto para esos cambios, dejaré de trabajar". Y Sarmiento, no dejó de mirar nunca hacia adelante, de indagar el camino, en pos de lo bello y de lo ideal, en busca de horizontes nuevos, inexplorados, mejores.

La imbecilidad de un ambiente ruín, torpe, estúpido, no evitó de pronunciar la palabra hiriente y descontentadiza: le llamaron inadaptado. "El genio no podía consistir en adaptarse a la mediocridad", ha dicho con sobrada razón Ingenieros. Y los ignorantes, los espíritus vulgares, los que condenan con sarcástico desdén a los que no piensan ni sienten como ellos, los envidiosos, proclaman locos a los hombres de su tiempo. Y a Sarmiento también se le apellidó loco. Desafortunadamente, nosotros contamos con muy pocos locos. Loco se le llamó a Jesús de Galilea, que vino a redimir este mundo de odios y de mentiras con su serena y dulce doctrina de amor, de paz y de bondad; en Grecia, Sócrates, bebió la cicuta por defender la verdad en un medio que lo calificó de visionario; en la Edad Media se quemaba a los herejes por profesar ideas llamadas descabelladas; Cristóbal Colón, el célebre navegante, descubridor de un nuevo mundo, se le consideró loco y extravagante en sus proyectos, siendo objeto de las calumnias y burlas de sus enemigos; Gutenberg, grabador alemán, que aportó a la civilización humana beneficios incalculables, tuvo la loca idea de inventar el sistema de estampación con tipos movibles y la prensa tipográfica; Watt, mecánico escocés, que hizo la primera máquina a vapor completamente automática, fué objeto de la mofa y del ridículo; Juan Huss, precursor de la Reforma, fué quemado vivo y excomulgado por Alejandro V por cometer la locura de conservar valientemente sus ideas; a Galileo Galilei, descubridor de la ley del isocronismo de las oscilaciones, se le tachó de loco, siendo denunciado su sistema como herejía; Darwin, el ilustre naturalista inglés, luchó a brazo partido contra el error y el prejuicio; en la Rusia de los zares, se organizaban matanzas de intelectuales, por sostener y propagar estos ideales denominados utópicos e irrealizables. Y otros tantos locos más, que sería cansador enumerar. Sarmiento estaba, pues, en muy buena compañía cuando se le honró con el nombre de loco, estribillo que, por otra parte, usan siempre los mediocres, en su vana pretensión de empequeñecer a los genios, y que jamás dejarán de emplear los faltos de carácter y de iniciativas, los que viven en constante pequeñez moral e intelectual, que no saben elevarse por sobre las flaquezas de la vida ni sienten la atracción de lo grande, lo divino y lo sublime.

"Si las vidas de los grandes varones no han de servir de ejemplo y de guía, no valen la pena de evocarlas ni narrarlas", ha dicho Joaquín V. González. Y la vida de Sarmiento es un bello y alto ejemplo de fe, de heroísmo, de perseverancia y de inteligencia. La grandeza de un país no sólo se mide por su adelanto material y económico. Las naciones son tanto más grandes cuanto más cuentan en su haber con hombres clarovidentes, de corazón esforzado y generoso, de voluntad inquebrantable, de hermosa facultad capaz de sugerir cosas bellas y hondas. Inspiremos nuestra vida en la de este varón eminente, en la impetuosidad que saliera de la pluma del noble y elocuente defensor de la educación primaria. Quién, como él, ha trabajado tanto por el mejoramiento espiritual y moral de la patria, bien merece que se le admire, que se le ame, que se le bendiga.

Iluminémonos en el arado de su vigoroso talento; tengamos, como él, constantemente, sed de educar, de instruir; bañémonos en el manantial inagotable, límpido y puro de su probada intrepidez para la defensa de nuestros ideales; sepamos desentrañar de los actos de esta gigantesca figura, una inconcebible energía para resistir las tempestades y embates de un ambiente adverso y atávico; y seamos, como él fué, hombres libres, capaces de conservar nuestro libre examen hasta los días postreros de nuestra deleznable y transitoria existencia, lejos de todo interés mercenario y de conveniencias groseras, para vivir plenamente la aurora brillante de las íntimas y espirituales placideces.

FRANCE, PERIODISTA

Anatolio France pasaba una temporada en el Mediodía, en casa de Caillavet, en ocasión en que éste era cronista deportivo del "Fígaro".

Celebradas unas regatas en Toulon, el periodista que había redactado un artículo para el periódico, pidióle a France añadiese algunas líneas a su trabajo. El invitado no podía negarse. Con sumo gusto escribió algunas frases, en un estilo impecable, sobre "las velas bajo el sol", "la calma del agua" "los esquifes deslizándose sobre ella", etcétera, etc.

Dos días después el periodista fué en busca del maestro con el periódico en la mano.

—¡Ah! Usted cree ser un gran escritor... ¿no?

—¡Bah! Un gran escritor, no.

—Ni escritor siquiera. Mire este "Fígaro". Han publicado lo que yo escribí, pero han suprimido todo lo de usted.

En efecto, al redactor jefe le habían parecido inoportunas todas aquellas florituras en un artículo deportivo, y las había tachado.

Bocetos de la Pampa

San Antonio de Iraola

Por RAMON R. CASTRO

En el sur de la provincia de Buenos Aires, cerca del pueblo de Juárez, existe un campo de suaves ondulaciones donde más de una vez el arado del laborioso labrador ha tropezado con fragmentos de hierro, pedazos de lanzas, de sables y de caños de fusiles enmohecidos y carcomidos por la acción destructora del tiempo.

En ese paraje, conocido por San Antonio de Iraola, ocurrió, a mediados del siglo pasado, una hecatombe que es ignorada por la mayoría de la generación presente y de la que pueden tener noticia los ancianos cuya memoria les sea fiel, o aquellos que hayan escuchado los relatos de ciertos episodios de la secular lucha contra los indios, y que el olvido va cubriendo.

Dominaban por esa época las dilatadas llanuras de la Pampa, extendiéndose hasta las regiones montañosas, diversas tribus indómitas y valientes que hacían incursiones, con desesperante frecuencia, hasta los puntos en que la incipiente civilización criolla había extendido sus dominios.

¡Qué escenas impresionantes, qué cuadros de horror no presenciaron los que, llevados por el deseo de prosperar o por su espíritu aventurero, se internaron algo más allá de lo que la prudencia aconsejaba!

La vigilancia de los fortines, débil barrera opuesta en aquel desierto sin límites, era frecuentemente burlada por las huestes salvajes que, alentadas por la impunidad, se internaban hasta los pueblos fronterizos, causando depredaciones de todo género, para retirarse después, provistas de abundante botín. Los recursos de que se disponía y las medidas que se adoptaban para contrarrestar o evitar las invasiones, eran ineficaces. Ejércitos grandes y pequeños, con los jefes más expertos a la cabeza, habían fracasado en sus más bien organizadas y calculadas expediciones. El problema contra los indios era insoluble, pero había que defenderse...

Los contingentes que se enviaban periódicamente a los fortines y que ofrecían la oportunidad a las autoridades de la campaña de cometer abusos y ejercitar venganzas arrancando de sus hogares pacíficos o infelices paisanos, resultaban sacrificios estériles. Allá, en esa vida de las fronteras, que los viejos veteranos recuerdan aún conmovidos, todo se malograba, excepto la maldad de los caudillejos rurales que formaban los contingentes. El paisano, paria en su propia tierra, sufría hambre y desnudez, y en esa vida en que se perdían la noción de la patria y los afectos del hogar, terminaban muchos de ellos sus días aniquilados por la vejez o las enfermedades, cuando no por los mismos indios a quienes iban a combatir.

Y las invasiones se sucedían, siendo los puntos preferidos por los salvajes, aquellos partidos más poblados de haciendas.

Obligado por las circuntancias, que creaba una vida de zozobra á los pobladores fronterizos e impedía el desarrollo de la ganadería—fuente principal de riqueza por aquella remota época,—el gobierno dispuso que una fuerza de cerca de quinientos hombres, al mando del comandante Otamendi, hiciera una expedición al desierto con el fin de sorprender y batir a los indios en sus mismas tolderías. La fuerza en cuestión, provista de los elementos de que se podía echar mano, llegó, tras una marcha de varios días, a San Antonio de Iraola, donde se mandó hacer alto, por haber allí un gran corral de palo a pique en el que se podía asegurar la caballada contra las acechanzas de los indios.

Previo descanso a la tropa y al ganado, iba a reanudarse la marcha, cuando se avistó una gran indiada qúe avanzaba decididamente sobre el campamento. Se adoptaron con rapidez las medidas que se creyeron convenientes, siendo la primera de ellas el encierre de la caballada en el gran corral. En seguida, se ordenó que la fuerza, armada con sables, lanzas, fusiles y carabinas de chispa, se situara también dentro del corral, para desde allí romper el fuego en el momento oportuno.

Era un hermoso día. El sol—que había brillado en el cenit plateado con sus rayos los penachos de la paja cortadera que se mecían suavemente en las ondonadas del terreno a impulso de una brisa tibia y acariciadora —declinaba, y la caída de la tarde, de ordinario tranquila y monótona en aquellas soledades, era turbada en el campamento, por las voces de mando de jefes y oficiales, el ruido de las armas y los relinchos del inquieto ganado aprisionado entre aquella muralla de madera; y allá afuera, en el campo abierto, por la gritería de los indios que se aprestaban para la lucha blandiendo sus largas y flexibles lanzas.

El que no haya visto una indiada en su pleno elemento y dispuesta a la pelea, sobre todo en aquella época en que los salvajes eran realmente temidos por el ejército, no puede imaginarse el pavor que infundía su sola presencia, pavor que se acrecentaba y del que participaban los animales, cuando los indios envalentonados se golpeaban la boca y proferían infernal gritería en presencia del cristiano, su más odiado enemigo.

Este pavor, al cual no escapaban los más valientes ni avezados veteranos, se transmitió prontamente a los hombres y los animales encerrados en el corral, no obstante contar la gente como segura la victoria.

Los indios, haciendo uso de su estrategia, empezaron a aproximarse en pequeños grupos, siempre lanzando sus atermadores gritos, y cuando algunos de ellos estuvieron al alcance de las balas, sonó un tiro, luego cien. El tiroteo por parte de los soldados de la civilización se hizo general...

¿Quién ordenó romper el fuego? Es un misterio que no se aclarará jamás.

Al sonar los primeros tiros, la enorme caballada, cuya nerviosidad se manifestaba en frecuentes y prolongados relinchos, se asustó, y no encontrando por donde huir, empezó a revolverse en confuso y agitado tropel dentro de su cárcel, derribando a los soldados que, de improviso, se encontraban con un enemigo mucho más temible que el que tenían al frente.

¡Aquello fué espantoso! Los gritos y las imprecaciones de los que caían arrollados por los caballos cada vez más asustados, se confundían con los alaridos de los salvajes que, apercibidos de aquel inesperado concurso, se aproximaron en vertiginosa carrera hasta ser detenidos por la empalizada.

Soldado que lograba incorporarse, era derribado inmediatamente por el ganado enceguecido o por los lanzazos del enemigo. Los indios, que habían echado pie a tierra, introducían sus lanzas por entre los palos matando despiadadamente a aquellos infelices heridos y contusos por los cascos de sus propias cabalgaduras.

No fué aquello una pelea; fué una horrible desgracia hija de la imprevisión.

Menos de dos horas duró la catástrofe; y cuando los indios vieron que el enemigo estaba completame debilitado, abrieron las puertas del corral dejando escapar los caballos, y ellos, los salvajes, penetraron en aquel cercado de palo a pique y acabaron de exterminar a lo que aún tenía un resto de vida.

Las sombras de la noche empezaban a cubrir la sangrienta escena, cuando uno de los que yacían tendidos en el suelo, próximo a un caballo aperado a lo indio, se incorporó con dificultad, y haciendo un supremo esfuerzo, se apoderó de la cabalgadura, montó en ella y se lanzó a campo traviesa a todo escape en medio de la estupefacción de los salvajes que lo vieron y que consideraron de mal augurio que "un muerto" se hubiera escapado. Aquel fugitivo era el único que había de contar lo ocurrido.

Algunos indios se entregaron a la tarea de despojar de sus ensangrentadas vestiduras a los muertos, mientras que otros recorrían el campo recogiendo la caballada dispersa.

Aquella noche fatal no hubo silencio ni obscuridad en San Antonio de Iraola. Los indios, después de establecer sus guardias para evitar una sorpresa que no esperaban, celebraron el triunfo a su manera, comentaron la fuga del muerto y utilizando los palos del corral hicieron grandes fogatas y churrasquearon hasta que el cansancio producido por la larga jornada los rindió en tranquilo sueño.

Buen tiempo

Por

VICTOR ARREGUINE

(Al cumplirse en estos días el primer aniversario de la muerte del talentoso escritor, Victor Arreguine, queremos tributar un sencillo homenaje a la memoria del extinto, reproduciendo a continuación una de las jugosas producciones intelectuales con que, en otro tiempo, avalorara las páginas de nuestra revista este antiguo y malogrado colaborador de FRAY MOCHO).

—¡Buen tiempo! — exclamó el médico H., viendo desde los cristales cómo se desplomaba el cielo. Caía en cordeles con furia y pesadumbre la lluvia, saltando en esferitas al tocar el suelo. Era compacta, casi obscura, tomando a la distancia el aspecto de un cortinaje plúmbeo. Los transeúntes corrían a lo largo de las paredes.

Un caballo de panadero humeaba en una esquina.

—¡Sí, buen tiempo—coreó como un eco el cliente del doctor H., dando un cuarto de conversión en la cama.

La amarillez de la ictericia confundía su rostro con la camiseta de franela que lo abrigaba.

¿Ironía del médico aquella exclamación? Bien podía serlo. Entre relámpagos, truenos, neblinas, aguaceros y lodo, iba corrido un mes. Pocas veces justificó mejor su acierto el diario más popular de la aldea que al bautizar derechamente al temporal de diluvio.

Aun cuando el enfermo de azafranados ojos no se sentía en tren de discurso, el galeno, que no se atrevía a irse, por temor a tal cual chispa eléctrica que restallaba distante, prometiendo dar fin al reinado de los acuosos vapores, ensayó, para no acordarse de la hora que perdía, un diálogo llamado a languidecer por la pobreza del asunto.

—Vea, don Cristóbal: no ha de opinar usted como nosotros. (En este "nosotros" incluía evidentemente a sus colegas profesionales). Estos días, desesperantes para ustedes (alusión a los profanos), son una bendición para el médico. Abundan constipados y pulmonías que es un contento. Un chiflón cualquiera tuerce el vasco más recio y le manda una soberbia hemiplejía. El menor descuido zampa en una misma casa dos o tres chicos con sarampión o escarlatina. La viruela y la bubónica — especialidades ajenas—reciben cuarenta fustigazos. Una herida insignificante se echa a perder, y no vale la consabida carne caliente con azufre. ¡Espléndido tiempo!

—¿Cómo así, doctor?

—Ya sé con qué me va a venir. Pero, nos moriríamos de hambre (siempre el estilo representativo), si de continuo reinaran buen aire y buen sol. El aire y la luz arruinan la profesión. Vienen a ser como la seca y la langosta para la agricultura. Y en cuanto al sacerdocio de la Ciencia (debió



Versos de Leopoldo Díaz

FLAMMARION

¿Hacia cual constelación
de la diamantina Vía
la gran alma volaría
del egregio Flammarión?

¡Pitagórica ascensión!
Deslumbrante Epifanía
de luz, ritmos y armonía
en la inmensa Creación!

De Sirio, o de Aldebarán
su espíritu de Titán,
sobre nuestro Globo obscuro.

De miserias y de llanto
Bajará límpido y puro
como luminoso canto!



Doctor don Leopoldo Díaz, ministro plenipotenciario de la República Argentina en el Paraguay.

A JUAN E. O'LEARY

(Soneto contestando al dirigido al autor por el poeta O' Leary, con motivo del aniversario de la independencia argentina).

Llega tu voz a mi fraterno oido,
en el impulso de tu verso alado,
y un haz de rosas del jardín amado,
que tu musa gentil ha recogido.

¡Bienvenido, tres veces bienvenido
tu gesto varonil, tu himno inspirado
en la angusta leyenda del pasado
y en el mármol piadoso del olvido!

Quiero también depositar mi ofrenda
lírica, en pos de la feral contienda,
por la unión de tu patria y de la mía:

¡Arda el incienso de mi estrofa, en tanto
que en el límpido azul vuela tu canto
como un águila inmensa de armonía!

LA GARZA BLANCA

¡Detente cazador!... Esa que miras
es una garza blanca cual la nieve,
que habita en el juncal y las achiras,
grácil y esbelta, pensativa y leve.

Ella, en la hora matinal, levanta
la fina plumazón como bandera
impoluta y triunfal, inerme y santa
que anuncia la divina primavera.

Ella, en la tarde, tiende el albo vuelo
como tenue ilusión rumbo al ocaso,
y en la invasora obscuridad del cielo
nuncio es de paz y de esperanza acaso.

Detén, Nemrod, la jabalina aguda
que tronchará una vida en su belleza:
Ve a herir el flanco de la fiera ruda
y sé tigre, a tu vez, en la maleza!



pronunciar la palabra con mayúscula, como cuantos viven de esa mujer hermosa), le diré: hay dos aspectos, el profesional y el humanitario. Quien no trabaja, no come. El juez y el abogado viven de pleitos, asesinatos, estupros y ¡qué sé yo! Si mañana muriesen todos los ladrones y pleitistas, se cerrarían de cuatro juzgados, tres, y las salas de la Facultad de Derecho se verían desiertas. Las comisarías serían para tomar mate con los amigos. El artista necesita del público; el periódico, del comercio; el gobierno, de periodistas y partidarios oficiosos; el vendedor de lentes, de présbitas y miopes; el pedicuro, de callosidades. Y todo así. Razonable es entonces que el médico celebre como debe la época próspera.

Mucho más habló el doctor H., famoso por sus "igualas" con sangradores y farmacéuticos, a cuyas boticas enviaba sus recetas. Y en tanto iba deshilando su charla, en el doliente día invernal, el ictérico lo miraba sorprendido, sin recelar que aquel hombre juramentado para batirse contra la muerte, le había "fabricado" la enfermedad lúgubre que de los siete colores del iris toma sólo uno y con él tiñe el alma y el cuerpo de sus víctimas.

Aeroplano para llevar víveres a los artistas

En la filmación de la película que lleva por nombre "A son of his father", cuyas escenas se están tomando en un desierto muy cerca de Tucson Arizona, el director respectivo, en vista de los obstáculos que se tiene para llegar hasta la ciudad por la dificultad de los caminos, ha alquilado un aeroplano, el que se encarga de traer correspondencia, película virgen y artículos de primera necesidad.



Desde la fragata "Sarmiento"

DESERTOR...

En las proximidades del portalón se despedía a los visitantes que abandonaban el buque, después del tercer o cuarto toque de retirada.

En medio de corteses expresiones se oía la voz más alta del oficial de guardia:

—Atraca la lancha... Cierra la proa... Rápido el bichero...

Y luego, como aquélla, impelida fuertemente por la correntada del Hudson, en el último cuarto de la marea, amenazara atravesarse, agregaba:

—Tira la boza... Tómese de la barloa...

Y una vez atracada, dulcificada la palabra:

—Ahora, señora..., con cuidado.

Entre tanto en la plataforma baja de la escala y en la cámara de la lancha, otros camaradas ofrecían su mano a las damas, descubriéndose al despedirse.

Los que partían (familias latinoamericanas, españolas o de otras denominaciones, pero ligadas con vínculo afectivo a nuestro país), exteriorizaban su simpatía a la nave argentina, envidiándole la arrogancia de sus hombres y la hidalguía transparentada en los modales de sus tripulantes.

Cuando el oficial de guardia dijo: "largo patrón" a la última de las embarcaciones, un hondo suspiro de alivio y satisfacción—que sólo podía advertirse desde a bordo—iluminó su semblante. Fuera del costado: pañuelos, sombreros, guantes o sencillamente manos, se agitaban despidiéndose, tal vez para siempre... Este pensamiento deja en los espíritus un sentimiento de tristeza que se experimenta en todas las despedidas.

Allá en el muelle, dominado por la reminiscencia del hogar lejano, un joven suboficial contemplaba a la distancia el bonito aspecto de su buque escuela, engalanado ese día en homenaje del aniversario nacional norteamericano.

A corta distancia se destacaba la dura y fría silueta del acorazado "Cincinnati", de alma aprisionada dentro de un casco de acero, como se supone la de los conquistadores en sus armaduras. Poder indicaban sus grandes cañones emplazados en torres y progreso sus múltiples antenas.

"Aguas arriba" y "aguas abajo", infinidad de vapores de turismo y tránsito fluvial, cargados de parejas, afluían a las playas mostrando al espíritu otras tantas facetas. Pero, ninguna de ellas como la ofrecida por la fragata legendaria y romántica, que parece trasuntar en su porte y en sus líneas un algo del alma de la raza...

En el muelle, separado del grupo de visitantes que desembarcaban, había un hombre de más de 30 años, con los ojos empañados en lágrimas, dando la mano a un pequeñuelo.

Al ver al suboficial, se le acercó y, después de 5 minutos de conversación, el hombre le contaba la sencilla historia que reproduzco. Historia tal vez vulgar, que no se parece a esas agrias y brutales aventuras de los hombres sin patria y honor, que una literatura frecuentemente insana achaca a la gente de mar, cuyo marco no es siempre la taberna de puerto con humo de pipas y charcos de alcohol.

Lentamente decía:

—¡Ah! si yo hubiera sabido... Si hubiera escuchado lo que tantas veces oyera, hoy no sería un desgraciado. Pero es viejo como el mundo que nadie escarmienta en cabeza ajena. Después vienen las vergüenzas y arrepentimientos...

El falso espejismo de este país, grande en su desafiante riqueza, me atrajo como a tantos otros... La ambición del dólar me venció... Es cierto que no los quería para mí; pero, de cualquier manera fuí débil a su llamado y deserté de un buque de la escuadra durante la guerra.

Al principio me fué fácil conseguir trabajo a bordo de uno de los buques que navegaban en convoy por la zona bloqueada. Casi ni se sorprendieron cuando dije que no hablaba inglés. El contramaestre había navegado al Río de la Plata y con él me entendería. Lo duro vino después de firmarse la paz...

Los buques fueron arrumbados, y solo, sin recursos, en medio de un país extranjero, totalmente desconocido, sufrí toda clase de privaciones... Entonces oí que la gente a mi paso decía: "south america", spanish"... "cuchillero"... y en los festejos de la victoria los que conocían mi nacionalidad añadían: "Es argentino... de los que no entraron en la guerra... son germanófilos..."

Nadie puede imaginarse las que he pasado... Sentí hambre y dormí muchas veces en los umbrales como algunos canillitas en Buenos Aires; sólo que ellos esperan la salida de los teatros o la llegada del día con la esperanza de vender sus diarios, y yo con mis 30 años nada esperaba.

Quise repatriarme, pero no lo logré. Ahora podía valorar la magnitud de mi insensatez... Yo sabía, como nos decían en las clases de deberes militares, que la deserción es una falta, pero no la imaginé nunca un calvario... Ignoraba lo que ahora sé y lo que ustedes, señor, deben decir a la gente; el mundo no quiere ya aventureros; hay muchos en todas partes para comer su pan y sólo hay nobleza para los que llegan a nuestro hospitalario país.

Por otro lado para trasponer fronteras, las leyes de inmigración exigen documentos, papeles y ni yo, ni ninguno de los que desertamos podemos tenerlos. Inútil me fué fingirme uruguayo, chileno o peruano, para acercarme a mi patria; los cónsules no hacen ni pueden hacer nada...

Una de esas noches que paseaba mi hambre y mi desesperación a las luces de Broadway, encontré un italiano que hablaba gesticulando y parándose de cuando en cuando. Quise entablar conversación con él, pero fué inútil... Usted lo sabe bien. Hasta esa gente, buena en nuestro país, aquí se transforma... Parece que avergonzándose de ser extranjeros, niegan la patria, no hablan italiano... "Ai sono americano"... Eso me ocurrió varias veces y pude comprender que una niebla de egoísmo me rodeaba...

Un sudamericano que se hacía pasar por argentino y bailaba tangos "despiadadamente", me consiguió mediante dos dólares una pequeña colocación en un biógrafo. A diario de 8 a 11 y 30 de la noche, debía vestirme de mejicano, con patillas y anillos de plata, para ocupar mi puesto de acomodador. Así pude mantenerme con algún decoro a la espera de una oportunidad mejor. Pero no le he dicho a usted lo principal... Tenía una madre anciana a quien cuidar, y estaba comprometido en La Plata. Mi pobre vieja sufrió mucho cuando un cabo de mi buque, ocultando parte de la verdad, le contó que había obtenido mi baja y navegaba en un vapor mercante, en el que ganaba 150 dólares mensuales, que me permitirían ahorrar para comprar una casita y casarme a la vuelta de 3 ó 4 años.

Al principio le escribía quincenalmente, mandándole a menudo dinero para sus necesidades. Luego, ya sin trabajo, dejé de hacerlo... Tuve vergüenza de enterarla de mi derrota y la dejé confiada a sus propias fuerzas...

La pobre enfermóse y supe más tarde, por carta de mi novia, que había muerto en sus brazos pidiendo que volviera y cuidara de un hermano menor.

Quise regresar a Buenos Aires, pero no tenía recursos para hacerlo. Embarquéme entonces de "polizón" en un vapor de la carrera sud, pero me descubrieron a bordo antes de salir del Hudson y me devolvieron a tierra con el práctico.

¿Qué hacer? Escribí a mi novia dejándole entrever mis penas y a la vuelta de correo recibí un cheque de 100 dólares, que la familia ponía a mi disposición en calidad de préstamo...

Pero el destino se ensañó conmigo... Usted, señor, que es hombre y conoce nuestras debilidades y la enorme influencia de la mujer en este país, comprenderá lo humano de mi nueva caída... Tuve una amiga americana que trabajaba como yo en el "Globe" y vestía mi mismo disfraz. A su lado no me sentía tan sólo y llegué a olvidar mis pesares...

No sería ni peor ni mejor que las demás... Sus liberalidades para conmigo y sus maneras despejadas sorprendían y halagaban mi vanidad de hombre. Yo cocinaba y lavaba los platos en mi casa, pero el cigarrillo que juntos fumábamos era suficiente para resarcirme de mi esclavitud doméstica... ¡Qué necedad la mía!

Cuando traté de separarme para regresar, me habían prometido mejorarme en mi empleo, con lo que ella podría usar mejores medias... Tal vez eso me perdió para siempre... La ley americana es inexorable en estos asuntos y yo resultaba un infame seductor... Si en mi país la ley la hacen los hombres, aquí es íntegra aun para las mujeres sin escrúpulos. El sudamericano que se fingía argentino me traicionó, sirviendo de testigo falso a favor de la parte contraria y tuve que casarme...



La guitarra y el bisturí

El célebre cirujano Doyen, contestó a los requerimientos apremiantes de un comprofesor, para que acudiese inmediatamente a una consulta, que le era imposible porque dos horas más tarde debía practicar una difícil operación en su clínica y durante ese tiempo tenía que dedicarse a tocar la guitarra.

Tal respuesta indignó a su colega, que reprochó a Doyen que cuando podía contribuir a salvar la vida de un hombre prefiriera dedicar su tiempo a un pasatiempo tan inútil como tocar la guitarra.

—Está usted equivocado—le replicó el maestro, — los cirujanos tenemos tanta necesidad de una gimnasia para tener agilidad en la mano como los pianistas y los violinistas que deben estar en juego, y yo cuando voy a operar, como ellos antes de un concierto, necesito dar agilidad a los dedos y la mano y nada prepara mejor para el manejo del bisturí que tocar la guitarra.

La teoría de Doyen no ha debido hacer prosélitos porque en ninguna Facultad de Medicina del mundo se incluye la enseñanza de la guitarra como complemento a los estudios prácticos de alta cirugía.



¡Ah, señor!... ¡Entonces deserté por segunda vez!...

¡Cuántas vergüenzas y sinsabores me esperaban todavía! Mi mujer era díscola y a través de sus actos y las palabras de sus amigos descubrí su pasado... Si ellas supieran lo que para nosotros significa el honor de la mujer, no serían tan malas...

Luego la comparación con mi novia, perdida para siempre, surgía... Aquella buena muchacha que cerró los ojos de mi madre, me escribía siempre... Cuando todos en su familia dudaban de mi conducta, ella aún me creía bueno...

No pude mentir más y habiendo juntado, dólar por dólar los cien que había recibido en préstamo, se los envié a un miembro de la familia con la noticia de mi casamiento.

Después un hijo vino al mundo tras muchas luchas con mi esposa que no quería complicaciones en su vida... Yo en cambio lo deseaba confiando que a su llegada viniera con él la paz del hogar—el "Home Sweet Home" de su canción...—Pero nada estaba más lejos de todo esto... Si el pobrecito vive, créalo usted, es por mis cuidados, pues mi mujer casi ni lo ve...

Ha cambiado varias veces de colocación, no obstante ser otro mi deseo... Nunca quiso permanecer en casa porque su cuidado parece que la ahoga.

Al principio salíamos juntos, pero ahora no lo quiere hacer. Dice que los amigos la encuentran ridícula con mis celos y le preguntan si es cierto que nosotros castigamos a nuestras mujeres...

Lo decisivo ya ha llegado... Anoche quiso salir de casa con unos amigos... La vi en silencio colocarse sus anchas ligas con cascabeles y me opuse a que saliera... Hubiera deseado con toda el alma que viera un buque de mi patria, donde he pasado los mejores años de mi vida y donde sin palabras podría juzgar cómo los hijos de nuestro pueblo no son ni negros ni indios salvajes como ellos creen...

Me amenazó con el divorcio. Sería en verdad una solución parcial porque no ganaría mucho con eso... Si ella habla, la ley me condenará y la mitad de lo que gane será para ella. Por otro lado eso no endereza mi vida. ¿A qué volver ahora a mi patria?

El hombre del muelle después de haberse secado varias veces las lágrimas con la mano, sacó el pañuelo del bolsillo y continuó:

Sentí impulsos de matarla, pero ¿y mi hijo? Entonces le dije: "si sales no me verás más"; pero la pérfida no me obedeció: "It is not my business". (Ese no es asunto mío) me respondió, colocándose la cartera debajo de la liga para lanzarse escaleras abajo...

Tal vez esté ahora en un dancing o en algunos de esos Ferrys, ladrones de honor...

Y aquí estoy, señor. ¡Por tercera vez he de ser desertor!...

¡Ah! si yo pudiera con mi hijo salir en viaje con ustedes, sería feliz; sólo el mar redimiría mi vida.

¿Y sabe usted a qué he venido? Pues a hacer lo que antes otros debieron hacer por mí... Impedir que algún muchacho de a bordo, mal informado, abandone el buque... Creo haber salvado dos. No me pida sus nombres, pero es verdad, y cuando el buque salga para Boston, por si alguno hubiera desertado, los diarios de Nueva York publicarán un aviso, que dirá más o menos: "Joven que entienda algo de marina para imprimir una película, se necesita, con preferencia sudamericano"...

Pierda cuidado; yo los llevaré a Boston a los acorazados si ustedes no están para entonces allá. Es bien probable que si alguno falta, lo veré durante la noche rondando por las proximidades del buque... ¡No se extrañe! el desertor es como el criminal... el remordimiento lo trae siempre al lugar del delito... Yo entiendo algo de eso...

El que salve, me lo agradecerá tarde o temprano...

En ese instante la lancha de a bordo pitaba anunciando el regreso. Cuando el suboficial iba a despedirse de su interlocutor, se izó la bandera de "golpe" (1) en el acorazado de alma de acero, que tenía ese privilegio ante nosotros, por la mayor antigüedad de su comandante, y en el buque legendario la guardia militar se alineaba a popa.

Se oyó un tiro de cañón disparado por la estación de aviación distante. Luego majestuosamente el engalanado y los pabellones "de primer tamaño" descendían en ambos buques.

El hombre del muelle girando hacia la fragata se asoció sollozando al homenaje. Descubrió su cabeza doblada sobre el pecho y atrayendo al niño contra su cuerpo le sacó la gorra...

Teniente DOSERRES.

Boston, 8 de julio de 1925.

(1) "Golpe". Toque de clarín o tambor, que conjuntamente con la bandera letra P, indica el momento de izar o arriar el pabellón.



GETSEMANI

(ORACIONES DEL HUERTO)

LI

El pedido más alto de mi humana flaqueza, el que vale por toda la sinceridad de mi fe y de mis amores, te lo dicen mis sueños cuando se ven volando en los acordes de una música que sólo Tú has escuchado.

Que así sea la realidad de mi último suspiro.

LII

Se ha pintado en mi rostro una mueca extraña de amargura. La sombra de la ataxia ha invadido mi cerebro, y ha ido apoderándose de él como si fuera una serpiente que atrajera hasta su boca, con sus ojos marcadores, el cuerpecillo trémulo e indefenso de un pájaro adolescente.

¿De dónde me vendrá esta desilusión?

Pienso que Tú me la mandas para que sepa comprender cuán distante está de la sombra el destino de mi vida.

LIII

He soñado o he visto, lo cierto es que no sé cómo lo sé, que, a cada sonrisa de mis labios, nace una flor fresca y perfumada en los jardines de Getsemaní. Y cada flor de esas muere por cada gesto de desesperanza de mi rostro: nace o muere, según esté bañado de luz o de sombra el corazón.

Los sonidos agrios o dulces del viento, tal vez respondan al estado de ánimo de la tierra, de la que son su lenguaje verdadero; y acaso la sedante brisa del crepúsculo, exprese el equilibrio mesurado de la armonía suprema.

LIV

Piensan los hombres que es la Muerte su peor enemiga, y que Tú la pusiste frente a ellos para probarles su flaqueza ante el valor de tu poder. La miran con espanto.

A cada tumbo que dan en su marcha por el mundo, te imploran su liberación de la Muerte, creyéndola cercana. Te alaban, porque saben que ella depende de Ti, y a ella la maldicen, porque creen que les busca. Invade sus energías el desencanto, cierran sus ojos, y en un largo sopor, se entregan a la soberana voluntad de la Enemiga. Anulan su acción con una ilusoria amenaza del destino.

Es que todavía no han llegado a comprender que cada tumbo que dan en su marcha por el mundo es un golpe asestado en la esperanza por la Vida, y la verdadera, la única Enemiga.

LV

Toda la ciudad se ha cubierto de neblinas que se dijeran un sudario vaporoso.

Las puertas y ventanas se han abierto como en los días de mayor animación, cuando los hombres salen a ellas para ver ondear la bandera que pasa, cargada de años y de glorias, o el cortejo del amigo que huye como una sombra lejana.

¿Por qué hoy también están abiertas? La alegría y la tristeza tienen en la ciudad el mismo aspecto: es que ahora rueda por el ambiente el cortejo gris de la Melancolía, llevándola entre sábanas de nubes, que apenas la dejan presentir en su seno. Van a su lado los sueños, enamorados eternos de la princesa dormida...

LVI

Cada vez que pienso que un día ha de ser el último de nuestra unión sobre la tierra, se inmoviliza mi corazón, y mis labios se agrietan, en la sequedad de dolorosas amarguras. Pero lo aliento diciéndole:

—Ella está más cerca de Dios que de ti mismo. En la paz del Señor has de encontrarla, y más tuya ha de ser en el cielo que en la tierra. Huye de la desconfianza que te abruma. Merécela por la sabiduría de tu amor, así en la vida como en la muerte.

Y el corazón responde:

—Así sea.

LVII

He remozado mi sensibilidad en aguas de meditación. El sereno mar de la alta noche me ha sido propicio. Mi pensamiento ha ido escondiéndose en las ondas de la ninfa apacible, y acaso fueron las estrellas las ondas del dormido mar nocturno que más frescura de ideal y de belleza le ofrendaron.

Mi pensamiento ha conocido la voluptuosidad de lo eterno. Tras el viaje de las sombras, demasiado lejano se siente de la avaricia mundana: sólo aspira a ser como es, generoso y altivo.

LVIII

Cómo se llena, Esposa mía, de luz mi alma, por el hilo misterioso de tu palabra.

Cómo se llenan de música mis oídos por la onda perfumada de tus pasos.

Cada vez que vienes hacia mí, parece que mi vida amaneciera. Y qué aleluyas de pájaros, y qué suavidad inasible de himnos jubilosos en el silencio florecido de los árboles.

¡Ah!, y qué ilusión de dominar el mundo, cuando mis brazos te estrechan...

LIX

Es la hora de la tarde, y muy grave la anunciación, que trae el crepúsculo, de la cercana noche.

La luz insegura de la primera estrella ensaya un trémulo balbuceo de esperanza.

El sol ha caído, que es el símbolo supremo de la vida.

Volvamos, le digo a mi corazón, y oremos junto al fuego del hogar.

LX

En la rama más alta de un almendro de Getsemaní han hecho su nido dos jilgueros.

Ayer, he visto que él buscaba afanoso con su pico el pico de ella, y ella no lo quería besar.

Los polluelos piaban en el nido, plegando sus alitas, como si el frío los hiriera.

Él, entonces, tomó rumbo al espacio, y ella ahora está triste, porque él no ha vuelto aún.

Yo le diré a mi Esposa, con los ojos encendidos por el amor de mis sueños, que Tú me has dicho que el beso es el sostén milagroso de la vida.

Godofredo LAZCANO COLODRERO.

Córdoba.



Un insecto que come huevos

Como todo el mundo sabe, los huevos son uno de los mejores alimentos de que se nutre la especie humana, y sería un error creer que sólo el hombre es el que disfruta de este género de parasitismo especial que consiste en vivir a expensas de otro animal aun antes de haberse formado en el huevo.

A propósito de esto, tras curiosas observaciones, ha demostrado el doctor P. Marchal que el alimento en cuestión es muy apreciado por ciertos insectos.

Sabido es que el olmo tiene por enemigo a un pequeño coleóptero, llamado galeruca de los olmos, cuyas larvas viven devorando las hojas del árbol; pero en justo castigo de su maldad, ahí tiene a su vez un enemigo del grupo de himenópteros, llamado "Tetrastichus xanthomelanæ", el cual, utiliza de dos modos los huevos de la galeruca, sirviéndose de ellos como alimento y como incubadores de sus propios huevos.

El "Tetrastichus", como la mayoría de los himenópteros, está armado de un punzante aguijón con el que perfora la envoltura del huevo después de haber tanteado cuidadosamente el punto más a propósito para el taladro.

La operación que dura un minuto largo, la ejecuta por medio de un movimiento de vaivén del aguijón, y cuando termina el trabajo, lame con avidez el agujero hecho, por el que se sale el contenido del huevo. Cuando se cansa, da un paseo por la hoja y vuelve a lamer el huevo; luego lo deja, da otro paseo y regresa de nuevo a proseguir la comida y así, entre lametones y paseos, tarda a veces en apurarlo, cuarenta y cinco minutos, durante los cuales, hace 22 ó 23 visitas al manjar.

La misma operación que sirve para alimentar al "Tetrastichus", le sirve para hacer la puesta, depositando en el huevo perforado el huevo suyo, para que se desarrolle a costa del de la galeruca.

La sombra del águila [1]

Por RICARDO LEON

Sobre los campos de Tablada, junto a la costa del Guadalquivir, por encima de aquella espléndida llanura, magnífico teatro de las viejas hazañas de Castilla, luminoso horizonte de las nuevas empresas españolas, se elevó el aeroplano rápidamente, limpiamente, con aguileña majestad, en un vuelo impetuoso, recto y seguro, sin saltos, sin cabeceos ni acrobatismos, cobrando altura y respondiendo con el zumbido del motor a las aclamaciones de la muchedumbre, agolpada bajo los gallardetes del aeródromo.

Prendido el fuerte puño, como una garra, al brazo del timón; clavados los ojos verdes, que ardían detrás de los cristales, en la ancha ruta y en la frágil máquina; erguida la orgullosa cabeza bajo la capucha de cuero; ágil y perspicaz como un lebrel; agudo a la más nimia percepción; sensible al latir del viento y de la nave; tensos los nervios y los músculos, igual que los aceros y las lonas del prodigioso artificio; hechos un solo cuerpo, un solo aparato, una sola y vibrante voluntad el hombre y el avión, iba don Juan de Monterrey tan llanamente, pero con harta mayor comodidad y gallardía que Don Quijote de la Mancha en su famosa aventura de Clavileño.

Luego de cruzar Sevilla, volteando a placer para embriagarse con la visión maravillosa de su ciudad, resplandeciente de blancura al sol, tendió con ímpetu el vuelo, proa al nordeste, remontando el cauce del río, a gran altura, con rumbo a Sierra Morena, hacia Madrid. Era una mañana rutilísima de otoño; el aire sin una nube, tibio, soleado, traslúcido, con una delgada brisa llena de los aromas de la tierra caliente; arriba, todo plata y azul; abajo, todo fragante, dulce y dorado como un panal.

Nunca sintió el inquieto y valeroso prócer sevillano tan firmes y bien encaminadas su ardiente curiosidad, su sed implacable de novedades y emociones, sus ansias de movimiento, de velocidad y energía, sus pasiones intrépidas de varón, acostumbrado de muy mozo a vivir peligrosamente, como el día en que, lanzado a los aires con su amigo Roldán, bravo piloto, desdeñó sus corceles, sus automóviles, sus balandros, y juró morir o ser el primero de los aviadores de España.

Tan lo llegó a ser, que al poco tiempo ganaba la copa de París-Madrid en un concurso de velocidad. Después de otros éxitos resonantes en Europa, salió un día de Moguer, como las carabelas de los Pinzones, volando sobre el *Mar Tenebroso*, y señoreando por el aire las viejas estelas de Colón, las rutas gloriosas de los antiguos nautas españoles. Y ahora, cuando acababa de ganar el periplo mediterráneo en el gran concurso latino se disponía a dar la vuelta al mundo, para emular en el cielo aquellas hazañas que en la tierra y en el mar hicieron los Balboas, Elcanos y Magallanes. Pero antes de acometer esta aventura, por nadie primero que por él imaginada, volvía a Madrid a negociar la empresa, entrenándose de camino y explayando el ánimo impaciente por los abiertos y generosos horizontes de su patria.

No es posible hallar un más soberbio deporte que la aviación para un espíritu moderno y ambicioso, tan osado y viril como don Juan de Monterrey. Sentirse hombre, muy retehombre, el más valiente y despreocupado de todos, amante del peligro, buscador perenne de las empresas más audaces, de las más nuevas sensaciones; derrochar la fuerza, la salud, la actividad y el dinero; gozar frenéticamente de la vida y jugar con ella, como con una mujer, al filo del riesgo y de la muerte; sentirse águila también, levantarse de un aletazo por encima de las cumbres y las ciudades, sobre las selvas, sobre el mar, cielo arriba, cara a cara del sol; beber los vientos, henchir los pulmones en la onda pura de oxígeno, escuchar el galope de la sangre a compás del galope motor, emborracharse de alegría, de gloria, de libertad, con el vértigo de las alturas, viendo a sus pies los espacios, los abismos, las tempestades, los más terribles meteoros, desafiando como un ángel rebelde a las potencias misteriosas del mundo, a sus energías hostiles, a las leyes inexorables de la Naturaleza. He aquí un "programa" digno de Monterrey, de este castizo sevillano del siglo XX, moderno rival de los Mañares, Arguijos, Osunas y Salamancas, siempre dispuesto, como aquellos pródigos, a pasmar al mundo con sus calaveradas gloriosas; capaz como nadie de perder una fortuna por el gustazo de ganarla al día siguiente y volver a arruinarse por la noche para obsequiar a una mujer...

Avistando la sierra de Córdoba y sus blancas Ermitas penitentes, dió rumbo al norte y dejó a su espalda el Guadalquivir, adormecido entre los plateados olivares. Puesta la proa a contraviento, orzó con pulso para cruzar Sierra Morena sobre las alturas de Pozoblanco y entrar en la Mancha por encima del río Guadalupe. El aire serrano le azotaba las mejillas, fino y cortante como la hoja del cierzo; la nave cabeceaba al orzar con un vuelo oscilante de gaviota; pero así que ganó los rasos horizontes manchegos, el campo de Calatrava—Almodóvar se veía a lo lejos—el aparato voló como una flecha, rígido, tenso, vigoroso, más que las rémiges de un águila caudal.

Durante mucho tiempo, todo allá abajo fué llanura, un mar inmenso de tierra, un desierto sin límites, que encerraba a la nave como entre dos infinitos: era la ascética llanura de los quijotes y los santos, de los hombres aventureros, sobrios y enjutos, que parecían hechos de raíces de cortezas de árboles; era la tierra de los molinos de viento, de las torres señeras, de los castillos famosos, de las cruzadas heroicas, de las locuras sublimes; era, en fin, el ancho solar, abierta liza de aquellos antiguos caballeros que, sin otras armas que las de su grande espíritu, señorearon el mundo, rompieron las cadenas de los océanos y remontaron el vuelo hasta las últimas cumbres de lo sobrenatural...

No sentía don Juan de Monterrey, pues era escéptico y muy dado a las cosas profanas y modernas, la inextinguible poesía de su patria; pero sí, a fuer de hombre culto y muy de su siglo, lleno de hambrienta curiosidad y universales deseos, consumido por la fiebre de todas las distancias, sentía la emoción de la Historia, la embriaguez de la arqueología, a la par de lo presente y lo futuro. Así, conocía las viejas ciudades europeas, Roma, Florencia, Venecia, Nuremberg, Brujas, Toledo, Salamanca, las catedrales insignes, los museos y los archivos más célebres, tanto como los rascacielos de Nueva York, la playa de Ostende, el casino de Montecarlo, el hipódromo de Longchamps, los campamentos del Cine, las fábricas de automóviles, los transatlánticos más suntuosos, las rutas del aire, de la tierra y del mar, trenes, puertos y hangares del viejo y del nuevo mundo.

Pasada la mañana y al punto ya del mediodía, se perfilaron en la rasa llanura, toda allí verdeante y alegre, vestida su morena desnudez de pámpanos frondosos, los montes toledanos, y, poco más tarde, el águila de acero se cernía como un símbolo sobre el histórico peñón, cabeza un día fuerte y cesárea de aquellos dos mundos.

Del Tajo al Manzanares, de Toledo a Madrid, el aeroplano, recto como una saeta, voló con máxima rapidez a la manera del águila imperial, cuando vuelve a la roca de su nido. Allá por los horizontes madrileños se divisó una escuadrilla de numerosos aviones que venían a recibir y escoltar al vencedor del periplo mediterráneo.

A la hora de comer ya estaban a la vista de los picos del Guadarrama. La escuadrilla de azores rodeó con sus alegres zumbidos al águila caudal, y el aire azul y sereno se pobló de lonas doradas a la lumbre del sol, de rutilantes hélices, de gritos y de alas. Y ya frente a Madrid, describiendo una espaciosa curva hacia la tierra, la tomó suavemente, majestuosamente, el aeroplano, con la seguridad y la gracia de ave que se posa, hasta quedar sobre sus ruedas, en el hangar de Cuatro Vientos, bajo los clamores de una ferviente multitud.

Allí mismo, en el aeródromo de Carabanchel, se dió la comida con que los aviadores militares festejaban el triunfo y la llegada del campeón. Allí fueron también los entusiasmos y los brindis por el espléndido futuro de la aviación española, bautizada con sangre en los riscos africanos, tan heroica y experta en su acción militar como apocada todavía en las empresas civiles, cuando, precisamente, si hay una raza en el mundo con aptitudes singulares para los riesgos y osadías de la navegación aérea [illegible]

(1) De la obra que acaba de aparecer, "El hombre nuevo".



DÉJAME AQUÍ

¡Déjame aquí, bajo el negro ropaje de las tinieblas, en contemplación silenciosa de Natura, para aliviar mis dolores y tener un sueño con la Eternidad, mientras tiemblan las hojas y canta el viento sus misereres en los resquicios de las ventanas!

Son horas de amor las mías, al soñar con la belleza emocionante y al vivir con ensoñaciones como en las noches lunadas, bajo los follajes, al decir canciones amorosas que llegaban a encenderme con el fuego del lirismo.

¡Déjame aquí, salmodiando en voz baja canciones, que aunque no hay músicas de esquilas ni temblores de estrellas, con los ojos cerrados y los labios ardidos, la serenidad ha de salvarme del dolor de mi amargura!

Oscar Alberto Ihat










esta raza española, aventurera y dinámica, amiga de novedades y peligros, curiosa del más allá, sedienta de espacio, de extensión, de infinitud...

Una nueva sorpresa tuvo el aviador al punto de tomar tierra en Madrid. Entre los militares que le festejaban halló a Enrique Valdés, ya convertido en alférez, muy guapo y orgulloso con su uniforme de campaña, fumando en pipa como un inglesote, puesta de lado en la sien la gorra del Tercio de Marruecos.

—Pero, chiquillo, ¿tú así? — dijo Monterrey abrazándole, pasmado de la arrogancia, de la estatura y de los bríos de aquel mozo, que a los diez y nueve años sentía ya el mundo estrecho a sus ambiciones de gloria—. ¿Tú militar... y en la Legión?

—Esta misma noche—respondió el muchacho, muy alegre—me voy, para embarcar en Algeciras... Apenas salí de la Academia, pedí mi destino al Tercio...

—¡Bravo chaval! Pero, ¿y tus padres? ¿qué dicen? ¿Cómo te dejó tu abuelo, el gran apóstol de la Ciencia, ahorcar los libros de Medicina para ceñir el chafalote?

—Mi abuelo, al principio, lo tomó por la tremenda; pero todos en casa se convencieron al fin de que no había sino matarme o dejarme... Don Augusto ya no quiere ni verme... Mi padre gruñe... Mi madre llora... "Son pláticas de familia de los que nunca hice caso..." Yo soy un hombre de trueno... Soy de la escuela de usted... Amo el peligro y estoy resuelto a jugarme la vida a cara o cruz. Y una de dos: o me matan, o pronto se sabrá quién es Enrique Valdés...

—¡Los hombres!—repuso a lo jaque el andaluz—. ¡Chócala, niño! ¡Tienes razón; esa es mi escuela! ¿Para qué sirve la vida? Para jugársela con gracia, con placer y con gloria... Tarde o temprano, ¿qué más da, si al fin ha de perderse? Y en todo juego, ya se sabe, gana mejor el que no tiene miedo de perder...

Acabado el banquete y dispuestos los automóviles, tomó don Juan el camino de Madrid. Enrique Valdés y algunos otros amigos le acompañaron hasta la puerta de su hotel de la Castellana, y al cabo, menos fatigado del viaje que de los brindis y de los amigos, el héroe se retiró a descansar.

Mas quiso el diablo aquella noche, que era de las templadas y amorosas de septiembre, poner a don Juan a los alcances de cierta dama extranjera y artista, muy codiciada y codiciosa, por quien él bebía los vientos, más todavía que los bebió en el periplo mediterráneo. Hecha conquista, y al vuelo, de la apetitosa forastera, decidió Monterrey tirar aquella noche la casa por la ventana. Tras la cena en el Ritz, hubo juerga andaluza en la Cuesta de las Perdices, donde él tenía un hotelito para aquellos menesteres: corrieron allí el champaña, el sanlúcar y la alegría a raudales; el loco amor y el loco vino se hicieron dueños del campo, y, ya de madrugada, obscura la razón, obscuras la noche y la carretera, no se le ocurrió a don Juan cosa mejor para alumbrar el camino, como remate de la fiesta y en honor de la dama, que hacer antorcha del hotel donde tan alegres horas habían pasado.

Y, como lo pensó lo hizo. Mandó despejar el campo y pegó fuego a la casa. Antes de amanecer, la casa ardía como una tea en la noche. Y al resplandor del incendio, salió Monterrey de estampía con su automóvil y su dama, por la Cuesta de las Perdices, de regreso a Madrid.

Se lanzó frenéticamente por las [illegible] de la Moncloa, cruzadas a la sazón por otros autos, nocherniegos o madrugadores; corrió con loca rapidez, como si se quisiera estrellar, crispadas las manos en el volante, hundidos los ojos en la lumbre de los faros, sintiendo en el cuerpo el calor [illegible] de la mujer, y en el alma, trépida más que el motor, aquella embriaguez de vida siempre asomada a la muerte.

Por milagro de Dios el auto no se hizo trizas por aquellos caminos; pero al llegar a Madrid, doblando una esquina, se interpuso una carreta mañanera. No hubo tiempo de virar; chocó el auto con los bueyes, y coche y carreta dieron estrepitoso tumbo en los guijarros de la calle.

La dama era sin duda de goma, pues botó sobre las piedras sin romperse nada; pero a don Juan de Monterrey lo hallaron sin sentido y como muerto debajo del automóvil. Triste y miserable aventura: sentirse como el águila caudal sobre las cumbres, en los cielos, frente a frente del sol, libre y sin daño; rodear el mundo con las alas heroicas y sutiles, para venir a estrellarse contra una carreta de bueyes, a la vuelta de una esquina; montar en Clavileño como Don Quijote, para dar de bruces después, como el licenciado Torralba... tras una noche de juerga en la Cuesta de las Perdices...

O N T I V E R O S

Por M. DEL SEL

Muchos conocieron al gaucho Nicasio Ontiveros. Vivía en una chacra, a pocas leguas del pueblo de N...; allá en la tierra de "Calandria" y de "Boyero" (x). Tenía fama de pendenciero y malo. Nadie jamás presenció una sola de sus hazañas; pero las mentas corrían, y su fama estaba bien consolidada. Su sola presencia infundía respeto; y más de una vez se vió a paisanos de buen temple dejar prudente cancha al paso del airado guapetón.

Era de índole ruda; y la naturaleza entrerriana, rica y soberbia, que sabe comunicar más vida a las plantas, más vigor a los brotes, más color a las flores, más perfume a los aromos y más melodía al canto de sus pájaros, no había sido capaz de domeñar, ni enternecer, aquel corazón de instinto malo, que era algo así como un degenerado de los bravos y nobles paisanos de esa tierra.

El abigeato se contaba entre sus mañas, pero las policías se afanaban a los autores de estos delitos, husmeando siempre por la pista contraria.

Era tipo hábil en sus "agachadas" ante lo que constituía fuerza y justicia; contra la primera ponía a contribución la más profunda y aparente tranquilidad, sin dejar asomar a su rostro, ni el rubor del insulto recibido, ni la palidez mortal de la rabia sufrida o el odio reprimido, con la esperanza, tal vez, de la venganza tardía.

Con la segunda pactaba, y si ésta, desgraciadamente, hubiera descendido de su sitial, se hubiese puesto a su contribución para cualquier fin.

De tiempo en tiempo se le veía en el poblado; pero este acontecimiento era indefectible en las proximidades de los actos electorales. Su cooperación no era despreciable y los opositores al gobierno decían siempre que tenía mucho que ver con las inclinaciones partidistas del señor comisario...

Cuentan que mucho elector, pobre de espíritu, entregó su voto al candidato oficial, antes de dar su alma al Creador, por obra del matón. Y las promesas debían cumplirse, por lo cual, en el momento de las elecciones, se le veía pasar en actitud fiscalizanta frente al atrio de la iglesia parroquial rebenque en mano, dejando asomar por entre su saco entreabierto algo así como un escaparate de armería. Su actitud provocativa para los que no comulgaban con el santo de su conveniente devoción, ahuyentaba o desanimaba a algunos votantes, los cuales preferían volverse antes de llegar a las urnas tan bien guardadas por el celoso dragón

Cierto domingo en que debía efectuarse una elección reñida, y en que la oposición se presentaba más fuerte que nunca, Ontiveros cayó a su "puesto oficial" desde muy temprano, simulando hallarse ese día congestionado de rabia y de coraje, dispuesto, al parecer, a intervenir con toda su hombría para que el peso de la balanza se inclinara decididamente hacia lo que él consideraba su lado

Fué una serie de obstrucciones y simulados atropellos; los pacíficos votantes, aterrorizados cedían prudentemente el campo a sus contrarios, y así la oposición iba reduciéndose como por encanto. Era temprano aún y había tiempo de reaccionar, pero, ¿quién se atrevería en tal emergencia a ponerle los cascabeles al gato?

De pronto, un joven alto, delgado, vistiendo traje de campo, pero dejando traslucir en su porte marcada distinción bajó de la plaza, atravesó la calzada y con aire tranquilo y resuelto se dirigió al atrio. ¿Quién era? Alguien le conocía: era un mozo de apellido Ramírez, hijo de una familia porteña. Desde hacía algún tiempo estaba a cargo de un campo de su tío, estanciero de la costa del Uruguay, y de filiación política decididamente opositora.

Decían por ahí que la causa de su ojeriza al Gobierno era la de que jamás habían dado las policías con el paradero de sus vacas perdidas. ¿Había en la actitud del joven Ramírez toda una decidida muestra de valentía, o era un psicólogo que en conocimiento del tipo de nuestro héroe, llegara a la convicción de que todo se reducía a un "bluff", como diríamos ahora? El hecho es que soportó dos o tres pasadas provocativas de Ontiveros, sin inmutarse; más aún, sin aparentar prestar atención a las bravatas de éste, se acercó a la mesa del comicio y depositó su voto. Esto colmó, al parecer, la medida del gaucho, quien, poniéndose por delante del joven, le increpó de esta manera:

—¡Vea, mocito; usté es muy mocoso para venir a meterse en estos asuntos de hombres solamente!

La expectativa, y mayor aún la ansiedad de los circunstantes, fué cuando vieron que Ramírez, dando un paso atrás, rápido extrajo de entre sus ropas un revólver y descargó los cinco tiros sobre su contrincante.

Ahí no más quedó Ontiveros revolcándose en el suelo. Todos creyeron que eran los estertores de la agonía, máxime cuando la oyeron gritar, con voz algo ahogada:

—¡Me han muerto! ¡Asesino!

Pero, cuál no sería el asombro de todos al verlo incorporarse, palpándose por todos lados... Y lo más curioso del caso era que no se le veía una sola gota de sangre, ni una herida, ni un rasguño siquiera. ¿Qué había pasado? Ramírez, calculando matemáticamente el golpe, disparó con cápsulas vacías...

Desde entonces cuentan por allí que no se le vió más a Ontiveros; fué como si se lo hubiese tragado la tierra. Y cuando algún forastero, extrañado por su ausencia, preguntaba por él, se le contestaba invariablemente:

—Lo hizo morir Ramírez... ¡de susto!

(x) Dos temidos cuatreros, que, hace años, fueron terror de Entre Ríos.

Una anécdota de D. Alfonso XIII

Corría los terribles días del año de desgracia de 1921. El rey llamó una tarde por teléfono al Casino Militar preguntando por el general X. Al oír el largo repique en el aparato, un botoncillos, chico mellado y listo, que estaba engolfado en un cuento de los de Calleja, tomó con mal humor el audífono y preguntó, con la voz más agria que pudo, el sacramental: "¿Quién llama?"

—¡El rey!—oyó que le dijeron con imperio.

Pero el chico respondió en el acto:

—¡Anda! ¡Qué te crees tú eso!—colgó incontinenti el audífono.

—¿Quién llamó? — le preguntó alguien.

—¡Anda, la osa! Un guasa viva de esos, pues no me ha dicho el muy tuno que es el rey! ¡Vamos, hombre, que quitarle a uno el tiempo para pitorreársele... ¡No hay derecho! ¡Vamos, hombre!

Volvió a llamar luego don Alfonso y habló ya con el administrador del Casino y le rogó que buscara por ahí al general X, a quien necesitaba con urgencia y que al ir a palacio se llevara consigo al chico que acababa de hablarle.

Ya ante el rey el botoncillos—pálido, fino, rubio—estaba muy tranquilo y muy sobre sí, ignorando para qué lo querían.

—Oye—le dijo el rey,—yo fuí, ¿sabes? el que llamó hace rato al Casino, y por qué me contestaste tú con esa grosera chulapería?

—Ay, ma... ma... ma...—tartamudeó el pobre botones, viendo al rey con sus ojos anchos y azules, creyendo, temeroso, que lo iban a castigar.

—Deja a tu mamá, niño, y contesta a lo que te digo.

—No, si no hablo de mi madre, no, si es que quiero decir majestad, pero como se me atascan las palabras... Bueno, contesté eso, porque como hay tanto tío guasón por ese Madrid, yo pensé, vamos, que sería alguno que me quería tomar a mí el pelo, pero yo....

—Está bien, hombre, está bien, toma—le interrumpió el rey, con tono afable, alargándole, a la vez, un crujiente pápiro de cien pesetas.

Al chico se le iluminó la cara con una larga sonrisa y alargó la mano pronta, ávida, para tomar en su vuelo el precioso billete y contestó rápido:

—Se agradece.

Pero don Alfonso retiró con viveza y rapidez el billete, diciéndole:

—¡Qué te crees tú eso!

El botoncillos quedó algo corrido y triste, pero como le pareció al rey que era listo y que se podía hacer de él algo bueno, ordenó que aquel dinero se lo llevasen a los padres del muchacho y que les avisaran que corría ya por su cuenta la educación de éste y que lo iba a mandar de interno a un colegio. ,

Y así lo hizo.

Curiosidades

El departamento de Guerra inglés ha aprobado una clase especial de espuelas para uso de los oficiales del ejército.

Las pensiones de guerra, en el Reino Unido, han disminuído en 40.000.000 de libras esterlinas. Los nuevos matrimonios de las viudas y el crecimiento de los niños, son las causas principales de la disminución.

Algunas de las estaciones de fuerza de Londres, consumen diariamente 600 toneladas de carbón.

Cada chimenea de fábrica, en Londres, es responsable de distribuir diariamente varias toneladas de hollín.

Durante el año de 1923, fueron construídos en Inglaterra 100.000.000 de pares de botas y zapatos.

Los pedidos de licencia para despachos de bebidas, han disminuído en el condado de Londres, desde el año de 19[illegible], en 1482.

Los vehículos automóviles que circulan por los caminos de Inglaterra, son ahora 20.606 más que hace doce meses. El número total asciende a [illegible].

APARCEROS

Un cuento campero de

HECTOR PEDRO BLOMBERG

Prudencio había ido a Abra Seca, en busca de un médico que se había establecido, pocos meses atrás, en el pueblo.

Custodio lo estaba esperando, sentado al lado de la cama de Martina, que parecía dormir y respiraba afanosamente.

Custodio adivinaba que Martina se moría. La miraba en silencio, agobiado de un dolor obscuro, pensando en la soledad en que iba a quedar su casa después de la partida de su compañera.

¡Pobre Martina! Las heladas de aquel invierno se le habían entrado en los huesos, y su cuerpo cansado de madre fecunda se doblaba como un tala en el pampero.

Los muchachos estaban lejos. No la verían morir.

Custodio pensó que Prudencio estaba tardando mucho. Había ensillado y partido, al salir el sol, en el zaino parejero. Ya podía estar de vuelta.

Custodio recordaba la trágica expresión de Prudencio cuando a Martina le dió el mal.

Prudencio vivía solo, cerca del puesto, en una casita escondida atrás del monte. No tenía familia, pero había adoptado la de su aparcero.

Había visto nacer los siete hijos de Martina y Custodio. El los había criado, les había enseñado a jinetear terneros y potrillos, antes de saber caminar, les había iniciado en las rudas y fuertes faenas camperas, los rodeos fatigosos, las trillas fecundas, las hierras sonoras.

Los había llevado con sus tropas por los caminos reales, en las lluviosas madrugadas de muchos inviernos, en las siestas ardientes de muchos veranos.

El los había hecho gauchos.

Los muchachos crecieron, y uno por uno se fueron por los caminos reales de la vida.

En la casa sólo quedaron Martina y Custodio. Prudencio iba todos los días, fiel, infaltable, y los tres hablaban de los hijos que se habían ido.

Las pisadas del zaino, acompañadas de otras, se oyeron fuera, y Custodio se levantó.

Martina seguía durmiendo. Ahora respiraba sin fatiga, dulcemente, serenamente.

—Aquí está el dotor, aparcero.

Prudencio apareció en la puerta, empujando a un forastero rubio, de anteojos.

—Si'a quedao dormida, dotor, ¿la despertamos? — preguntó Custodio en voz baja.

El médico no contestó. Se acercó al lecho, y estuvo mirando atentamente a la enferma durante algunos minutos.

—De madrugada le dió el mal— volvió a explicar Prudencio, con un ronco murmullo.

—Le dió un dolor aquí—añadió Custodio, llevándose la mano al pecho.

El médico tomó suavemente la mano de Martina, que abrió sus ojos serenos y cansados. Luego acercó el oído al pecho y estuvo escuchando mucho tiempo, tanto tiempo que los aparceros movían los pies, y no sabían qué hacer.

Al fin se levantó el doctor, y encarándose con Custodio, le condujo afuera.

Prudencio se quedó de pie, mirando a la enferma, que se había vuelto a dormir, pálida y tranquila.

El médico se fué. Prudencio oyó el trote de su caballo en el camino.

Salió de puntillas, sin hacer ruido, y encontró a Custodio fuera, caído sobre un banco.

—Aparcero...—murmuró.

—Dice que no pasa la noche... Dice que no puede hacer nada—sollozó Custodio.—¡Martina!

La enferma se extinguió al amanecer, en la tristeza de una madrugada de junio.

Desde que la dejaron en el camposanto de Abra Seca, los aparceros estaban juntos siempre.

No hablaban. Silenciosos, inmóviles, permanecían sentados el uno frente al otro durante días enteros.

Ambos oían de nuevo las voces que estaban mudas, las voces queridas y familiares que habían llenado la casa vacía, las canciones con que Martina hacía dormir a los pequeños que ahora eran gauchos y andaban rodando por los caminos reales de la vida, los gritos de los gauchitos cuando volvían cansados y triunfantes de las domas y las hierras...

—A usté le quiso decir algo cuando... cuando s'iba, aparcero — dijo Custodio una tarde.

Prudencio volvió a ver el rostro de Martina en aquel instante.

¡Le quería decir algo!

Prudencio había recibido, por aquellas palabras que se helaron en los labios de la moribunda, el premio de su silencioso amor de treinta años.

Soñó de nuevo un domingo de sol, lejano, antes que Abra Seca fuera pueblo, cuando sólo había unos cuantos puestos. El domingo que vió por primera vez a Martina, con un vestido azul, en la carrera de sortija.

El padre de Martina era puestero y no tenía más que esa hija, que era la flor del pago. El puestero tenía plata. Había tenido años de dos pariciones y sus majadas le rendían abundante fruto.

Martina se enamoró de su aparcero, de Custodio. Pero Prudencio no la podía olvidar. Varias veces se largó lejos, pero volvía siempre.

Vió nacer los hijos de la amada, y él también los quiso. Y Martina, Martina que lo sabía, admiraba la pasión silenciosa y grande de Prudencio.

En los años malos de secas y de peste, Prudencio velaba por la mujer y los hijos del aparcero. Nunca les faltó nada.

Y al morir, Martina le había querido decir algo...

Custodio le miraba, pensativo.

Recién entonces, contemplando el trágico semblante de su viejo aparcero, comenzó a comprender aquel drama mudo de toda una vida.

—Aparcero—murmuró.

Prudencio había ocultado su cabeza gris entre los brazos, y sus lágrimas goteaban como lluvia de otoño.

En el silencio de la casa parecían resonar las voces queridas que se habían ido.

—Aparcero...—repitió Custodio, como si hablara con un niño.

Pero Prudencio no le oía; y en su dolor obscuro, trágico, de toda una vida, murmuraba:

—¡Martina! ¡Martina!

De Enrique Bataille

Quitadle la venda al amor y no temáis nada. Después de tanto tiempo, el nervio óptico ha muerto; el amor es definitivamente ciego.

Se diría que hay en la vida minutos que contienen todos nuestros dolores juntos, como para hacernos llorar de una sola vez, por economía.

El pasado. Un segundo corazón que late en nosotros.

Se dice siempre: "Aquel tiempo era el bueno"; nunca: "Este tiempo es el bueno."

Nosotros nos amábamos, es aún casi alegre; nosotros nos hemos amado, es lúgubre.

A los quince años las mujeres susurran su amor, a los veinte lo suspiran, a los treinta lo exhalan, a los treinta y cinco lo gritan, a los cuarenta lo balan.

Las mujeres nos toman la cara entre sus manos y nos miran largamente. Nosotros las dejamos hacer, dóciles y halagados... sin sospechar que lo que miran es su propia imagen reproducida en nuestros ojos... ¡La costumbre del espejo!

El loro de Enrique VII

El naturalista Aldrovando, ocupándose de la inteligencia de los loros, refiere una anécdota muy curiosa acerca de uno que pertenecía al rey Enrique VII de Inglaterra.

Cierto día, habiéndose escapado de su jaula, el animalito cayó en el Támesis y estuvo a punto de ahogarse; pero acostumbrado a oír llamar a los barqueros, empezó a gritar:

—¡Un bote! ¡Veinte libras por un bote!

Dió la coincidencia de que pasaban por allí unos pescadores, y creyendo que quien pedía auxilio era una persona, acudieron y salvaron al pájaro.

Cuando el rey se enteró de lo sucedido y supo que un pescador reclamaba la suma ofrecida por el loro, no le pareció bien que se tomase tan en serio la palabra de un animal. El pescador alegaba que, si lo había salvado, era en la inteligencia de que cobraría lo prometido, y ya se disponía el buen hombre a armar un escándalo en las puertas del palacio, cuando el loro, empapado todavía en agua, cortó la discusión gritando:

—¡Dadle dos peniques a ese tunante!

Y esa cantidad fué todo lo que el barquero pudo sacar, retirándose mohíno y pensando que un pájaro que hablaba tan bien no [illegible]

Díptico de decepción y fortaleza

I

Soñé que de mi afán el largo viaje
terminaba en la luz de un claro día:
sobre el verdesmeralda de un paisaje
donde la diosa del amor vivía...

Soñé que aprisionada en el encaje
de sus ricos hechizos me sentía;
y que dueña del sol y del oleaje
celeste, nuevos mundos conocía.

Desperté con la amarga certidumbre
de mi eterna pobreza, sin la lumbre
del sol que presintieran mis querellas.

Sin huerto, sin amor, sin esperanza,
sin playa milagrosa de bonanza
sin cielo de ilusión y sin estrellas.

II

No maldije la espina que el Ensueño
confiara, sin pensar, a mi evidencia...
no lloré, como otrora, de mi empeño
la muerte de mi ingenua transparencia.

Ni reclamé a la Pálida el beleño
que rinde lo absoluto con su esencia,
ni maldije la vida ni el risueño
país que adivinara mi inocencia.

Convencida quizá de que el martirio
trunca siempre del alma el blanco lirio
y arranca sin piedad cristianos rastros,

bendije mi presente sin venturas;
y envuelta del Ensueño en las dulzuras
emprendí mi carrera hacia los astros.

María Elena SHEAHAN.

Santa Fe, 1925.

Descubridores geográficos célebres

Hay que reconocer que, en punto a glorias geográficas, ninguna nación puede competir con la Gran Bretaña, que ha tenido nada menos que cincuenta y cuatro grandes viajeros, de ellos treinta y nueve ingleses, un italiano al servicio de Inglaterra, doce escoceses y dos irlandeses. He aquí el detalle de estas cifras:

Ingleses, incluyendo al italiano a su servicio: Juan Cabot, que exploró la costa de América desde Labrador a la Florida (1497-98); Sebastián Cabot, descubridor del estrecho de Hudson (1517); Sir H. Willoughby, de la Nueva Zembla (1553); Martín Frobisher, del Labrador y la Tierra de Baffin (1576); Drake, el segundo que dió la vuelta al mundo y el primero que vió el cabo de Hornos (1577-80); Davis, descubridor del estrecho de su nombre (1587); Hudson, autor de muchos descubrimientos en la América del Norte (1610); Baffin, que penetró en la bahía de su nombre (1616); Thompson, explorador del río Gambía (1618); Byron, que dió otra vez la vuelta al mundo (1764-66); Cook, famoso por sus descubrimientos en Oceanía y América del Norte (1768-79); Vancouver, que exploró las costas del noroeste de América (1792); Flinders, explorador de Australia (1801-04); Salt, explorador de Abisinia (1805-09); Parry, descubridor de las islas de su nombre (1819); Franklin (1819); Richardson y Back (1825), famosos viajeros árticos; Wood, que descubrió las fuentes del Oxus (1837); Balleny, que fué descubridor de las islas Balleny (1839); W. Smith, que lo fué de las Orkney del Sur y Shetland del Sur (1819); Denham y Clapperton, que descubrieron el lago Chad (1823); Sturt, que descubrió el río Murray (1829); Biscoe, las tierras Enderby y Graham (1830-32); Ross, célebre explorador ártico y descubridor del Polo Norte magnético (1831); Sir G. Back, del río del Gran Pez (1833-35); Eyre, explorador de Australia (1839); C. R. Markham, del Perú (1852-61); Richardson, del Sudán (1849); Sir Samuel Baker, descubridor del lago Albert Nyanza (1864); Palgrave, explorador de la Arabia central (1862-63); Leigh Smith, que explora el Spitzberg y descubre las islas Vaigats (1871-75); Cameron, explorador del Africa ecuatorial (1874-75); Stanley, de fama universal por sus viajes en Africa y el descubrimiento del curso del Congo y del monte Ruvenzori (1876-90); Nares y A. H. Markham, exploradores árticos y descubridores de la tierra de Grant (1876); el capitán Younghusband, que hace la travesía desde Pekín a Cachemira (1887), y Borchgrevink, que después del duque de los Abruzos es el que más se ha acercado al Polo Sur (1900).

Escoceses: Bruce, que descubrió las fuentes del Nilo Azul (1770); Mackenzie, explorador del río que lleva su nombre (1789); Mungo Park, célebre explorador de Africa (1795-1806); Laing, que fué el primer europeo que hizo el viaje de Trípoli a Tumbuctú (1825-26); Laird y Oldfield, que exploraron el Níger y el Benué (1832); Livingstone, explorador en Africa durante más de treinta años (1841-73); Burton que descubrió el lago Tanganyika (1858); Mac Donall Stuart, que cruzó toda la Australia (1862); Thomson, que recorrió la mayor parte de Africa (1878-89); Jackson, explorador de la Tierra de Francisco José (1897); y Donaldson Smith, que en 1896 exploró el sur de Abisinia.

Irlandeses: Sir R. Mac Clure, que descubrió el paso del Noroeste (1850), y Warburton, explorador de la Australia occidental (1873).





El gran desfile militar efectuado en honor del príncipe de Gales



El heredero del trono británico, acompañado del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, y seguido del séquito oficial, llegando al palco levantado en la Avenida Alvear, desde donde presenció el desfile militar.



El monumento de la colectividad española y un trozo de la Avenida Alvear, mientras desfilaban las tropas. — Vista tomada desde un aeroplano por nuestro fotógrafo señor Alfredo Márquez.



Una sección de infantería de marina perteneciente a los buques británicos, seguida de banda de música, encabezando el desfile de las fuerzas militares.



Uno de los regimientos de caballería, que tomaron parte en el desfile, al enfrentar el palco oficial.



De la estada del maharajá de Kapurtala en Buenos Aires



El maharajá de Kapurtala acompañado de la señora de Roth y de otra dama, durante la fiesta realizada en la Hostería del Greco.



El príncipe hindú y un grupo de concurrentes a la mencionada fiesta.

Celebración del centenario de la Asamblea de la Florida



Uno de los actos con que se conmemoró, entre nosotros, el centenario de la histórica fecha uruguaya, en que se realizara la Asamblea de la Florida, lo constituyó la brillante recepción efectuada en los salones de la legación del Uruguay, que el ministro de dicho país, señor Daniel Muñoz y su señora esposa, Alcira Caravia, ofrecieron en honor de las autoridades nacionales, miembros del cuerpo diplomático y de sus amistades personales. — El señor Muñoz acompañado de un grupo de familias que asistieron al acto.

Un obsequio del presidente Alvear al príncipe de Gales



Cuadro titulado "Puente de la Boca", original del notable pintor argentino Benito Quinquela Martín, que ha sido elegido por el príncipe de Gales, entre otras obras del mismo autor, como un obsequio que el presidente de la República, hace al heredero de la corona británica.



Benito Quinquela Martín, autor del lienzo adquirido por el doctor Alvear y regalado por éste al príncipe de Gales.

Concurso de affiches del Automóvil Club Argentino



Señor Remigio Mánica, autor del affiche que obtuvo el primer premio en el concurso organizado por el Automóvil Club Argentino.



El affiche que, bajo el lema "Audaz", original del pintor Mánica, alcanzó el primer premio del concurso, dotado con 500 pesos.

Accidente ocurrido al automóvil del ministro de Guerra



Debido a una patinada sufrida por el automóvil del ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, mientras marchaba por la Avenida Vértiz, el vehículo fué a estrellarse contra una columna del alumbrado público. — El joven Eduardo Justo, hijo del ministro, que viajaba en el auto, se salvó milagrosamente del peligroso trance, pero no tuvo igual suerte el chauffeu, Julio Plumen, que guiaba el coche, puesto que perdió la vida, horas después del accidente, a consecuencia de las heridas que recibiera en el choque. — Una vista del vehículo, después del siniestro.

Brillante triunfo de la ganadería argentina



El gran campeón de raza Shorthorn que en el reciente remate efectuado en la Exposición Rural, fué vendido en la enorme suma de $ 152.000, batiendo el record de precio en la República y equiparándose a los mayores obtenidos en otras partes del mundo. — Fué adquirido por los señores Bartolomé Ginocchio e hijos.

TEATROS



Felyne Verbist, notable primera bailarina del Royal Covent Garden, de Londres, que ha debutado con gran éxito en el Grand Splendid Theatre.

AVIACIÓN



SANTIAGO DEL ESTERO. — Los pilotos Goggi y Elverdin, con el presidente del Aero Club, al aterrizar, procedentes de La Plata.



El presidente del Aero Club, ingeniero Julio J. Palmeyro, abraza al piloto Alberto Riggi, por su feliz travesía desde Buenos Aires.



Un grupo de santiagueños admirando al aviador Goggi, quien, a pesar de todos los contratiempos sufridos, se dispone a realizar su firme propósito de aterrizar en La Paz.

NECROLOGÍA



Señor Claudio C. Molina, simpática figura de la sociedad porteña, que acaba de extinguirse a la edad de 75 años. — Militó, desde su juventud, en las filas del partido Autonomista y ligóle una sólida amistad con Adolfo Alsina y Leandro N. Alem. Fué senador provincial en dos períodos.



Señora Herminia Elena Bassani de Marottoli, cuyo deceso, ocurrido en Rosario de Santa Fe, ha sido muy lamentado.

EL CRUCERO-ACORAZADO "REPULSE" EN MAR DEL PLATA



Un grupo de jefes y oficiales del "Repulse", buque de la armada británica, en que viaja el príncipe de Gales, acompañados por varios colegas del crucero argentino "Buenos Aires", después del almuerzo con que les obsequiara el doctor Cranwell, presidente del Golf Club, de Mar del Plata.



La nave británica, vista de popa, en su fondeadero de Mar del Plata, donde ha sido visitada por más de dos mil personas.

Fots. Torres y Bonnin.



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—Señorita Victoria Suárez, que próximamente se desposará con el señor Angel Blanco Caprile.



LOMAS DE ZAMORA.—La señorita Elsa Schoon y el señor Juan Manuel Castro Justo, después de su matrimonio.



Enlace Vago-Amadeo.—Los contrayentes después de la consagración de su matrimonio.



La señorita Elena M. Etchepare y el señor Manuel L. Roy, recientemente desposados.



La señorita Elvira Rapallo y el señor Adolfo Galdeano, cuyo matrimonio se efectuó últimamente.



CAPITAL FEDERAL.- Enlace de la señorita Gracia Delaico con el señor Pedro G. Burgos.



La señorita Elisa Vidal y el doctor Pedro Herrera Díaz, después de la consagración de su matrimonio.



Enlace de la señorita María I. Barutta con el señor Alberto A. Silvoso

DE TUCUMAN



Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete con que fué obsequiado el señor Agustín Moya, con motivo de su enlace.



Miembros de la colectividad boliviana, residentes en Tucumán, durante la visita que realizaron a la histórica casa en que se jurara la independencia argentina.



Parte de la concurrencia que asistió al festival organizado por el "Lawn Tennis Club Tucumán", en ocasión de la entrega de premios a los deportistas que resultaron vencedores en los últimos torneos realizados por dicha institución.

Fots. V. Saccone.

EXPOSICIÓN SERRA, EN EL SALÓN WITCOMB



Recientemente fué inaugurada una exposición de cuadros del paisajista, señor José C. Serra, de la cual reproducimos algunas telas. — "Iglesia de Jesús María, Córdoba".



"Península de San Pedro, Nahuel Huapí".



"Flor de ceibo, Nahuel Huapí".



"Cerro Casa Piedra, Nahuel Huapí".

FUTUROS YACHTMEN



Un feliz quinteto. Los hijos de C. D. Mallory, de Greenwich (Connecticut), sentados en la proa del yate "El místico", propiedad de su padre, presenciando las regatas del Manhasset Bay Yacht Club, de Wáshington.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena de "La mansión de las sombras", película en la que interviene como protagonista Ethel Clayton, secundada por Cullen Landis y Bárbara Beadford. — **Mañana, miércoles, será estrenada por la New York Film.**



Un pasaje del cinedrama "Luchando contra las llamas", que interpretan William Haines, Dorothy Devore, D. Torrence, Sheldon Lewis **y Charles Murray, que la casa Max Glucksmann distribuye desde el viernes último.**



Escena de "La aurora de la vida", nueva producción de David W. Griffith, con Carol Dempster **como protagonista, que está distribuyendo Artistas Unidos.**



Un cuadro de "Carne de mar", superproducción interpretada por George O'Brien, secundado por Billie Dove, Harry T Morey, Cleo Madison y Anne Cornwall, que hoy **estrenará la Fox Film.**



Lew Coddy, Bárbara La Marr y Percy Marmont, que, con Mae Bush interpretan la cinta del programa Ajuria "¿Perdonarla o matarla?", que la General estrenará **pasado mañana.**



Thomas Meighan y Lila Lee en la comedia sentimental "Con rumbo al hogar", que **la Paramount estrenó el domingo último.**



Laura La Plante y Pat O'Malley, en una escena del cinedrama "Amores de nina", película Jewel que la Universal estrenará el 7 del corriente.

LOS GRANDES PROBLEMAS DE URBANISMO METROPOLITANO

El barrio Marcelo T. de Alvear es una Jauja moderna.—La casa propia para el empleado y para el obrero, ha dejado de ser un ideal para convertirse en una bella realidad. — Cientos de familias modestas tendrán dentro de poco hogares sanos y confortables, cuyo importe abonarán por medio de reducidas amortizaciones mensuales.



Chalet que representa los nuevos tipos de edificación de casas baratas, del barrio Marcelo T. de Alvear.



Vista parcial del primer grupo de casas habitadas.



Otro detalle de las viviendas habitadas en el barrio Marcelo T. de Alvear.

Aspecto general del barrio de casas baratas.



Señor Benjamín F. Nazar Anchorena, presidente de la Comisión Nacional de Casas Baratas.



Núcleo de casas ocupadas.



Otra variedad de tipo de edificación.

Es indudable que mucho se edifica en la capital federal pero con todo el problema del abaratamiento de la casa del pobre permanece en pie. El empleado modesto, el obrero, el hombre de trabajo que vive de un sueldo generalmente reducido continúa siendo la verdaderá víctima del ambiente social, de la modalidad económica del país retardado en los progresos culturales alcanzados en Europa, que ya hace mucho tiempo se ha impuesto a todo lo que signifique privilegios excesivos para la clase adinerada. En Europa el pobre está considerado como un miembro integrante de la sociedad, no es un paria y tiene derecho él y sus familiares a vivir conforme a los principios más elementales de la higiene, de la cultura colectiva. Desde luego la vivienda es, y continúa siendo, la preocupación constante de los gobiernos.

La última palabra de las empresas internacionales de higiene y de la vivienda es de que el obrero requiere no sólo una casa-habitación adonde cobijarse con los suyos, más o menos apropiada a sus necesidades y economía, sino que se le debe de proveer de hogares, de acuerdo con el concepto moral de la expresión, es decir, de una vivienda sana, aireada, de gusto estético, segura, alegre, confortable y atrayente, en donde haya placer en vivir y con una distribución discreta que evite la promiscuidad, aun cuando se trate de seres de la misma familia. La vida en esas condiciones es educación, es moralidad, es enseñanza, es cultura, es buen gusto, es higiene, es salud es bienestar del cuerpo y del espíritu.

En nuestro país estos conceptos básicos de la vivienda del pobre hasta hace poco hubieran parecido temerarios, sino en la teoría precisamente pero sí en la práctica. Enunciadas en las cámaras, por la prensa, no era suficiente, había que darles forma y ejecución, convertirlos en leyes y éstas ser aplicadas.

Pero el rudo machacar de unos cuantos ciudadanos bien intencionados y de notoria ilustración plantearon el problema en el congreso y de las bancas legislativas surgió por fin gallarda una ley que creó un organismo nuevo y auspicioso para la cultura argentina: la "Comisión Nacional de Casas Baratas".

LA INICIACION

Engorroso sería enumerar las dificultades que se presentaron desde el primer momento, para que se convirtiera en realidad casi una quimera, vale decir, proporcionar al trabajador una vivienda de conformidad con las condiciones enumeradas y al mismo precio de la pocilga antihigiénica del conventillo arrabalero. La ley proveía los recursos y los medios de llevarse a cabo el proyecto, pero eso no era todo. Se necesitaba también las personas capaces de interpretar fielmente el pensamiento fundamental y que patrióticamente pusieran al servicio su competencia, su honestidad y su tiempo, desempeñando los cargos "ad honorem".

Y bien, todo esto se ha conseguido en un lapso de tiempo corto. La ley de ayer es hoy una bella realidad. Puede decirse que la obra de la expresada Comisión, compuesta de ciudadanos respetables, acreedores a la gratitud del municipio y que preside el Dr. Nazar Anchorena, es un monumento por su actuación. Se inició con toda felicidad construyendo una casa colectiva, de pequeños departamentos, en la calle Caseros, frente al Parque Patricios, y con otra en la calle Defensa. Fué el primer paso hacia la resolución de un problema social intenso y de una importancia tan extraordinaria que, posiblemente, no habrá otro tan valioso para el progreso de la Comuna y para la salud pública del municipio.

LAS COLECTIVAS Y EL BARRIO CAFFERATA

La casa colectiva de Parque Patricios, denominada Valentín Alsina, está situada en las calles Rondeau y 24 de Noviembre. Su costo fué de $ 815.224.86. Actualmente la Comisión dispone de un terreno anexo para el ensanche de dicha casa, cuyo costo es de 75.651.40 pesos.

La colectiva de la calle Defensa 763 costó 648.461.33 pesos.

Más o menos en el mismo tiempo se llevó a cabo la construcción del barrio Juan F. Cafferata, situado en la calle José M. Moreno y Asamblea, en el Caballito.

Consta de 160 casas individuales y su valor ha sido de 2.063.957.18 pesos. A dicha suma habrá que agregar el adoquinado.

Ha sido sin duda este barrio el primer ensayo diremos de una iniciativa de importancia hacia la resolución del problema de la vivienda del pobre, vale decir del obrero.

Y fué tan feliz este ensayo, que los mismos diputados socialistas no han tenido inconveniente en declarar que no saben cómo pudo la Comisión alquilar casas individuales con todo confort y comodidades por tan poco dinero.

EL BARRIO ALVEAR

Pero bien pronto la metrópoli había de asistir a un acontecimiento trascendental, tanto en el orden edilicio como de detalle en lo que respecta a la asombrosa transformación de esta inmensa urbe. Nos referimos al barrio Marcelo T. de Alvear, que acabamos de visitar, que conocíamos en su comienzo pero que sorprende y conforta porque en su presencia surge la evidencia de que no sólo se sirve al país y a la humanidad haciendo política u ocupando altos puestos frondosamente rentados; se hace también obra noble y grande poniéndose al servicio de los intereses colectivos y sin más halagos que el de la satisfacción de hacer el bien en el silencio, casi, como trabaja tan intensamente la Comisión Nacional de Casas Baratas, aun cuando no dispone de los elementos que debiera tener

El citado barrio es una Jauja moderna. Ha sido ubicado en el terreno conocido por la Quinta de Olivera, en una extensión total de 182.132 metros, comprendido por las calles Lacarra, Directorio y las avenidas Juan Bautista Alberdi y Olivera.

El vecindario no sale aún de su asombro ante la rápida transformación que se ha operado en aquel barrio en tan poco tiempo y tampoco se concibe que aquella hermosa agrupación de viviendas de estilo elegante y moderno, de perfecto trazado, que forma un núcleo de moradores afortunados haya surgido de una iniciativa legislativa para dotar al empleado y al obrero de una casa propia, cuyo importe habrá de pagar cómodamente con una suma tan exigua que resulta irrisoria.

En verdad que cuesta creer que el azar de una bolilla convierta de un día para otro en propietario a un honesto trabajador que vive esquilmado por el alquiler de una miserable vivienda d extramuros o en un par de habitaciones en bochornoso hacinamiento, sin luz ni aire y, sobre todo, en pésimas condiciones higiénicas.

Una feliz coincidencia nos puso en contacto, en pleno barrio Alvear, con el secretario de la Comisión Nacional de Casas Baratas, señor Javier Bonifacio, que se encontraba accidentalmente allí Explicado el motivo que nos había llevado, el señor Bonifacio, galantemente, nos invitó a visitar el segundo grupo de casas, nos dijo, que acaban de ser terminadas y que han sido sacadas a sorteo.

El primer grupo, nos agregó, consta de 50; las nuevas son 77 y el sorteo se verificará en los primeros días de septiembre, en acto público, con asistencia del escribano mayor del Gobierno, como se ha hecho en todas las edificaciones, pudiendo concurrir quien lo desee sin ningún requisito.

A nuestra pregunta de si habían sido presentadas muchas solicitudes para dicho grupo, nos informó que cerca de 3000, de las cuales han entrado al sorteo próximamente 2700. Esto da idea del interés que hay entre la clase trabajadora.

El nuevo núcleo de habitaciones individuales no desmerece de las anteriores; hay de 3, 4 y 5 piezas tipo chalet. Son sencillamente una monada, no sólo por su aspecto general sino también por su distribución interna. En pequeño constituyen un petit-hotel con un confort que no se concibe sino visitándolas.

Nos encantan a medida que observamos los detalles de esas bellas casitas llenas de luz, de ventilación, de comodísima distribución. Todo está perfectamente comunicado y calculado para el manejo de una familia que no dispone servicio para la limpieza y el orden. Las cocinas son un chiche, tipo económicas para quemar carbón o leña y de una sencillez admirable que las puede manejar un niño. El cuarto de baño es otra joya y ya quisiera tenerlos casas de 150 y 180 pesos de alquiler

Esas alegres viviendas están rodeadas de un terreno que varía en su extensión, para jardín o patio, según el tipo y número de piezas En ellas no se ha hecho economía en lo que respecta a la clase del material, decoración de paredes, mosaicos, puertas, ventanas, etc., detalles que nuestro amable cicerone nos hace ver, explicándonos, además, el sistema empleado en toda la edificación.

Nos asombra realmente que se puedan construir viviendas para ser enajenadas a tan bajo precio. suponemos que la Comisión perderá dinero y le damos a conocer nuestra impresión al señor Bonifacio.

Sonríe bondadosamente y nos dice:

—La opinión de ustedes es general, iguales dudas tienen todas las personas que visitan este barrio como el Cafferata—. Y nos agregó:- La Comisión construye, en efecto, muy económicamente, licita las obras, no pierde dinero y, de acuerdo con la ley, entrega las casas a precio de costo.

Preguntámosle luego por qué no se construye mayor número de casas, manifestándonos que es debido a la falta de recursos y porque los trabajos se abonan al contado.

El señor Bonifacio se expresa con calor respecto de la humanitaria obra que realiza la Comisión y se manifiesta entusiasta respecto de lo que se podría hacer si se dispusiera de más recursos.

Está calculado que en toda la superficie que constituye el barrio Alvear se podrán construir alrededor de 800 casas. Será sin duda el barrio más hermoso de la metrópoli, en su género, por su gran extensión.

Se ha dejado, además, un amplio edificio que corresponde al terreno, ocupado por una escuela, en el cual también se instalará una biblioteca para el vecindario.

El barrio Alvear, aun así en su iniciación, merece ser visitado, el paraje no puede ser más pintoresco, próximo al gran Parque Avellaneda y con tranvías cómodos.

LA COMISION ADMINISTRADORA

La Comisión Nacional de Casas Baratas está compuesta de ciudadanos que desempeñan el cargo honorariamente, en la siguiente forma: presidente, señor Benjamín F. Nazar Anchorena; vicepresidente, Dr. Carlos M. Coll; tesorero, ingeniero Juan Ochoa; vocales, Dr. Rómulo B. Trueco, Dr. Amadeo Grandi; secretario, señor Javier Bonifacio.

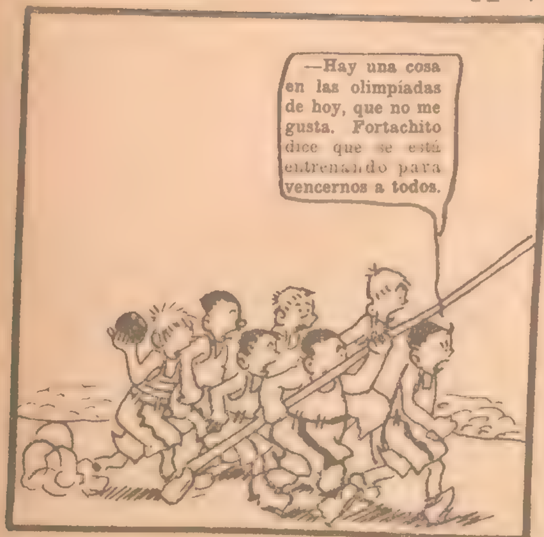
SEGURO DE VIDA

De acuerdo con las disposiciones de la ley respectiva la Comisión está estudiando la forma de establecer un seguro de vida del adquirente de las casas individuales, tanto del barrio Cafferata como del Alvear, de manera que en caso de fallecimiento del jefe de la familia, ésta no quede completamente desamparada. El seguro se hará de manera que con él se salde la deuda que exista de la casa adquirida, de modo que la familia tenga un techo asegurado.

La aplicación de esta disposición se presenta difícil pero se estudia la forma de llegar a dicho resultado

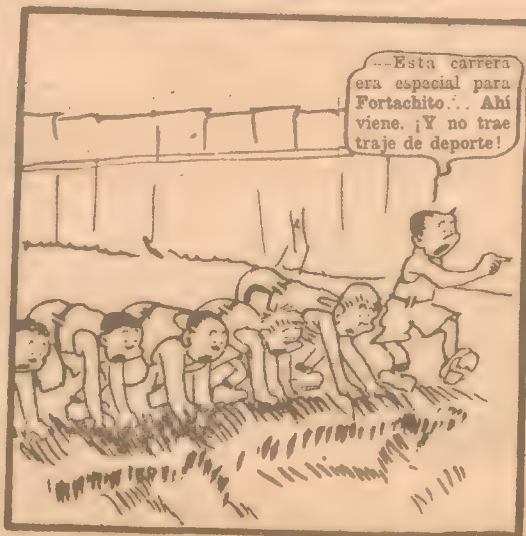
PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí





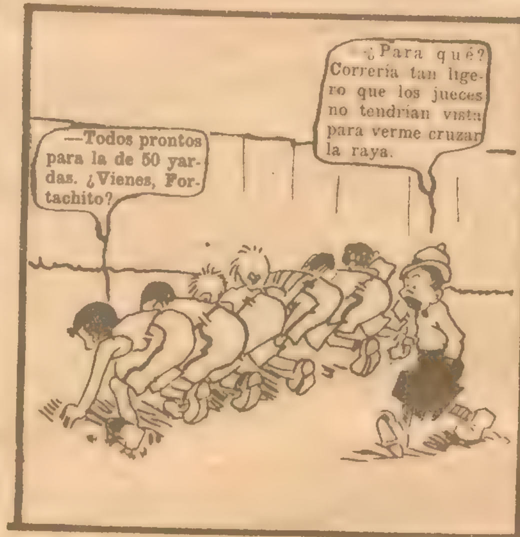


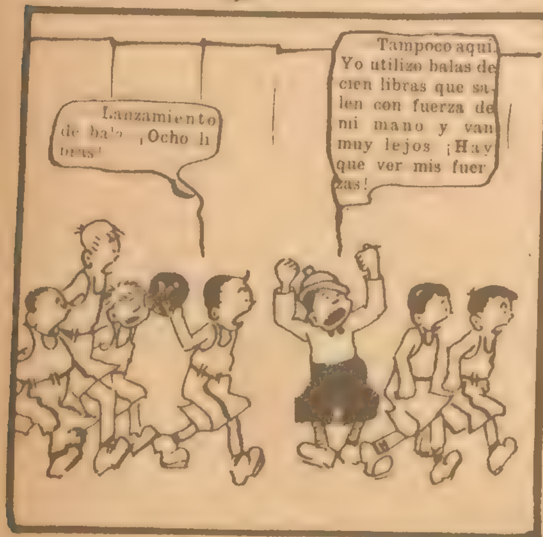
















FOOTBALL. — Palermo v. Huracán.— Sportivo Palermo v. Platense. — Pedestrismo



Cuadro de Huracán que empató con Palermo, sin que ninguno de los dos bandos consiguiera abrir el score.



Equipo de Palermo, que enfrentó a Huracán, en la cancha del primero, sin que hubiera vencedores ni vencidos.



Team de Sportivo Palermo que triunfó sobre Platense por 1 a 0 goals, en el partido efectuado en el field de River Plate



Los representantes de Platense que perdió en el encuentro con Sportivo Palermo.



Atletas que intervinieron en la carrera pedestre organizada por el Club Velocidad y Resistencia, en la cual se disputó el trofeo "Victorio J. Luisi".—Triunfó en la prueba Félix de Santú, que es el que aparece ocupando el cuarto lugar del grupo, empezando por la izquierda



NOTAS ROSARINAS



Asociados del Centro Unión Almaceneros, durante la visita que últimamente realizaron a las instalaciones del frigorífico Swift.



Componentes de la compañía de Luis Arata, que tomaron parte en la interpretación la obra "Babilonia", estrenada con éxito en el teatro Olimpo.



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la demostración organizada por el Consejo Superior en honor de los jugadores que enfrentaron a la Asociación Argentina, y al Boca Junior, por la "Copa Rosario" y "Sol y Tierra", y que vencieron en brillante forma.







En la pista del Hipódromo Independencia disputóse recientemente el clásico Maipú, carrera en la que triunfó el caballo Río Segundo, producto cordo[illegible] —A la izquierda: Dalmiro Rodríguez, entrenador del caballo vencedor.—En el centro: la llegada del clásico: 1. , Río Segundo; 2. , Vivaz; 3. , Infanzón; 4. , Costa[illegible]a.—A la derecha: José Garrido, jockey que condujo al animal que ganó la prueba.







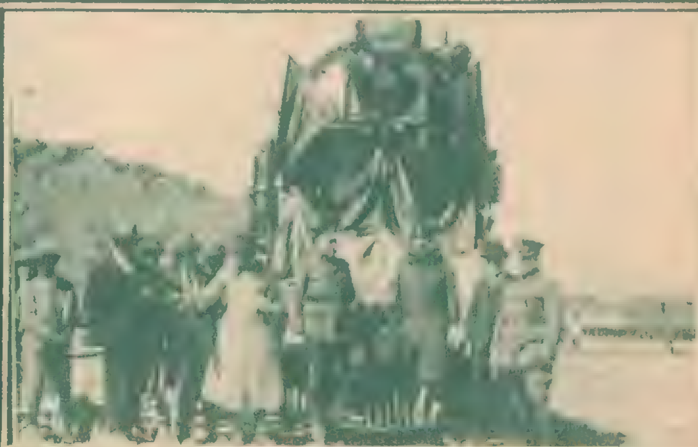
El accidente automovilístico ocurrido al conocido comerciante señor Subhy Abdelmalek, tuvo fatales consecuencias para este señor y para el chauffeur que conducía el vehículo, pues ambos perdieron la vida. A la izquierda: el señor Subhy Abdelmalek.—En el centro: durante el sepelio de los restos de dicho señor.—A la derecha: el chauffeur Eduardo Pereyra, que guiaba el auto particular del señor Abdelmalek.

Fots. Flores Toledo.

FRAY MOCHO EN BOLIVIA


Algunos miembros de las embajadas de la República Argentina y del Brasil, en la plaza principal de Tupiza.


El embajador del Brasil, señor Araujo, y su secretario, barón de Río Branco, durante un paseo por las calles de La Paz.


Los miembros que componían la embajada argentina, a su llegada a Tupiza.


Mercado de flores, en La Paz.


La catedral de Tupiza.


Una de las calles de La Paz, en plena transformación. Al fondo: el cerro Illimani, de 7.100 metros de altura sobre el nivel del mar.


Mercado de Tupiza. A la izquierda pueden observarse las bolsas llenas de coca, producto del que hacen mucho consumo los bolivianos.


Una tropa de llamas, cargadas de mineral, llegando a La Paz.

Fots. Jose Ouorez

LA PAGINA DE LOS DEPORTES



1. George H. Corson, instructor para el Congreso Nacional de Y M C. A., de Nueva York, arrojándose al agua, con los pies y manos atados, para recorrer, sin desatarse, una distancia de dos millas y media en la bahía de Toronto. — 2. Mlle. Andrée Souche, vencedora de los single sculls, en el campeonato para mujeres, realizado en Lagny, Francia. — 3. Final de una carrera de 100 yardas, en las pruebas realizadas en Toronto, para elegir los representantes femeninos que concurrirán a los concursos internacionales de mujeres atletas, que se realizarán en Stamford Bridge, Inglaterra. Ganó la prueba Jorie Dyment (izquierda), llegando segunda Myrtle Cook, que es la que se ve en el centro del grabado. — 4. El equipo de natación de las jóvenes empleadas, que ha ganado por dos veces la Interstate Park Cup, en Toronto. — 5. Jackie Ott, estrella de natación, de seis años de edad, llevando a remolque una embarcación llena de bellas nadadoras, a través del Lago Rexmore, en Stamford-in-the-Catskills. — 6. Fred Clarke, anterior director del Pittsburg Club, que en unión del actual, Bill Mc Kechnie (izquierda), entrenan al equipo de baseball que ha de combatir con los Ginats de Nueva York. — 7. Un grupo de la Asociación de Comerciantes de Automóviles, reunidos para jugar el cuarto torneo anual de golf, en Hartsdale. — 8. Mr. William L. Colt, presidente de la asociación, iniciando el torneo. — 9. Grupo de participantes en le campeonato de golf por la Copa Warren Harding, donada por el extinto presidente, que pasará definitivamente a poder del que gane el campeonato tres veces seguidas.











Modas ultramodernas exhibidas por los principales dibujantes de París, en la Exposición de Arte Decorativo

1. Una figura esculpida en madera, por Vigneau, vestida con un traje de Bernard. — 2. Vestido para niña, por Juana Lauvin, quien comenzó su carrera de dibujante de figurines, ejecutando trajes para su hija, hoy la condesa de Polignac. — 3. Rico traje de Callot. En el fondo hay un ''paravent'' de Durand. — 4. Tendencia del arte moderno. — 5. Un maniquí egro, con una creación de Vionnet. — 6. Traje para niña, confeccionado en organdí blanco y adornado con verdaderas valencianas. — 7. Traje para joven, sobre una bella figura en madera. — 8. La novia ultramoderna, llevando una ''Robe de Style'', por Juana Lauvin. — 9. Traje de noche, por Worth. Es una bella combinación de seda bordada, tracery y cuentas.

Alrededor del mundo



Un Mozart moderno: René Dreyfus, ganador, a los 14 años, del primer premio para piano, en el Conservatorio Nacional de Música, de París.



La moda en Zululandia. — Elegantes peinados que le ha sido dado observar, durante su viaje, al príncipe de Gales. Son éstas dos bellezas de una de las razas que se han exhibido desde Long Island hasta Africa del Sud, para encantar al heredero del trono inglés.



Pershing, en la víspera de su partida hacia Sud América, para presidir el plebiscito de Tacna y Arica. Tiene en la mano la espada que le ha sido regalada por el presidente de Venezuela.



El 48.° aniversario de la invención del fonógrafo. — Tomás A. Edison, con su esposa, en Orange.



Una exhibición de cow-boys en el Stade Buffalo, de París.



El triunfo de la verdad

Por S. Pérez Triana

Aquel era un corral espacioso, circundado en cuadro por altas tapias, cortadas en lados opuestos por dos recios portalones, unos sobre la carretera pública y otro sobre las dependencias de la granja a que el corral mismo pertenecía. En otro de los lados se alzaba el establo para las vacas lecheras y algunos animales de labor: enormes caballos percherones, de cascos acopados, muy grandes, como cestos invertidos, melenudos, con penachos de crines lacias que barrían el suelo.

Dentro del corral, todo a nivel, sin hierbas ni plantas, tendía un charco su linfa de pocas pulgadas de profundidad, sobre un fondo fangoso, propicio a la cría y desarrollo de gusanillos y otras alimañas, apetecidas de las aves domésticas, como el "caviar" para los golosos. Allí, ante la madre medrosa y complacida, entregábanse los paticos a deportes natatorios sin peligro de traidoras corrientes.

La población del corral era numerosa; el elemento étnico — digámoslo así — predominante, era de pollos y gallinas. Había algunos gallos, entre quienes la tradición de muchas generaciones hijas de aquella patria, y, acaso también,—dado el gran número de aves,—la necesidad de repartir las responsabilidades naturales a su estado, habían culminado en un "modus vivendi" de pacífica distribución de funciones, sea, en la división del trabajo, preconizada por los expositores clásicos de las ciencias económicas, ejemplo edificante y consolador muy distante del absolutismo exclusivista y pendenciero, privativo de los gallos educados en corrales de menos equitativa orientación moral.

Pululaban los pollos de todas las edades, desde los diminutos, casi implumes, hasta los ya entrados en días de campar por sus respetos, empeñándose en emular a sus mayores. Las cluecas conducían a los polluelos por todo el haz del corral, llevándolos al borde de la pequeña mar de los ánades, en busca de nutrición suplementaria, o al estercolero de forma cónica, con la cumbre trunca en convexidad irregular, montón de los despojos del establo, hacinados para abono de las huertas.

Ascendían los polluelos, en pos de la clueca, los escarpados flancos del que, sin su color de un pardo sucio y desteñido, fuera un "Mont-Blanc". La activa descomposición orgánica acentuada en las capas superiores brindaba más suculento premio a los más audaces de entre aquellos alpinistas: escrito está, de pollos y de hombres, que toda eminencia coronada trae su galardón.

Abundaban los capones, obesos, de andar pausado, con reflejos de tristezas o de ansias reminiscentes en los ávidos ojuelos, expertos, como con fuerza de segunda naturaleza, en descubrir todo lo asimilable, por vía de alimento, hasta en los más recónditos parajes.

Formaban grupo aparte los gansos; serios, insociables, dábanse a interminables caminatas, uno en pos de otro, en larga fila, con ademán de militares en marcha, contentos de sí mismos, como tantos otros bípedos, en su agitación vacía de objetivo, estéril y fanfarrona.

No faltaban los pavos y sus hembras; ellos engreídos y alborotadores, ellas traviesas y aprovechadas.

Descollaba, entre las aves, el pavo real, fatuo, con pretensiones de superioridad innata, refrendadas por la gloria policroma del prodigioso abanico de su cola.

El espíritu del corral se encarnaba,—en carne con plumas, se entiende—en una gallina venerable, cien veces clueca en su vida, y, por su serena robustez, apta para serlo otras ciento. Ella había recogido la sagrada tradición de su pueblo, encerrada dentro de aquellas tapias, y cristalizada en su pecho como el diamante en la ganga.

Había visto llegar y pasar las generaciones, y ahora las veía aún crecer en derredor suyo, como en ondas de vida, con dos patas y cubiertas de plumas, que jamás hubieran de agotarse. Careciendo, como todos los seres de su clase, de memoria sermoneante y de imaginación vaticinadora de quebrantos, vivía en el supremo goce del momento presente, bello ideal de la dicha perfecta, conturbada siempre por el recuerdo o el augurio: compensación acaso de la Providencia a los seres sin alma por la inmortalidad que les fué negada.

Venerábala,—hasta donde la veneración en él cabía—su propio pueblo de pollos, gallos y gallinas, y rendíanle las demás aves cierto acatamiento contagioso, estimulado por el favorable ambiente moral de aquel corral, modelo de corrales, santuario de egregias tradiciones.

Todas aquellas aves tenían de las alas la semblanza material, muñones y plumas. Ninguna de ellas volaba. Si era degeneración, hija de la domesticidad, o desarrollo incompleto en una evolución contenida, es cosa por demasía ardua de resolver. Sólo sí que esas alas de pega jamás cruzaron el azul, donde revolotean las mariposas y zumban las abejas y se pierden, como un canto, las golondrinas.

Por aquel entonces,—el de que se trata —formaron su nido en el alero del establo unas palomas: vivieron su idilio, rumoroso de arrullos, en los mismísimos días que la primavera enflora y embalsama. Sus polluelos abrieron los ojos ante la vida bulliciosa del corral, universo, diríase, lo bastante comprensivo para contener todos sus anhelos.

Halló el estío a los pichones aptos para el vuelo, y volaron. Y tornaron, volando, "con l'ali aperte é ferme al dolce nido per l'aer dal voler portate", como hacía Virgilio y Dante las atribuladas sombras de Francesca y de Paolo.

Ese vuelo fué revelador. Los viajeros, aunque palomas, habían sentido la impresión del milagro y discurrían así: los del corral no son los límites del mundo. Fuera de las tapias, más allá de la carretera, de los sembrados, del bosque y de las colinas divisables desde nuestro alero, vimos otros sembrados y otros bosques, y montes más empinados: la tierra ondula y lleva trajes diversos en los valles; la esmaltan manchas de agua, quietas unas, errantes otras; los bosques susurran y el viento a veces parece hablar palabras incoherentes, como si soñara.

En otras partes hay edificios y templos, y en las aguas se balancean, o las recorren, grandes fábricas flotantes, con mástiles atravesados en cruz, para que descansen las palomas. Y más allá están las aguas sin confín; ellas también murmuran palabras incoherentes; sobre esas aguas impera la soledad.

Vimos aves que iban, unas solas, otras en bandadas, en tupido volar, como una nube, puestos los ojos, todas, en un punto invisible, allá entre las dos inmensidades.

Y vimos un ave, vencida, caer a las grandes aguas y perderse en ellas. Tornamos al nido.

Por su misma extrañeza, aquel discurrir en el alero, especie de púlpito al fin, sorprendió, desconcertándolos, a los pollos que lo oyeron. Cundió el rumor, se dijo que acaso habría verdad o algo de verdad en la historia de las palomas. Impuesta la clueca tutelar, tembló por la suerte de su pueblo. Estalló en su conciencia el brote heroico. Hay momentos en la vida de los corrales en que el supremo peligro engendra al redentor, al apóstol o al mártir que la patria salvación reclama.

Sabía la clueca que para vencer la potencial rebeldía naciente, precisaba combatir al mal con las propias armas del mal. Su sola autoridad de clueca abnegada, sus eximios méritos, su probada rectitud de criterio y su honestidad inmaculada, no bastarían. Si sólo el sacrificio bastaba, era preciso ir al sacrificio.

Pocos días después, con estridente cacareo, convocaba la clueca a su pueblo desde la cúspide de aquel estercolero, tantas veces teatro de su maternal solicitud. Acudió éste en masa, escalonándose en los flancos ubérrimos del Sinaí gallinal y apiñándose al pie, impaciente y curioso.

Y la clueca habló: "Hijos míos, mi amor por vosotros, por nuestras sacras tradiciones, por nuestras sanas prácticas, por la pureza de nuestras costumbres, me ha llevado, a mi edad y a pesar de mis responsabilidades, a realizar un supremo esfuerzo. Segura de la verdad de mis convicciones, jamás abrigué temor alguno. Quise, sin embargo, estar doblemente segura de lo seguro. ¡También tengo alas yo!

"Desde este pináculo que me sirve de tribuna, ascendí de un vuelo a la vecina tapia y de otro descendí al mundo externo. Exploré. Fuera de nuestro corral, sólo hay desolación. Una larga faja polvorosa en primer término, y más allá un suelo removido, reseco, sin substento para nosotros. No hay tales valles, ni montes, ni aguas corrientes, ni grandes aguas, ni mástiles para que se posen las palomas. No podéis dudar de vuestra madre; os digo que yo también he traspasado estas tapias, exponiendo mi vida por vosotros: para volver hube de aguardar en desnudez y desamparo a que se abriera el portalón... Las palomas han mentido; toca a vosotros, hijos míos, pueblo amado, dictar el fallo sobre su conducta."

De toda moral establecida, henchida con la convicción de poseer la verdad definitiva, surge necesariamente, como escudo protector, una celosa intolerancia, erizada de defensas, esencial para la conservación del orden y del bien públicos, y, en su espíritu colectivo, inexorable con el delincuente.

¡Ay de las palomas temerarias que conturbaron la ecuánime conciencia del corral, empañando el nítido espejo de la verdad! A una fueron condenadas a muerte.

Advirtieron ellas, empero, el clamoreo amenazante, y desplegando las probadas alas, buscaron refugio en el espacio, amparador y cómplice misericordioso de palomas y de otros pájaros de cuenta.

El corral se había salvado.



Anécdota de Sarah Bernhardt escrita por ella misma

El violento deseo de conquistar al público inglés había sobrepujado a mis fuerzas físicas. Al día siguiente de la primera representación me sentí tan mal, que, llegada la noche, después de varios vómitos de sangre, hubo que avisar a la embajada para que me enviaran un médico.

El doctor Vintras, director del hospital francés de Londres, me encontré tendida en el lecho, exangüe y como muerta. Se espantó y pidió que avisaran inmediatamente a mi familia; pero yo protesté por señas. Como no podía hablar, me trajeron lápiz y papel y escribí en él: "Telegrafiad al doctor Parrot".

Vintras permaneció a mi lado parte de la noche, deslizando cada cinco minutos pedacitos de hielo entre mis labios. Al fin, cerca de las cinco de la madrugada, cesaron los vómitos de sangre y pude dormir gracias a una poción del doctor Vintras.

Por la noche había que representar "L'Etrangere" en el "Gaiety", y como el papel no era muy fatigoso, dije que me proponía hacerle "quand même". Pero el doctor Parrot, que había llegado en el vapor de las cuatro, se opuso terminantemente. Sin embargo, como yo me encontraba mejor y la fiebre había desaparecido, intenté levantarme. Parrot no me dejó.

En aquel momento anunciaron al doctor Vintras y a M. Mayer, el empresario de la Comedia Francesa. Abajo, en la calle, el señor Hollingshead, el director del "Gaiety Théâtre", esperaba en su coche para saber si, tal como estaba anunciado, representaría o no aquella noche "L'Etrangere".

Rogué al doctor Parrot que recibiese en el salón al doctor Vintras y di la orden de que pasara M. Mayer a mi cuarto. En seguida le dije: "Me siento mejor y, aunque estoy débil, trabajaré. ¡Silencio! Ni una palabra. Avise usted a Hollingshead y espérenme los dos en el "fumoir". Pero ni una palabra a nadie.

Salté de la cama, me vestí de prisa y corriendo, con auxilio de la camarera, que había adivinado lo que me proponía hacer, divirtiéndose mucho con ello, me envolví en una capa, me puse un velo en la cabeza y en compañía de Mayer subí al carruaje.

Mayer, estupefacto, me dijo:

—Pero ¿adónde vamos?

—Al teatro. ¡Pronto! ¡Pronto!

Ya el coche en camino, le expliqué a Mayer que ni Parrot ni Vintras me hubieran consentido jamás lo que había hecho. "Ahora—añadí—la suerte está echada. Veremos lo que pasa".

En el teatro me escondí en el despacho del director para evitar la cólera del doctor Parrot, a quien adoraba. Comprendía hasta qué punto me porté mal con él, que había acudido tan solícito a mi primer llamamiento. Media hora después mi doncella me trajo una carta de él llena de tiernos reproches, de consejos furibundos y de una receta para el caso de recaída. Me anunciaba, además, que embarcaría dentro de una hora y que no quería venir a estrecharme la mano. Pero yo estaba segura de que todo se arreglaría a mi vuelta.

Empecé a prepararme para la representación. Tres veces me desmayé vistiéndome; pero yo quería trabajar "quand même".

Tenía un poco pesada la cabeza por el opio tomado en los calmantes. Entré en escena de un modo inconsciente, halagada por los aplausos con que me acogieron. Estaba como en un sueño. Apenas distinguía lo que me rodeaba. Veía la sala como a través de una niebla luminosa. Mis pies se deslizaban suavemente sobre la alfombra y el sonido de mi voz me parecía lejano, muy lejano. Estaba en esa vaguedad deliciosa que producen el cloroformo, la morfina, el opio o el haschiss.

Los primeros actos pasaron muy bien. Pero en el tercero, en el momento en que iba a contar a la duquesa de Septmons (Croizette), todas las desgracias que yo, Mrs. Clarkson, había sufrido durante mi vida, se me olvidó por completo todo lo que tenía que decir, el recitado más largo de la obra. Croizette intentó apuntarme el papel; pero yo la veía mover los labios sin oír una sola palabra. Entonces dije tranquilamente:

—La había llamado a usted, señora, para explicarle los motivos de mi conducta; pero después he reflexionado y hoy no la diré absolutamente nada.

Sofía Croizette me miró aterrada, y, levantándose, salió de escena sin quitarme la vista.

—¿Qué le pasa a usted?—la preguntaron al verla caer sin aliento en una silla.

—¡Que Sarah se ha vuelto loca! ¡Completamente loca! Ha cortado toda su escena conmigo.

—¿Cómo? ¿Que ha suprimido doscientas líneas? ¿Y por qué?

—No lo sé. Está muy tranquila.

Advertido inmediatamente, salió Coquelín a escena para terminar el acto. Cuando cayó el telón y me contaron lo sucedido me desesperé. Yo no me había dado cuenta de nada. Bajo el dominio del opio, creía haber representado mi papel como de costumbre. Y como en el último acto quedaba muy poco que decir, terminó la cosa bien.

Al día siguiente las críticas fueron muy elogiosas para la compañía; pero discutían mucho la obra. Temí por un momento que mi supresión involuntaria de la gran escena del tercero influyera en esta severidad hacia la obra. Pero no. Todos los críticos la conocían muy bien la lectura y no se ocupaban de mi olvido. Sólo el "Fígaro", que estaba entonces de muy mal humor contra mí se expresó en estos términos: "L'Etrangere" no es del gusto inglés; pero la señorita Croizette fué muy aplaudida en unión de Coquelín y Febre. La señorita Sarah Bernhardt, siempre nerviosa, ha perdido la memoria".

Yo le pregunté a un francés muy culto:

—¿No notó usted que hubo un corte en el tercer acto?

—No.

—¿En la escena capital con la Croizette?

—No.

—Pues lea usted todo lo que no dije.

Y cuando lo leyó, exclamó:

—¡Mejor! Es abrumadoramente inútil todo eso. He comprendido muy bien el tipo sin necesidad de esa historia sensiblera y anfibológica.

Y cuando, algún tiempo después le pedí perdón a Alejandro Dumas, hijo, por aquel involuntario corte de su comedia, respondió:

—¡Ay, hija mía! Cuando yo escribo una obra la encuentro bien; cuando la veo representar, me parece estúpida, y cuando me la cuentan, la halló perfecta, porque se olvidan de la mitad.

Charlas de café

Evita los amigos y protectores ricos y tontos. A poco que los trates te verás convertido en su amanuense o en su lacayo.

Importa declinar en lo posible los agasajos inmerecidos. Quienes te obsequian, te consideran solvente, y te prestan esperando un interés usurario.

Aún en medio del dolor sincero, nos tienta a veces el demonio de la vanidad. Quién no ha oído decir con mal disimulada fruición reporteril al amigo de un enfermo ilustre: "¿No sabes la noticia?—¿Qué?—Fulano se muere. Acabo de verle".

¿Qué es la simpatía? Casi siempre un prejuicio sentimental, fundado en la máxima vulgar "el semblante es el espejo del alma".

Por desgracia, la cara es casi siempre una careta. Gracias a ella, la naturaleza recata las más bellas cualidades u oculta los más repugnantes defectos.

A quienes juzgan por las apariencias, cabría preguntarles: "Si el cerebro apenas imprime sus circunvoluciones en el cráneo, ¿cómo las imprimiría en la faz? ¿En que parte de ésta destacan los honrados callos del trabajo y la energía de la voluntad creadora? ¿Dónde está el repliegue fisonómico revelador de la solución de un problema científico?

Ya lo dijo el sublime Jesús: Sólo hay una regla segura para juzgar a los hombres: el fruto.

Conservemos como tesoro los amigos juiciosos que saben soportar el desaire de una pretensión injustificada.

Ignoro por qué—decíame una señora inteligente y virtuosa—ponderan ustedes tanto la castidad de las mujeres cuando guardarla no nos cuesta el menor sacrificio. Son siempre ustedes los inductores al pecado, halagando pérfidamente las dos grandes flaquezas de nuestro sexo: la presunción de la hermosura y la propensión al lujo.

Los celos iracundos de algunas hembras significan, antes que el temor de perder un amante, el recelo de que se le cierre un bolsillo.

Los fatuos que se juzgan preferidos a causa de sus prendas personales, debieran meditar, el sentido crudamente realista de la frase habitual entre comadres: "Mi hija está muy bien colocada". En efecto, para la mayoría de las mujeres, casarse es colocarse.

Conocidísima es la poca galante salida de Schopenhauer: "la mujer es un animal de pelo largo y de entendimiento corto"; definición humorística que, entre otras excelencias, tiene la inestimable de convenir maravillosamente a la mayoría de los hombres. Para merecerla éstos, les bastaría con modificar un poco su "toilette": gastar melena, como los rusos.

Un caballero muy apersonado y apuesto siéntase en mesa próxima a la mía. Parece hondamente preocupado. Con aire compungido entra después cierta damisela elegante, que empareja con el caballero, a quien, con ojos llorosos y con voz conmovida dirige no sé qué terribles reproches. Abrumado por las amargas quejas de la hermosa, se le ocurre al galán una idea felicísima: obsequia a la gentil malhumorada con un flán. Y presencio un fenómeno interesante. A medida que la dama saborea la sabrosa golosina, sus ojos se abrillantan y sus labios comienzan a sonreír.

Por su parte, el supradicho acompañante, para distraer quizás su mal humor, enciende soberbio veguero. La faz alargada del galán se expande aureolada por el humo del cigarro. Poco después la pareja sale del bracero, jovial, satisfecha, feliz.

Y apunto en mi cuaderno: "Decididamente no hay pena en la mujer que resista a un sabroso flán, ni contrariedad del varón refractaria a la maravillosa virtud de un buen habano..."

¡Bien dijo Fontenelle que no somos perfectos ni en el dolor...

S. RAMÓN Y CAJAL.

El Tiziano y Carlos V

El emperador Carlos V, además de un excelente monarca y un caballero ejemplar, era tan gran aficionado a las bellas artes que, no satisfecho con amparar y proteger a cuantos escritores y artistas de méritos le eran presentados, honraba a algunos hasta el extremo de visitarlos en sus talleres.

Un día en que el Tiziano estaba dando los últimos toques a uno de sus cuadros más celebrados, presentóse en su estudio el emperador, seguido de buen número de caballeros, llevado del deseo de verle trabajar.

Turbóse el pintor a la presencia del monarca, y ofrecióle, como pudo, asiento, disponiéndose a hacerle los honores de la casa del mejor modo posible.

Carlos V conoció lo embarazado que se hallaba el Tiziano con su presencia, y con benévolo acento le rogó que no se turbase por él en su labor, pues tendría verdadero placer en verle trabajar.

El gran artista inclinóse ante el soberano, y obedeció; pero estaba tan impresionado que, a los pocos minutos, se le cayó el pincel al suelo.

Inclinóse Tiziano a cogerlo, mas, antes que él lo hubiera alcanzado, ya el emperador lo había cogido, con grande asombro de los cortesanos, y se lo entregó al artista.

Ante tamaña deferencia, pudo exclamar al fin el artista:

—Señor, por dos veces me habéis inmortalizado.

A lo que respondió el gran hombre:

—Yo soy el favorecido, Tiziano, que por dos veces he logrado unir mi nombre al vuestro, que será una gloria del arte.

De este modo honró Carlos V ante sus cortesanos a uno de los artistas más justamente celebrados de su época.

Para la gente de campo

EMPLEO DE LA CAL EN LA AGRICULTURA

Su influencia en los viñedos

La cal desempeña una función de mucha importancia en la agricultura. El análisis químico de las tierras demuestra que hay extensiones considerables que son pobres de este elemento. La cal tiene mucha influencia en el desarrollo de las partes verdes de las plantas. Es en estos órganos donde se encuentra en mayor cantidad; pues son los que más sufren, cuando a las plantas se les priva de ella. En las investigaciones efectuadas, se ha comprobado que tiene influencia sobre todo, en la formación de las membranas celulares.

La mayor parte de los suelos contienen cal y como las plantas la absorben en pequeña proporción, de ahí que a pesar de su importancia en la agricultura, no se emplee como abono, sino como enmienda, para modificar las propiedades físicas del suelo. Por cuya razón, debe encontrarse en los suelos en abundante cantidad en relación a las sustancias nutritivas y bajo un conveniente estado a fin de que cumpla sus diversas funciones.

A pesar de sus ventajas, hasta la fecha no se ha dado importancia en viticultura ni en ninguna otra clase de cultivo, al empleo de la cal. Es debido a la propaganda recientemente hecha, que ha empezado a desparramarse en los viñedos, con excelentes resultados.

Terrenos en que conviene agregar cal

La mayor parte de las tierras de la provincia de San Juan son de carácter arcilloso. En algunos departamentos, hay manchas gredosas donde poco o nada se desarrollan las plantas. Con frecuencia, estos suelos se hallan más o menos modificados por las continuas labores que los mezclan con la arena y materias orgánicas, disminuyéndoles la tenacidad; pero haciendo excavaciones, se encuentra que el subsuelo es gredoso, de un color gris rejizo, o se halla formado por tosca. También hay subsuelos constituídos por pedregullo cementado por la arcilla. En tales zonas, la vegetación languidece, o las plantas perecen con los calores del verano.

Estos terrenos provienen de la descomposición de las rocas que contienen silicato de alúmina en abundancia. Son de origen local o formados por depósitos de las aguas.

Esto último, es lo más general. Y como las arcillas de las que provienen no tienen cal en su composición, es natural que estos suelos sean pobres de este elemento.

Defectos de los terrenos arcillosos

La arcilla está constituída por diminutas partículas que forman tierras poco porosas y permeables; dotadas de un gran poder de embebecimiento y que conservan la humedad durante largo tiempo. En estas condiciones, el aire no penetra, los abonos orgánicos se descomponen lentamente, las raíces no respiran ni extienden, se asfixian y pudren. Las plantas de vid amarillean, la producción es escasa y de mediocre calidad.

Cuando las tierras arcillosas empiezan a secarse, se forma en la superficie una costra dura, que se agrieta perjudicando las raíces. Poco a poco se secan también los estratos inferiores: las grietas se agrandan y se hacen más profundas. Las raíces encuentran igualmente dificultad para desarrollarse; se rompen y secan.

Estos terrenos se trabajan con mucha dificultad en cualquier estado en que se encuentren. Si se hallan húmedos, se adhieren fácilmente a los instrumentos de labor. No se pulverizan y los animales tiran los arados con gran esfuerzo. Cuando están secos, los instrumentos no penetran convenientemente; se forman grandes terrones que descubren las raíces y facilitan la circulación del aire.

Estas tierras se trabajan mejor cuando se encuentran oreadas, pero en ese estado no siempre es posible hacer frecuentes labores para dividirlos, mezclarlos y hacerlos sufrir la acción del aire. Ello eleva los gastos de cultivo, debiendo añadir también, su escaso rendimiento.

Los abonos orgánicos, particularmente el guano de corral, tardan mucho tiempo en descomponerse. Por cuyo motivo, es necesario desparramarlos con anticipación y en gran cantidad. Sin embargo, algunas veces las tierras arcillosas no obstante ser de origen aluvional, también son muy fértiles. Ello es debido a que la arcilla se halla asociada con sales de potasa, de cal, fosfatos y materia orgánica; de modo que a pesar de sus defectos, producen abundantes cosechas, siempre que se trabajen con esmero.

Los defectos de las tierras arcillosas que provienen de la dureza, de la tenacidad y de su poca permeabilidad, se pueden corregir con diversos procedimientos: con el drenaje, con la arena, con los abonos verdes y principalmente con la cal. Algunos de ellos obran por acción física, mientras que otros por acción química. Este último procedimiento, es el más eficaz, empleándose de preferencia la cal, como enmienda.

Qué es la cal

La cal se encuentra en una abundancia extraordinaria en la provincia de San Juan al estado de carbonato de cal; cerca de la ciudad hay cerros formados exclusivamente de él, que se explotan desde hace varios años, sin que se note una disminución en los yacimientos. Se halla pura solamente en diversas combinaciones; entre las cuales, la más común, es el citado carbonato, que corresponde 56 % al óxido de cal y 44 % al anhídrido carbónico.

Para obtener la cal, se recurre a la calcinación del mineral natural, en hornos especiales, operación que dura varias horas. El carbonato se descompone, dando óxido de calcio.

Clase de cal que debe emplearse

De la calcinación del carbonato de cal se obtiene:

a) **Cal de construcciones.** — Hay cales que dan más de 90 % de óxido de cal; el resto son impurezas contenidas en el mineral natural. Es ávida de agua. Se vende en forma de piedra más o menos pura. Al mojarse con agua, desarrolla bastante calor. Pero al apagarla, queda una cierta proporción de piedras que no se han quemado. Son impurezas que la hacen desmerecer, sea cual fuere el uso.

b) **Cal viva en polvo.** — Al descargar los hornos, queda mucha cal viva en polvo, mezclada con algunas impurezas. También en las planchadas de las estaciones donde se embarca se deposita mucha cal en polvo. En agricultura da también buenos resultados. Pero en el transporte, una fuerte proporción se pierde con facilidad, por lo que conviene emplearla en los terrenos que no se hallen muy distantes.

c) **Cal con ceniza y resto de calcinación.** — También se produce en los hornos cal, mezclada con ceniza y resto de la calcinación que si bien no da resultados eficaces como enmienda, puede ser empleada como abono económico en las tierras pobres de potasa y cal.

De las tres clases de cal, conviene emplear la cal viva en piedra, llamada también cal grasa, aunque su precio sea más elevado que las anteriores. Su acción es más rápida en el suelo, o sobre los abonos orgánicos que se emplean. Da también la unidad de elemento útil, a un precio más bajo. Las otras clases de cal, son más baratas, siendo su acción menos enérgica. También tienen que emplearse en mayor cantidad; exigen los mismos gastos de transporte y desparramadura que la anterior. De modo que en realidad, resultan más caras.

Cómo obra la cal en el suelo

Empleada la cal como enmienda en los terrenos arcillosos duros, compactos, impermeables, se mezcla íntimamente con las diminutas partículas de la arcilla disminuyéndoles la cohesión. Tiene la propiedad de coagular la arcilla, volviendo la tierra más permeable y porosa durante un tiempo más o menos largo. Solubiliza la potasa de las combinaciones insolubles en que se encuentra, siendo en su nuevo estado, aprovechable por las plantas.

Cuando se emplea superfosfatos de cal como abono, es indispensable la presencia de cal en el suelo. Pues este abono, tiene reacción ácida y necesita de la cal para neutralizar su acidez y para que pueda formar combinaciones solubles. Si el superfosfato no encuentra cal, se combina con el hierro y alúmina y forma compuestos insolubles que no son aprovechables por las plantas. Por cuya razón, es conveniente encalar todo suelo donde deba desparramarse superfosfato. Facilita la descomposición de las materias orgánicas; activa la nitrificación que exige un ambiente ligeramente alcalino para efectuarse. Además, neutraliza la acidez de los suelos humíferos. En las tierras salitrosas da también buenos resultados.

De lo expuesto, se observa que es múltiple la acción de la cal en las tierras arcillosas, sea que se encuentren plantadas con vid o se destinen a otras especies de plantas, pues, algunas gramíneas y las leguminosas, también se benefician.

Cantidad de cal

La cantidad de cal que se emplea por hectárea es muy variable, depende de la naturaleza y profundidad de los terrenos y del tiempo que se desee que duren los efectos de la cal en el suelo. Si el encalado se renueva cada tres o cuatro años, se empleará mucho menos cal, que si dicho período es de diez o doce años. Mientras más profundo es el suelo activo, más cal debe agregarse. Se necesita más cal en las tierras humíferas ácidas, que en las que no lo son.

En Inglaterra, se emplea de 800 a 1.500 kilos de cal por hectárea cada tres o cuatro años. En Alemania de 1.000 a 2.000 kilos. En Bélgica, de 4.000 a 7.000 kilos. En Francia, la cantidad que se emplea es muy variable, se alcanza en un período de 4 a 5 años de un mínimo de 1.000 a un máximo de 12.000 kilos. En Chile se emplean de 1.000 a 2.000 kilos. En San Juan, departamento de 25 de Mayo, se ha empleado en un viñedo, con excelentes resultados, 2.500 kilos; hoy donde sólo crecía la espina blanca, planta que es propia de esos terrenos, crecen otras especies vegetales, debido a las modificaciones operadas por la cal.

En tierras arenosas, se puede emplear de 2.000 a 3.000; en las arcillosas, de media consistencia, de 2.600 a 4.000; en las tierras fuertes 6.000 y en las turbosas, pantanosas y muy ácidas, 60.000 kilos.

Empleando fuertes dosis de cal, se excita la fertilidad; pero después siguen bajos rendimientos. Por ejemplo si hay que esparcir 2.000 kilos, se dará una tonelada el primer año y 500 kilos en los subsiguientes. Los efectos del encalado, no se hacen sentir en la primera cosecha, pero sí en las sucesivas, manteniendo al mismo tiempo, la fertilidad. Es natural que en las tierras ricas en cal o en los terrenos donde se deban plantar vides americanas, poco resistentes al calcáreo, no se agregará esta enmienda.

Epoca y operación del esparcimiento

En los viñedos, la cal debe desparramarse en el otoño, en la época de la labor con que se tapan las melgas. Si no ha sido posible hacerla en esa época, se hará a principio de primavera, cuando se efectúa la arada de descalce de las cepas.

La cal se apaga bajo galpón o enramada y después se lleva al viñedo, donde se desparrama a voleo. No conviene apagarla con la sola humedad del aire, porque como este es muy seco, tarda mucho tiempo en apagarse y también se carbonata una parte con facilidad, debido a la presencia del anhídrido carbónico del aire.

El mejor procedimiento de apagar y esparcir la cal, es conducirla directamente al terreno; formar en los camellones, montoncitos, cada 5 ó 7 metros, de un tamaño de medio hectólitro. Los montoncitos se cubren con una delgada capa de tierra. Por efecto de la humedad del aire y de la tierra, al cabo de 20 días la cal se apaga. Lo más práctico es regar el viñedo en el que se habrá dispuesto los montoncitos de cal en la forma indicada; cuando se ha oreado la tierra, se desparrama la cal con una pala, procurando que su distribución sea uniforme. Después, con una arada honda, se mezcla con la tierra.

Es necesario efectuar el encalado antes de la brotación o de la plantación de la vid, porque así no perjudica la vegetación. También tienen tiempo de formarse otros compuestos asimilables.

El precio de la tonelada de cal de construcción, es cerca de 30 pesos puesta en las estaciones donde se embarca; el transporte y acarreo al viñedo, se puede calcular en 10 pesos. De modo que el gasto que exige la corrección de una hectárea de viña, varía de 40 a 50 pesos. La cal ordinaria es más barata, pero sus resultados son menos eficaces.

En los viñedos de algunos departamentos, hay una o varias hectáreas de tierra muy arcillosa o salitrosa; en ellas las plantas no crecen o dan escasos rendimientos, exigiendo de los propietarios los mismos gastos que la parte sana del viñedo. Enmendando esas tierras formarían cultivos uniformes y productivos.

La cal mejora la calidad de las tierras; facilita la ejecución de las labores, aumenta la cantidad y calidad del producto. En tal forma, el gasto que ocasiona esta enmienda, al poco tiempo, es ampliamente recompensado y por las múltiples ventajas que se obtienen de su empleo.

LAS ARADAS DE OTOÑO Y EL CULTIVO DEL TABACO

En una forma generalizada, en todos los partidos de la República donde se dedican al cultivo del tabaco, la preparación de las tierras destinadas a este cultivo, sólo empiezan en la primavera, casi en vísperas de la fecha en que se efectúa la trasplantación.

Dicha preparación consiste, la mayor parte del tiempo, de una sola labor de arado seguida de rastrilleo necesario para convertir la tierra en un estado de división tal, que se puede efectuar la trasplantación, observando los alineamientos y distancias que sean convenientes.

En realidad, las plantas de tabaco necesitan para su rápido crecimiento, una tierra mejor preparada, mejor mullida, sobre todo, mejor aereada, en un término, más viviente.

En la Argentina, salvo en Misiones, donde las tierras de monte cuentan con condiciones muy especiales, se hace indispensable llevar a cabo por lo menos, un trabajo en el otoño.

Este sistema de arar, en los sectores tal como Corrientes, permitirá, en merced de la mayor facultad de absorción del agua de las tierras trabajadas, almacenar en las plantaciones de tabaco una reserva suficiente de humedad que permita sin excesivo temor a la sequía, efectuar la posibilidad de un trasplante precoz, correspondiente a la fecha a la cual las plantas provenientes del semillero, se encuentran por lo general en estado de ser utilizadas. En Corrientes hubo grandes pérdidas, al comienzo del verano 1924-25, debido a la imposibilidad de trasplantar en el tiempo deseado, como consecuencia de la extremada sequedad de la tierra destinada al cultivo del tabaco.

Respecto al estado físico de los suelos y sus respectivos grados de humedad, lo ya expresado es aplicable a todas las tierras tabacaleras de la República, excepción hecha, tal vez, de ciertos partido de Salta, donde no llueve, casi se puede decir nunca, en el invierno.

Sin embargo, existe un punto sobre el cual se hace necesario insistir todavía más.

La zona tabacalera norte de la Argentina, está seriamente amenazada por una plaga, cuya causa no ha podido ser aún establecida, en forma concreta, y cuyos estragos se hacen sentir, sobre todo, en Tucumán, en Corrientes y en ciertos partidos de Salta, donde se practica la irrigación.

Los síntomas son los de la asfixia, si se juzgara por el examen de las raíces, complicándose a veces este estado, por la aparición sobre estas últimas de pequeños nudos característicos, que denuncian la presencia de los "nemátodos", que es sabido se establecen en las tierras húmedas y poco trabajadas.

En tales condiciones, toda insolación podría resultar de rápida fatalidad para estas plantas, cuyo aparato respiratorio se encuentra atacado en una de sus partes más sensibles, siendo lo que se produjo en este año, especialmente en Tucumán, donde, hacia el fin de la temporada, en vísperas de la cosecha, las plantaciones se puede decir, fueron fulminadas, plantas aparentemente sanas se marchitaban de golpe, secándose en forma completa en un período de 10 días. Los resultados en ciertos casos eran, una pérdida casi total que sobrevenía en el momento en que el plantador había empleado 5 ó 6 meses de trabajo en su cosecha.

Hasta la fecha, las aradas y los rastrilleos constituyen el único medio aconsejable de defensa contra esta plaga, conocida generalmente por los plantadores de tabaco, bajo el nombre de "corcovo".

La primera de estas aradas debería efectuarse, desde el momento en que la tierra destinada a la plantación de tabaco, se encuentra libre de la cosecha anterior. Ello debe ser profundo, incluyendo la totalidad del terreno arable, es decir, toda la parte viviente del suelo, trabajado en lonjas lo suficientemente delgadas para que estas últimas queden inclinadas las unas sobre las otras, a un ángulo de 45 grados aproximadamente, lo cual permitirá una aereación máxima.

En tales condiciones, la meteorización se podrá producir fácilmente, las tierras se desprenderán lentamente bajo los efectos de los agentes atmosféricos, se impregnarán de toda el agua que son susceptibles de retener, según su composición física y química, y, si fuese lo suficientemente frío el invierno, éste podría influir sobre las larvas de los insectos, destruyéndolos o por lo menos, en parte.

Durante la primavera, se tomará de nuevo el arado, y se iniciarán los trabajos en la tierra preparada, seguido de rastreos, necesarios para mantener toda la humedad posible en el suelo, aminorándolo al grado de división que sea conveniente para la trasplantación de una planta de [illegible] en el período en que es extraída del almácigo.

En resumen, las aradas de otoño son el mejor medio y el más económico de combatir las plagas de orden fisiológico, entre las cuales se puede, por ahora, cl[illegible] la del "corcovo", y contra las larvas. Además, tales trabajos permiten una mejor utilización de las [illegible] tando la capacidad de absorción de las tierras, lo cual hace [illegible] fecha del trasplante aun en los sectores donde se cuenta con irrigación.

Félix CHARLAN.

INFORMACIONES ÚTILES

TRILLA DE "GRAMA RHODES"

Un buen sistema para trillas de la semilla de "Grama Rhodes", consiste en introducir las plantas en una bolsa y golpearlas con un palo.



Bellos poemas

(Cuento hispanoargentino)

Por RAIMUNDO ACEDO

Siendo niño y huérfano vine a América, requerido por un hermano de mi difunta madre. Llegué a Buenos Aires en una tarde de otoño. Al amarrar el buque nos esperaba un gentío inmenso; recuerdo que lanzaban ensordecedores gritos y agitaban cual pequeñas banderas infinidad de pañuelos. Yo me hallaba en completo estado de aturdimiento.

Más tarde, ya me veía dentro de un coche, y acompañado de un hombre muy antipático y serio. A lo lejos la niebla parecía envolver una montaña enorme, erizada de ásperos riscos y vericuetos.

—Esa es la ciudad — me dijo el hombre serio.

¡Qué raro! De pronto se me antojó haberle conocido en algún sitio; pero tenía la cabeza toda blanca, la cara muy arrugada y se hallaba su boca falta de dientes. "No; aquel no era el hombre serio". Un día tocaron mucho las campanas, vino el cura cantando hasta nuestra casa y desde entonces no lo he vuelto a ver... "Se fué a la gloria". "Antes también se marcharon mi madre y mi abuela..."

La gran semejanza que, hasta en prodigar caricias, guardaba mi buen tío con su ya finado padre, dijérase que me hubiera levantado el ánimo repentinamente. Me arrellané de pronto sobre el respaldo del coche, com: adoptando ese aire de valentía de quien tiene a su lado buena defensa, y aun creí haber dirigido a alguien una soberbia mirada con humos de reto. Allí delante sólo estaba el cochero: cuerpo rollizo y amplias espaldas. "También mi tío es grande"—repuse con el pensamiento: mas cuando alcé la vista para comprobarlo, en los ojos de mi tío me pareció ver lágrimas.

Después me volví más campechano y suelto de lengua, dando cabal satisfacción a sus preguntas, muchas de las cuales íbanse relacionando con la grata, y a la vez penosa, memoria de nuestros padres.

A propósito de los autores de mis días, debo agregar que mi origen era un obscuro problema. Conforme a lo escuchado de mis finados abuelos, yo habría sido el cruel Segismundo de mi madre; mas en cuanto a mi padre... aquí comenzaban los rodeos, las palabras vagas e indecisas. Al tocar este punto se descartaba el anciano contra los malos gobiernos, a Marruecos le llamaba "el cementerio" y quedábase luego visiblemente abatido.

El hermano de mi madre, a poco de yo llegar a la República, resolvió matricularme en un importante colegio de Buenos Aires. Al principio tales disposiciones me produjeron contrariedad, y más tarde se me hacía la escuela punto menos que insoportable. Jamás había conocido criaturas más atravesadas que mis condiscípulos. Las bolitas de papel granizaban harto a menudo sobre mi cabeza; miraba en torno mío y... nada: todos engolfados en sus libros, todo el mundo aplicado y silencioso; un silencio cómico y formal presagiando el estallido de una carcajada. ¡Yo bufaba y enrojecía como un cangrejo!...

Otras veces, y a las mil maravillas, imitábanme el acento de recién venido, y entonces se propagaba un estribillo de remedos por toda la sala. Pero lo que más furioso me ponía era el nombre regional: "gallego", proferido en tono despectivo. "Che, "gallego"—azuzaba una misteriosa vocecilla—. "Gallegüito" — repetía otra —. "Gallegooo! ¡"Gallardo"! ¡Centellas!... —reventaba por fin:

—Yo soy castellano, ¿sabes tú?

Mas al instante se multiplicaba este pronombre a mi alrededor como respondiendo a los llamados del maestro en la hora de lista: "¡Eh, tú!" "¡Oye, tú!" "¡Túuu!". Cegado por la rabia, me abalancé sobre quien primero vino a mis garras, nos zarandeamos de lo lindo, cambiamos sendos coscorrones y nos quedamos luego en la estacada desplumados y maltrechos como dos gallos en riña.

El tolerante maestro, a quien no hubimos advertido en el ardor de la contienda, observando nuestro desmelenado y revuelto pelaje, y afectando la gravedad de incumbencia, se mordía los labios y ejecutaba grandes esfuerzos para no soltar el trapo.

Al correr del tiempo ya me fuí habituando a las costumbres, cooperaba en los juegos y diabluras de mis compañeros y hasta me familiarizaba con los libros. Desde aquel entonces transcurrieron los años plácidamente.

Añadiré, de paso, que mi buen tío se hallaba conforme de mi conducta, y, conmemorando un poco su merecido recuerdo, no quisiera olvidar en el presente relato sus felices rasgos. Era un hombre de mediana estatura, de cuerpo delgado y rostro pensativo, casi melancólico. En la época de referencia, siendo yo todavía un adolescente, el hermano de mi madre frisaría en los treinta y cinco años. Por las noches, cuando le dejaba libre su trabajo, se le veía absorto en las lecturas. Leía como impulsado de avaricia; tomaba notas, consultaba textos, recortaba trozos de periódicos...

En cierta ocasión, y adquirido que hube la costumbre de revisar su carpeta (o en oficios de tal una vieja revista), entre miles de tachas y periódicos truncos lograba espigar la narración siguiente: "Bellos poemas". Menester será que lo transcriba para mayor claridad de nuestro cuento:

"¡Parece talmente como si estuviese viva!

¡Cuántas veces ante aquel retrato habrían proferido las mismas palabras! Y luego, los pobres ancianos, se quedaban tristemente pensativos. Es una historia que no debe relegarse a olvido.

Era una modesta familia de labradores, y componíase de cuatro miembros: el viejo matrimonio, "la rapaza" y "el niño". Aquella tarde, un cálido atardecer de bochornoso julio, segaban el trigo cerca de la vertiente de un valle; la finca colgaba desde la cima del teso como un dorado gallardete, serpenteaba entre los senos de la cuesta y su estrecha punta se hallaba prendida en los agrestes linderos del camino real.

El sol habíase ya ocultado en la lejana sierra, pero el haz postrero de sus vivos rayos aún proyectaban grandes fulgores en las rojas y esparcidas nubes del poniente, como si el enorme y encendido globo, inflamado al fin de su carrera, explotase allende la montaña y volara en el espacio hecho fragmentos.

La tierra, los áridos terrenos, allá en los rancios confines de León y Castilla, secos, duros y esquilmados cual sus propios habitantes, arden bajo las plantas de los pies humanos, y mientras el campo todo huele a rescoldo, una modorra entontecedora aún recuerda el sol aplanador de la hora de siesta...

El sol hacia el ocaso es un momento de asombro en los rastrojos, como si el mundo hiciera examen de conciencia. Sólo llegan rumores de faena: el crujir de la reseca mies y el triscar de las hoces que atarazan; galbanosas canciones expirando en los aires, seres aguerridos trepando en las laderas, cintas de rastrojo y tendales de gavillas.

—¡Buen hombre! ¡Buen hombree!... ¿Va derecho este camino hacia León?

—¡Es una flechaa!...—contestaba el padre también a grandes voces.

—¿No hay peligro a extraviarse?...

—No puede haberlo, señores míos. Cruzarán ustedes cinco pueblos llévenlo en cuenta; pasado el último echen los señoritos vista adelante y endilguen hacia el viejo castillo... ya lo divisarán ustedes espetado en la cuesta. Desde allí nada hay que hablar: el río ruge y ya las filas de chopos enseñan la carretera.

Quienes preguntaban eran dos ciclistas que habían recostado sus máquinas entre los hierbazales de las cunetas. Después de cambiar algunas secretas palabras, los forasteros encamináronse al corte donde segaba escalonada toda la familia.

La madre no pudo reprimir una interjección de disgusto, mientras se acercaban los extraños personajes, resguardados aún sus ojos con antiparras abultadas e imponentes. Sin embargo no eran los tales de aquellos señoritillos de alfeñique, tan perfumados y repulidos, que pasan de vez en cuando a burlarse de los labradores; se trataba de dos jóvenes bien portados y de cumplidas maneras, y en el afable semblante de los viajeros aparecía esa mezcla de asombro y respeto, ante uno de los actos más importantes de y para la vida humana, como lo es el trabajo.

Formularon muchas preguntas y demostraban vivo interés por las costumbres del campo; luego hablaron reservadamente con los padres, quienes denotaban aire irresoluto y grave, y miraban de soslayo a la "rapaza". El niño parecía observar la escena presa de terrible miedo.

Bueno; siendo como ustedes dicen...—accedió por fin el padre, visiblemente perplejo. Entonces los forasteros, que portaban negras carteras a sus espaldas, extrajeron de las mismas una máquina fotográfica y lograron sorprender a la moza con una gavilla de rubias espigas en su regazo. "¡Ella no quería, pero!..."

—¡Así, así: queriendo y no queriendo; así tiene más encanto la belleza! — exclamaron triunfantes los viajeros. ¡Cuánto buen orgullo había en la cara de la madre!

Días más tarde la estampa de la "rapaza" ilustraba un número de una importante revista. Sobre un hermoso jirón de naturaleza, sombreado el cuadro por nubes y montañas, allá muy lejos, y aprovechando el efecto de un sol poniente, surge la esbelta figura de la gallarda moza. Un gesto vergonzoso contraría las facciones de aquel serenísimo rostro; la negra mata de su cabello se hallaba partida en dos robustas crenchas, y entre la abertura de su justillo, acordonado con negligencia infantil, se columbraba el delicioso arranque de sus voluptuosos pechos.

El artístico retrato destacábase sobre un lugar de preferencia en la revista, y en la parte baja o inferior del mismo leíase la sugestiva y alegórica inscripción: "Bellos poemas".

En estas circunstancias iba transcurriendo el tiempo. El hermano solía acompañarla en las faenas más livianas; en la escarda, por ejemplo. La mozuela, en medio del follaje, parecía sumergida en un mar de verdor; el sol bruñía a sus robustas crenchas y la fragante brisa jugueteaba con las hebras de su cabello. Cuando hubo arrancado las viciosas macollas de inútiles hierbajos, las esparcía mansamente por los linderos de la finca; pero sus manos tornábanse indecisas al cortar las florecillas que, de luces y colores, salpicaban el verde lecho de los campos. Una vez tronchada, aspiraba con visible pena el arrobante perfume de la manzanilla y derramaba sus pequeños botoncitos, ajados ya y deslucidos, en la verde superficie del follaje. ¡Allí estaban las maltrechas amapolas, muriendo el fuego de sus llamas rojas; magarzas vencidas, a manera de colgantes borlas; y frágiles clavelinas, las de mustias apagadas hojas como labios marchitos de mujer suplicante!...

Canciones melancólicas llegaban fundidas en los vientos y volvían a replegarse perezosas, como extendidos celajes, hasta posarse allá lejos, a todo lo largo de los campos.

La moza cantaba al anochecer, en la hora de su reclamo; entonces brotaba su vocecita temblorosa cual la hebra sonora de aguda queja. A veces la poseía una especie de histerismo: se agitaba presa de locura, reía luego alborozadamente y se hundía de nuevo en el silencio. Besaba al pequeño con ansia incontenible, lo estrujaba entre sus brazos con delirio y le susurraba melosamente al oído:

—Hoy vendrá "él". Ya sabes, hermanito mío: cuando madre pregunte...

Y pagaba su silencio con nuevas caricias.

Durante una temporada, ya más adelante, la mozuela empezó a andar muy desganada y triste: pasaban gru-

Tú eras débil, yo fuerte...

Tú eras débil, yo fuerte; tú eras mansa, yo cruel;
tenías la magnífica pequeñez de la brizna.
Tu bondad sin embargo te escudaba a ti misma
como guarda a la abeja su cosecha de miel...

Tú eras débil, yo fuerte; yo era cruel, tú eras mansa;
la humildad de los santos no es la suma humildad.
A través de tus lágrimas brillaba la esperanza
de un rayito de sol para tu obscuridad.

La maldad de los hombres no es maldad, es torpeza;
tú no ignoras que a veces la maldad es un vaso
que se quiebra al sonido de una risa infantil.

Hoy que escondo mis sienes en tu tibio regazo,
dulce amada, hoy me siento tan pequeño como esa
florecilla escondida que perfuma en abril...

Samuel E. de MADRID.

pos de mozos y cantaban coplas de despedida para irse a la guerra...

—Ya volverán, hija, ya volverán... —le decía la madre para consolarla; bien sabía ella por quién languidecía su "rapaza".

Un día, entre lloriqueos, escapáronsele sugestivas palabras, y a la madre se le nublaba el rostro como presintiendo alguna desgracia. Después, y con apariencia de gran misterio, encerráronse las dos en el mismo cuarto. La moza continuaba llorando y entrecortaba sus frases con amargo llanto. ¡Era una penosa confesión! La madre al último arrancó en bramidos de leona: le llamaba "hija perdida", "¡pecadora!"...

Más tarde comenzaban los "decires", los cantares despectivos de los mozos, las venenosas sonrisas en las jóvenes. ¡Aquello era una pena y una vergüenza terribles, roedoras; que íbanla consumiendo poco a poco, que íbanle ganando la voluntad, la vida toda!... La madre pronto se hizo cargo del estado de su hija.

—Pero, come, hija, come—le porfiaba en la mesa como tantas veces.

—¡Madre, si no tengo ganas!...

—¡Vaya, como, que esto pronto ha de pasar.

¡Y pasó! Al cabo de algunos meses, y a trueque de una enfermedad que habría de agravarse con los esfuerzos del parto, vino al mundo una rabiosa e impaciente criatura.

Luego del supremo trance la madre novicia empeoraba. Cierto día, sin embargo, prodújose tal cambio en la enferma que ya se hablaba de restablecimiento como cosa hecha. Ella sonreía generosamente; como satisfecha de haber cumplido su más alta misión sobre la tierra.

El viejo médico veía el fenómeno en silencio y había en su rostro la expresión amarga de una recelosa expectativa.

Hacia media noche sufrió grave recaída. Era una rigurosa noche de pleno invierno. A impulsos del viento, devanaba la nieve misteriosa danza, y el corto espacio de calle, frente a la casa en desdicha, semejábase a la quieta penumbra de un molino callado en noche de duelo. En la alcoba próxima gritaba el recién nacido; aullaba el niño despiadadamente, como exigiendo a viva fuerza se cumpliesen deberes maternales. Los ancianos se hallaban trastornados, imploraban al cielo fervorosamente, caían de bruces sobre las viejas arcas y ahogaban en su pecho desgarradores gemidos. La moza estaba en los últimos, íbase ya extinguiendo por momentos.

Muchos de los vecinos ensayaban frases de consuelo, mientras que sus ojos, anegados en lágrimas, delataban su impotencia para consolar. Alguien le ayudaba a bien morir leyendo en voz quejumbrosa "las horas postreras".

El celoso médico se hallaba al lado de la enferma, sobre la gruesa caja del brasero; y allí en un rincón, frente a él mismo, había una sombra imaginaria o presentida, pero de una realidad obsesionante. Él la miraba sombrío, con resuelta dureza, y el hado fatal avanzaba majestuosamente, desplegaba una eterna noche de sus negras alas, dábase la ciencia por vencida y la mano pálida, que pulsara el doctor, resbaló cual un trozo de mármol entre las blancas ropas de la cama. Y luego el desbordar del reprimido llanto y el rasgar de las voces que partían el alma..."

———

Lo restante del escrito se comprendía difícilmente: continuaban líneas borradas, oraciones truncas y agregados taquigráficos. Sin embargo, tal era mi entusiasmo, que me había propuesto la difícil tarea de descifrarlos; mas en aquel momento rechinó la puerta y se presentó mi tío.

—¡Ah! ¿Lees mi cuento?—me dijo al despojarse del sombrero.

—Sí, señor; ya lo he leído—respondí un tanto desconcertado.

—Aún no está terminado—repuso. Y quedóse un rato pensativo—. Bueno, siéntate a mi lado—añadió resueltamente;—te lo quiero explicar hasta el fin.

Mientras hilvanaba su relato, descubríame la estampa inspiradora del cuento. Era el retrato de una esbelta moza, de una segadora o "atropila" castellana. Mi buen tío, después de contemplada la fotografía, se me quedó mirando fijamente y agregó en voz respetuosa y triste:

—¡Esa que estás viendo es tu madre!

Conmovido y atónito, halléme incapaz de romper aquel silencio. Allí estaba mirándome la figura sonriente de mi madre; de mi ser propio y en ciernes traslucido en su semblante ruboroso, en sus turgentes y robustos senos, en su deseo instintivo y manifiesto, cual si proclamara una Ley sobre las otras leyes, anhelando plasmar mi ser con un supremo abrazo... ¡Oh, aquellos fotógrafos, que lograron sembrar gratos recuerdos! ¡Oh, todos vosotros, los que habéis dejado huellas de bondad en la historia!

—Hijo mío, ya eres casi un hombre —agregó mi tío, ya repuestos ambos de la emoción;—es necesario que ahora sepas la verdad; es menester también que hablemos de tu padre.

Y diciendo estas palabras me alargaba un viejo testamento y una carta, provenientes ambos de la zona de Marruecos. En el primero de aquellos documentos me reconocía mi padre como hijo y en consecuencia me nombraba su heredero. La carta me produjo intensa tristeza; estaba escrita en rasgos temblorosos, se acordaba mucho de mi madre y en los últimos momentos de su vida me rogaba que yo lo perdonase...

TEATRALERIAS

Público, autores, empresarios y directores artísticos

Por A. MARTINEZ LUJAN

El teatro debe ser escuela, y alta escuela, porque sus fines no se encaminan sólo a deleitar o entretener por breves momentos, sino que ha de cumplirse en él ese requisito substancial que asigna el clásico aforismo a toda educación: ''enseñar deleitando''.

Entre los diversos medios que tiene el teatro para impresionar los sentidos y transmitir al cerebro su enseñanza, el más eficaz, sin duda, es el lenguaje. Las palabras corporizan a las ideas; y si éstas se nos presentan frecuentemente con grosero atavío, el órgano auditivo se habitúa en el ejercicio de esa percepción, y el cerebro se incapacita para el delicado concepto, formándose un estado permanente de criterio burdo, que le impedirá acostumbrarse a esa acuidad sutil de discurso en el entender y en el expresar, que caracteriza a la verdadera ilustración.

ejercer influjo indudable sobre nuestra percepción, allegando normas a nuestro criterio e integrando el código de nuestra conciencia.

Es, pues, el teatro alta escuela moral, y, por consiguiente, alto instituto de educación social. Por eso se ha dicho, y con gran acierto, sin duda, que el teatro es: ''el exponente más inequívoco del grado de adelanto de una nación''.

Al tratar de estas cosas, y teniendo en cuenta el escaso relieve del arte escénico entre nosotros, suele preguntarse: ''¿La producción es mediocre porque el público no está capacitado para cosas más elevadas, y, por tanto, como reza el antiguo adagio, ''es justo hablarle en necio para darle gusto?''... ¿O es la culpa, tal vez, de los autores?''

Claro que, si el nivel medio de la

Los diversos ambientes sociales se han formado así. Los tres planos en que la humanidad se encuentra dividida, y que, ''grosso modo'', se llaman clases ''baja, media y alta'', se han constituido y se constituirán siempre por eso que denominamos ''cultura'', una de cuyas expresiones más típicas es la corrección verbal o escrita al manifestar los pensamientos.

Entendamos bien: La cultura es la causa de esa corrección o pulcritud en el hablar o en el escribir, si nos referimos aisladamente al individuo; porque, claro está, no es posible expresarse delicadamente si no se es culto; pero la corrección verbal o escrita de los hombres preparados es causa de la cultura colectiva.

De aquí se desprende lógicamente la responsabilidad que incumbe a los autores de teatro, por la importancia que estos espectáculos de arte tienen para la formación del medio social. La obra de teatro es un reflejo de la vida. De sus episodios van surgiendo situaciones en que nos hemos hallado o en que podemos hallarnos; y de la manera como vemos actuar a los muñecos representativos, deducimos la conducta que debimos o deberemos seguir. Esto es: recibimos la enseñanza objetiva directa, por la reproducción artística de escenas vividas, que han de

cultura popular es deplorable, opondrá algunas resistencias a la producción que se le brinde con algún refinamiento artístico; pero esas resistencias pueden vencerse fácilmente, porque son obstáculos más aparentes que reales. Yo no admito la incompatibilidad entre un público sencillo y una producción de alta comedia o de intenso vuelo dramático.

''El hábito no hace al monje'', dice una sentencia vulgar, que yo traduzco, para el caso, diciendo: ''La vestidura social no altera en substancia la capacidad de sentir''. No existe, seguramente, esa incompatibilidad; antes parece que ahí, en ese público sencillo, es donde debe buscar el autor el terreno fértil de su siembra.

A mi juicio, el único obstáculo serio parecería la manera elevada en la expresión de los sentimientos; pero esa dificultad también lo es sólo en apariencia. A este respecto, voy a repetir lo que dije no ha mucho, combatiendo a los ''criticadores de pacotilla'' que le suelen salir al insigne maestro de la dramaturgia contemporánea, don Jacinto Benavente, quienes le enrostraban su exquisita dicción.

Yo advertía a esos criticadores: ''La obra teatral, educadora por excelencia, exige que el dramaturgo se manifieste a la mayor altura posible, porque el que se propone enseñar tiene que rebasar el nivel de los que van a recoger la enseñanza. ¡Cuánto más necesaria esa altura, si consideramos que también debe proponerse deleitar!

''El espectador va a educarse y a sentir; al ponerse en lugar del personaje, sufre y goza con él, y llega a expresar con toda sinceridad en su fuero más íntimo: ''Así diría yo mis penas'' (si es dolor lo que le afecta); ''así quisiera yo manifestar mi hidalguía'' (si es el honor lo que le incita); etc., etc... Y se complace secretamente en aquella manera altísima de expresión, que él no posee; pero que aspira a tener, que desearía poseer.

''Y es que se plasma en aquel acto de comunicación entre el artista y el público, ese anhelo innato de perfección que todos sentimos, en mayor o menor grado. El talento nos orienta desde su plano superior, y nos presta por un instante sus alas, para que nos elevemos desde nuestro respectivo nivel.''

Por eso afirmaba yo frente a los criticadores, que es real, realísima, la obra de Benavente; y muy humana, profundamente humana. Y precisamente por aquello mismo en que lo critican y zahieren: porque sublima lo grosero; porque pule lo imperfecto; porque de la ruindad toma lo menos ruin y de la pequeñez lo menos pequeño; porque en su obra pone siempre una grandeza y una generosidad de excelso artista.

Y si los tipos que presenta parecen siempre superiores al correspondiente en la realidad, es porque tiene plena conciencia de la alta misión educadora que debe hacerse desde el tinglado escénico, y ofrece sus muñecos ejemplares al público, como para decirnos: al perverso, sé menos perverso; al bueno, sé mejor todavía; al perfecto, perfecciónate más; que no hay límites en el sendero del bien.

La culpa, pues, radica exclusivamente en aquellos autores que no ven en la obra sino una mercancía valorizable, y en las empresas, en segundo término, que sólo aceptan las obras llamadas ''de taquilla'', para decirlo en el ''argot'' corriente de la explotación farandulera.

Claro está que, con este criterio de mercachifles no se puede hacer obra verdaderamente artística, porque entonces el autor honesto no puede estrenar si no claudica. Las horcas caudinas del ''negocio'' son inexorables; y, así tenga el autor más condiciones que Shakespeare, se verá obligado a profanar el templo de Talía, porque así lo exige la irreductible empresa, que suele tener a su servicio, para los menesteres de asesoría crítica, señores respetables, inteligentes quizá, pero sumisos a la imposición obligada de granjerías y utilitarismos.

En esas condiciones, los autores, al fin humanos, y por consiguiente egoístas, terminan por amoldarse a las exigencias de taquilla, y la obra educadora que podrían ir haciendo, paso a paso, refinando el gusto del público, no sólo se esteriliza y se pierde, sino que se torna perjudicial, porque entonces el público se acostumbra a lo grosero, degenera su natural sentimiento artístico en la chabacanería vulgar, y termina por aburrirse de todio ante las obras que no le brinden la salsa gruesa del chiste picante o el plato fuerte de un melodramón.

Los que frecuenten el teatro convendrán conmigo en que esta es la verdad. Pero el público no pide eso ni lo apetece. No es que le agrade más la grosería que el fino y delicado manjar. Es, sencillamente, que se conforma y lo acepta, porque no le brindan otra cosa los que no han reparado tal vez, en que la misión del autor de teatro es, por encima de todo educar al pueblo, en lugar de [illegible]

El doctor Muerte

Por A. de Nora

Su paso no tenía la soltura y ligereza con que en otros días el doctor Isenrod solía subir la escalera para reunirse con su joven esposa. Hoy entró despacio, pálido, con la mirada perturbada. Volvía de una visita a su mejor amigo, que estaba gravemente enfermo.

—Dime, Juan, ¿cómo está tu amigo? —le preguntó la mujer.

—Malo; perdido.

—¿Sin remedio?

—Sin remedio; esta noche morirá.

Los esposos se callaron. Quitóse el médico el abrigo y el sombrero y se dejó caer en una butaca, donde se puso a mirar la luz, sumido en amargas reflexiones. Su esposa preguntóle de nuevo:

—¿Qué tiene?

—Meningitis.

—¿No hay ninguna esperanza?

—Ninguna.

—Pero aún es tan joven. Acaso... ¿quién sabe?

—¿Has leído alguna vez el cuento de la comadre Muerte?

—Juan, ¿cómo te viene esta idea?

El doctor siguió hablando en voz baja como si conversara con un ser del otro mundo:

—Erase una vez un muchacho a quien la Muerte apadrinó. Como regalo de bautismo le concedió el don de saber de antemano si una persona enferma iba a morir o no. El muchacho se hizo médico y cuando se acercaba al lecho de un paciente veía siempre a la Muerte, o a los pies de la cama y entonces no había remedio, o en la cabecera, lo cual anunciaba la salvación del enfermo.

—Juan, tú estás bromeando.

El doctor miró tristemente a su mujer y suspiró.

—¡Yo la he visto hoy también... a los pies de la cama!

La joven se asombró. ¿Estaba su marido divagando o se burlaba de ella? Quiso preguntárselo, pero él pareció adivinar su pensamiento.

—No desvarío—dijo firmemente.— Es como lo he dicho. Llegué a las cinco a casa de Werner. Tú sabes que allí tenía una consulta con un médico, el doctor... es raro que haya olvidado su nombre. ¿Cómo es posible? El doctor... Aguarda, ya lo recordaré.

Se mordió los labios y hundió la mirada en el vacío. Pero, el nombre se había borrado de su memoria. Al fin continuó:

—El colega, que había llegado un momento antes que yo, estaba ya en la estancia del enfermo sentado a los pies de la cama. Iba vestido con pulcritud: levita negra, chaleco y pantalón irreprochables, cuello alto, corbata blanca, como siempre le vi muy bien; nada había cambiado en él, sólo su cara me parecía otra. Es calvo de suyo; pero hoy le faltaban no sólo los cabellos sino también la piel: su blanca calva se parecía a la de una calavera y la cara no desdecía del cráneo. Digo mal: ese hombre no tenía cara. Lo que vi fueron huesos sin carne, profundas órbitas vacías y una mandíbula desencajada: la Muerte en persona. ¡El doctor Muerte! Y se quedó de pie junto a la cama.

La mujer tuvo miedo; fué hacia su marido y le dijo en voz baja:

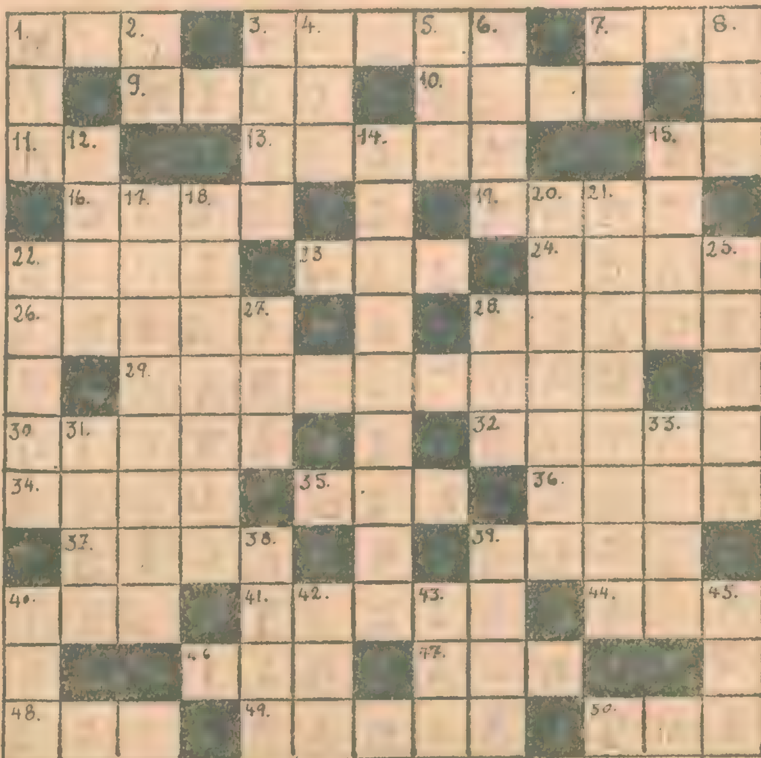
—Juan, esos son extravíos de tu imaginación: estás enfermo. La desgracia de tu amigo te ha afectado.

Pero él la apartó bruscamente.

—Insensata—gritó.— Yo sé perfectamente lo que veo, digo y hago. No estoy delirando; he hablado con él.

—¿Con quién?

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1—Pronombre posesivo.
3—Nombre de mujer.
7—Preposición que se usa al medio.
9—Para coser.
10—Cualquiera mineral terroso que tiene color amarillo.
11—Nota musical.
13—Río del este de Francia, afluente del Ródano.
15—Del verbo ser.
16—Losa o murete que cierra el crisol de un horno por la parte delantera.
19—Cintarazo, bastonazo o varazo.
22—Del verbo salir.
23—Cantidad.
24—Pega.
26—Nombre de mujer.
28—Sentimiento, pena y congoja que se produce en el ánimo.
29—Instrumento de física que señala las variaciones que experimenta la densidad del aire.
30—Toque militar.
32—Los enfermos que curan.
34—Mamífero cuadrúpedo.
35—Composición poética.
36—Parte que queda y sobresale entre dos muescas o cortaduras.
37—Cansado, desfallecido, falto de fuerzas.
39—Plaza, sitio o lugar cercano, donde se corren y lidian los toros.
40—Igualdad de las cosas en la superficie de ellas.
41—Del verbo poder.
44—Manija.
46—Alimento.
47—Delincuente.
48—Artículo plural.
49—Extraer una cosa.
50—Consonante.

VERTICALES

1—Masa de agua.
2—Interjección.
3—Nombre de mujer.
4—Alabanza.
5—Sonido que afecta agradablemente al oído, con especialidad el que se hace con arte.
6—Embarcación.
7—Letra.
8—Pronombre personal.
12—Tiempo que una persona ha vivido.
14—Aversión procedente de causa determinada.
15—Dios de los vientos.
17—Nacionalidad (plural).
18—Aves de rapiña.
20—Lo que tiene forma de copa.
21—Prenda de vestir de las mujeres. También nombre de un baile.
22—Pez.
25—En el mar.
27—Nombre de mujer.
28—Cantidad.
31—Porción de tierra rodeada de agua.
33—Hortalizas, de sabor áspero y picante.
38—Tontos.
39—Venir un cuerpo de arriba abajo arrastrado de su propio peso.
40—Lista de pasajeros o tripulantes de un navío.
42—Raza de indios.
43—Pasión del alma, que mueve a indignación y enojo.
45—Animal vertebrado, ovíparo.

Solución del problema anterior



—¡Con el doctor Muerte! Viéndome y dándose cuenta de mi sorpresa vino sonriente hacia mí. "Buenas tardes, colega", me dijo. "Un caso grave, ¿no es verdad? ¡Le conviene que empecemos!" Me dió la mano, una mano fría, seca, que rechinaba como la de un esqueleto. ¡Me inspiró horror! Un esqueleto es una cosa sin vida, inofensiva, que no da miedo, sino que se estudia. Pero, éste hablaba, caminaba, sonreía, se movía como un hombre vivo; tanto que no le reconoció ninguno de los presentes; antes, al contrario: la madre y la mujer del enfermo miraban con respetuosa confianza su alta y delgada figura y escuchaban atentamente sus palabras. La Muerte me condujo a la cama de mi amigo; puso sus descarnados dedos sobre el pulso y el corazón del paciente; le abrió después los párpados y clavó una penetrante mirada en sus ojos. En aquel momento comprendió el desgraciado quién era su médico, y con indecible espanto abrió el pobre los ojos desmesuradamente. "¡Oh, Dios mío!"

El doctor Isenrod cubrióse los suyos con la mano como para defenderse de una visión espeluznante. Luego continuó:

—Me lo imagino; debe ser horrible ver a la Muerte espejarse en los ojos de uno. Tentaciones tuve de estrellar aquella calva que delante de mí brillaba siniestramente; pero mientras buscaba un arma se levantó el doctor Muerte, pasó una mano dulcemente por los cabellos del pobre, mientras que con la otra sacó un reloj de oro; consultóle y como quien tiene prisa lo colocó de nuevo en el bolsillo y dijo a la señora: "¿Podría usted facilitarnos un cuarto para la consulta?" La señora abrió una puerta; un poco apresurado entró él primero y yo le seguí cerrando la puerta. Estaba ansioso por saber lo que me diría aquel fantasma. "¡Qué lástima, ese pobre muchacho! ¿Qué piensa usted, colega? Seguramente somos de la misma opinión: morirá dentro de unas pocas horas. Tengo mi coche abajo; le llevaré conmigo en seguida... en seguida... ¿verdad, colega?" La Muerte quiso llevarle consigo en seguida: eso fué cuanto comprendí. No pude sostenerme más y caí al suelo sin sentido. Cuánto tiempo he quedado así, no lo sé; probablemente algunos segundos solamente, pues de pronto oí otra vez la voz de la Muerte. "¿Se siente usted ya mejor, colega? Su indisposición carece de importancia. Vaya usted tranquilamente a su casa; yo daré a la familia las explicaciones necesarias. Mi coche le espera a usted allá abajo." Sí, yo lo sabía, la Muerte esperaba. Quise protestar, decir a este pícaro que yo le reconocía, a pesar de su disfraz, que... pero no me dió tiempo para decir una sola palabra. Fingiendo amabilidad me dió una palmada en el hombro y me empujó hacia la puerta. ¡Es la Muerte!... ¡El doctor Muerte!, grité a voz en cuello. Pero, parece que la gente no me oyó.

El doctor Isenrod se calló. Las súplicas y lágrimas de su angustiada esposa lograron al fin que el enfermo se acostara. Una criada fué en busca del médico más cercano.

Pasado un cuarto de hora éste se presentó. Era un ser alto y seco, de bien cortada levita negra; su chaleco y pantalón eran impecables, una alba corbata ceñía su alto cuello. Cuando se quitó el sombrero brillaba su cabeza como una blanca bola y sus lentes impedían que se viera los ojos.

Una extraña sonrisa asomó en sus labios rasgados.

—Soy el doctor Norden.

En el momento de acercarse a la cama, el enfermo aguzó la vista. ¡Es que vió algo horripilante?

De pronto lanzó un grito agudo, terrible; su cuerpo quedó rígido como una tabla.

Por algún rato quedó el médico silencioso a los pies de la cama. Luego se volvió a la desconsolada esposa:

—Señora, ¿es éste el joven colega con quien hace poco he tenido una consulta en casa del teniente Werner?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Es extraño, muy extraño — dijo moviendo pausadamente su rutilante calva.—¿Su marido le ha referido a usted el curso que tomó esta consulta?

La infeliz mujer no pudo articular una palabra.

Las convulsiones del paciente cedieron a una paralización repentina; se quedó quieto, débil, extenuado.

Comprendiendo que la esposa no le daría ninguna elucidación, se inclinó sobre el enfermo:

—¡Me conoce usted, amigo?—preguntó suavemente.

El paciente, hasta aquel momento sin conocimiento, pareció volver en sí; le miró fijamente. Un fuerte temblor agitó todo su cuerpo:

—¡El doctor Muerte! — dijo muy quedo y cerró los ojos... para no abrirlos más...

PAPEL Y TINTA

"Ocre", de Alfonsina Storni

Un libro nuevo de Alfonsina Storni provoca en el espíritu de sus lectores, un amplio y justificado motivo de regocijo y deleite espiritual. Si para la consolidación de este juicio no nos bastara el análisis de todas sus bondades artísticas, evidentemente positivas, admitamos su virtud—¡cómo no ha de ser virtud!—de expresar en cada estrofa una idea, un motivo, un sentimiento o un paisaje interior, saturado de luces agradables y tonos sutiles, a la vez que impregnado de la emotiva sinceridad que trasuntan todas sus páginas, desnudando sus propios íntimos pensamientos con la ingenua sencillez de un incauto adolescente.

Obsérvase desde el primero de sus libros—¿recordáis "La inquietud del rosal"?—que Alfonsina Storni no adquiere, para la construcción de su obra, pose alguna que coloque en tela de juicio el mágico tesoro de su sinceridad literaria. La vida—"oh vida mala, y divina, y terrible y dulce"—como ella misma nos dijera, le ha ofrecido los distintos matices multiformes de su panorama de conjunto y bajo la impresión de sus motivos ora dulces, ora amargos, hubo de producir toda su obra. Empero, y pese a la evolución innegable de sus expresiones sentimentales, la señorita Storni vibra en todas ellas con el estigma personal, con la nota propia, única y característica, que contribuyera a consagrar su valer intelectual, hoy fundamentalmente arraigado.

En "Ocre"—éste su libro reciente—descúbrenos el manojo de sus nuevas ideaciones, con sus actuales aspectos íntimos, reflejo de las horas que al pasar han abandonado en su espíritu un sedimento de cruel desencanto y evidente desolación. No es escéptica ni pesimista Alfonsina Storni; dista de ello, su canto no es amargo. Su color y su acento son los de quien nos confiesa, serenamente, inquietudes y pesares, sueños quebrantados, ilusiones perdidas... Sincera consigo misma, no hubo de buscar la frase velada para exteriorizar su manera de pensar y de sentir; con hábil mano hundió el escalpelo en su alma inquieta y en su cuerpo nervioso y nos ofreció "Ocre". ¿La comprenderéis, ahora?...

Sin que precisamente sea un libro de amor, "Ocre" es un libro amoroso. A través de distintas composiciones muéstranos su concepción humana de mujer, en concordancia con su faz de artista, cuyo imperio asocia al de la vida diaria, ofreciéndonos el cuadro de su paganismo lírico, de su independencia humana, que ha hecho de ella un espíritu de selección. Su labor reciente, brinda la pauta de su honda sensibilidad, de su amor vigoroso, que exalta su existencia anegándola de penas y alegrías. Las expresiones de sensualidad que en una u otra composición se evidencian, no pueden merecer otra interpretación que la que humana y lógicamente nos sugiere:

íntegra en su "yo" no claudica ante imposiciones de criterios absurdos y bríndanos el cofre de su alma con la devoción de un afecto sacro.

Sabemos, por otra parte—Alfonsina nos lo dice en "Palabras a mi madre",—que a su alma "la envuelve una nube de locura ligera", divina afección ésta que preside la fiesta de su espíritu.

En "Cuando llegué a la vida...", nos dice:

"Me encantaban los viajes por las almas
la luz, los extranjeros, las abejas livianas,
el ocio, las palabras que inician el idilio,
los cuerpos armoniosos, los versos de Virgilio."

Fácil resulta observar en tal enunciado los rasgos de su voluptuosidad serena, a la vez que un reflejo de la bondad de sus sueños.

"Tú que nunca serás..." es, en verdad, un exponente de la pureza empleada por Alfonsina Storni, para el relato de uno de sus sueños frustrados.

"Sábado fué y capricho el beso dado,
capricho de varón, audaz y fino,
mas fué dulce el capricho masculino
a este mi corazón, lobezno alado.

"No es que crea, no creo, si inclinado
sobre mis manos te sentí divino
y me embriagué, comprendo que éste vino
no es para mí, mas juego y rueda el dado...

"Yo soy ya la mujer que vive alerta,
tú el tremendo varón que se despierta
y es un torrente que se ensancha en río.

"Y más se encrespa mientras corre y poda.
Ah, me resisto, mas me tienes toda,
tú, que nunca serás del todo mío."

"Una vez más", "El tímido manto", "Indolencia", "Femenina", "Confesión", podrían constituir los ejemplos de un grupo que denominaríamos "pasionales". En ellas los perfiles de su intensa sensibilidad se nos descubren nítidamente, evidenciando, de pleno, su condición de mujer "nacida para el amor". El elixir de la vida la ha herido hondamente; zarpazos despiadados sangraron su existencia iluminada por el fuego interior de un alma gemela.

Su producción poética anterior a "Ocre" distinguíase, precisamente, por la revelación de sus íntimos anhelos, denunciantes de su infinita sed de amar intensamente. Era un clamor incesante; de "La inquietud del rosal" a "Languidez" el canon de su verso pasional surgía bajo la influencia del mismo ensueño. Sus expresiones de hoy, no desmienten su vigorosa condición sentimental; ella agítase en su máxima potencia de ternura y serenidad.

"Ocre" posee, en partes, un amargo pesar; notas de amor diluídas en la bruma de la incomprensión, ofrecen su relieve al orgánico conjunto de este volumen. Su amargura interior de algunos casos, no es óbice para que en todo momento su peculiar condición de bondad ingénita se descubra y se evidencie.

En "Duerme tranquilo", podemos observarla en esta faz.

"Dijiste la palabra que enamora
a mis oídos. Ya olvidaste. Bueno.
Duerme tranquilo. Debe estar sereno
y hermoso el rostro tuyo a toda hora.

"Cuando encanta la boca seductora
debe ser fresca, su decir ameno;
para tu oficio de amador no es bueno
el rostro ardido del que mucho llora.

"Te reclaman destinos más gloriosos
que el de llevar, entre los negros pozos
de las ojeras, la mirada en duelo.

"¡Cubre de bellas víctimas el suelo!
Más daño al mundo hizo la espada fatua
de algún bárbaro rey. Y tiene estatua."

No sólo las cualidades mencionadas revela poseer esta composición; observemos cómo su pincel ha colocado, levemente, en tono liviano, su nota irónica, mordaz, que en muchos otros de sus sonetos tiene amplio dominio y desarrollo. En este concepto Alfonsina Storni conserva su inicial pasta de filosofía sarcástica, fina, penetrante, con lo que pudiera cosechar, para no pocas de sus composiciones, el título de "maquiavélicas". Quien lea "Rueda", "La otra amiga", "Y agrega la tercera", "Siglo mío", "Divertidas estancias a Don Juan", "Encuentro", "Dejad dormir a Cristo", coincidirá con el juicio sindicado: Alfonsina Storni no ha perdido el ritmo de sus conceptos, ni el trazado que se señalara en sus balbuceos. Su esencia, el motivo característico de su consagración, no ha variado, mantiénese intacto; más aún, vigorizado y enriquecido con el aporte de nuevas jornadas en el sendero de la vida.

Colorista acertada, interpreta con evidente mérito y talento estados de ánimo, cuadros y paisajes, sin desmerecer con esta modalidad de su verso, su positivo valor artístico. Confirman este criterio "Palabras a Rubén Darío", "Cara copiada", "Palabras a la tristeza de Buenos Aires", "Un recuerdo".

Si a las bondades señaladas en "Ocre" agregamos las de expresar la exquisita música de su verso y la perfecta armonía de su conjunto, fácil será el suponer que este nuevo vástago espiritual de Alfonsina Storni ha de adquirir las proporciones de un amplio triunfo.

Anúnciase que "Ocre" significa el último de los libros en verso que este exquisito espíritu femenino nos ofrece. Doloroso resulta, para quienes aprecian la ajustada medida de su prestigio, aceptar la posibilidad de tal pérdida. Alfonsina Storni aduce razones de orden intelectual y lírico; observa que su poesía moderna, su producción de hoy, surge rica en argumentos e ideas, lógico resultado de su propia evolución, circunstancia ésta que la incita a encauzar su labor hacia el venero más propicio: el teatro, por ejemplo.

En nuestro sentir, opinamos que tal hecho no es argumento suficientemente eficaz para privarnos del regocijo estético que toda su labor nos produce. Por otra parte, Alfonsina Storni debe darnos aún su obra medular, básica; la obra que es dable esperar de su robusto talento y de sus positivas condiciones. Que en buena hora el teatro nacional reciba los frutos de su pluma profunda, pero exijamos a Talía, en natural compensación, su renuncia a la exclusividad de la futura labor literaria de nuestra poetisa máxima. Sus muchos admiradores podrán perdonarle, entonces, a la gentil auspiciadora de la farsa del tablado, los múltiples atentados que en nombre del Arte y la Belleza se realizan, a diario, a su sombra y escudo.

Salomón WAPNIR.

Príncipe y mendigo, novela, por Mark Twain, traducida del inglés por Emilio M. Martínez Amador. Edición Gustavo Gili, Barcelona

En este precioso libro nos ofrece Mark Twain una nueva fase de su personalidad literaria, tan celebrada en el mundo entero.

Un cuento de niños da ocasión al autor para situar la acción en un plano históri[co] —los últimos días del reinado de Enrique VIII de Inglaterra y primeros del de su sucesor— y hacer una hermosa evocación de las costumbres y sociedad de [la] época. Al propio tiempo el desarrollo del argumento le permite hacer gala de [una] ironía finísima, y esconder tras ella una intención moral y educativa, en ex[tremo] generosa y laudable. La lectura de este libro conviene, además, a los que aceptan por buena y sin comparar, la leyenda que se ha formado desde hace siglos en contra de España.

La aventurera, novela, por Arthur B. Reeve, traducida del inglés por Emilio M. Martínez Amador. Edición Gustavo Gili, Barcelona

Craig Kennedy no es el "detective" vulgar que tantas veces se ha servido a los lectores. Es el investigador serio y perito, con su laboratorio propio, maestro en diversas ciencias, que, con la ayuda de sus grandes conocimientos, logra descubrir y frustrar los planes de astutos criminales, y desentrañar un misterio que, al pronto, parece inexplicable. Ese carácter de "detective" científico es curioso e instructivo como también lo son ciertos aspectos de la vida norteamericana descritos en la obra que la mayor parte de nosotros ignoramos o poco menos.

La sorpresa del lector al llegar al desenlace de la acción es digno remate del desbordante interés que le ha dominado durante toda la lectura, que hace que esta nove[la] pueda ser considerada, sin duda [illegible] como una de las mejores que hasta ahora se han escrito en su género.

Conflictos del trabajo y manera de evitarlos, por Herbert N. Casson, con un prólogo de Pedro Sangro y Ros de Olano. Edición Gustavo Gili, Barcelona

No es un libro de opinión o teoría que pueda ser contestado con el ingenio o el anatema. Es la historia de lo que han hecho ya los patronos de más talento de Inglaterra y Norte América para establecer la paz, en esta época de [illegible] bациones sociales-obreras. Las [illegible] y consejos de Casson son de sobr[illegible] ción, demostrando que la [illegible] parte de los conflictos se origin[illegible] y de la falta de forma[illegible] de los patronos.

COLABORACION ESPONTANEA

Sonetos del Paseo de Julio

EL WHISKY DE LA PENA DE AMOR

"¡Oh, no!... No estar boracho... Este inghish
[que te mira
quiere apagar con whiskey sou teribe h'amargur...
Oye, beby"... El inglés se estremece y suspira
como al soplo escarchado de algún trágico augur.

Ya su sangre ha turbado la bebida y delira
con aquella tragedia que ocurrió en Edimburg...
"Gladys tenía ojos negros, voz de armoniosa lira
y unos ojeros vagos de un apagatho azur"...

De las pupilas turbias del inglés caen dos gotas,
dos lágrimas más turbias, aún; tal vez remotas
porque las llora el alma en su pena de amor...

Y al mezclarse en el whisky suavemente opalino
se las bebe y me dice, ya en inglés y sin tino:
"If she has left me, little-ome, she wiece not return
[any more"...

FRIEDERISENK

Congestionada al rojo su cara rubicunda.
El cabello erizado como el de un puerco espín,
y en sus pupilas de agua, una meditabunda
tristeza que no hallaba límite ni confín...

Friederisenk tocaba en esa baraúnda
de orquesta kaiseriana, nostálgico el violín
como si en su alma entera vibrara la profunda
emoción delicada del genio de Lohengrin...

Contrastaba su rostro con su alma soñadora,
y por eso el recuerdo, cada vez que lo añora
no sabe si reírse, o llorar su dolor...

Y lo evoca en su tarda misteriosa tristeza
que apagaba con sorbos helados de cerveza
o encendía con copas de Kirsch embriagador...

DEUTSCHLAND KELLER

¡Oh, resplandor de espanto! ¡Lámina del Averno!
Dentro del Deutschland Keller la atmósfera ha
[espesado
y a despertar comienza La Bestia, en el eterno
deseo lujurioso de cuerpo restregado...

Rugen por la Recova las fauces del Invierno.
El frío de la noche los vidrios ha empañado.
Y cuanto más avanzan las Horas, más a infierno
se asemeja el Deutsch Keller, ánfora de Pecado.

Con una voz cascada que en ser dulce se empeña
sobre el tablado canta trágica Malagueña
"La Clavelitos", tísica flor de vicio nerviosa.

Y en las penumbras sordas del cafetín parece
que La Muerte embriagada, sobre la luz se mece
tal como una soberbia y extraña mariposa...

AHMAD ASSAN

No sé a qué fabulosos ensueños se entregaba
junto al "narghilo" preto, mirando los hervores
del agua. Nadie supo qué pena lo embargaba
por cuanto indiferente, callaba sus dolores.

Con el fez que su testa de ébano resguardaba
él solía pasearse bajo los corredores
siniestros del Paseo, hasta que declinaba
la tarde en una gama sutil de cien colores...

Ahmad, entonces, clamaba, fervoroso y humano
el largo "Alahú Akbar", mientras su obscura mano
se extendía al vacío como en pos de una extraña

quimera... Así, hasta un día en que se le halló
[frío,
sobre una callejuela que nos lleva hasta el río...
¡con una inmensa lágrima temblando en la pestaña!

José A. FERRATÉ ACOSTA.

. . . . .

Ayer, domingo...

Fuí a mirar si te veía
cuando del templo salieras...
Pero, nada; ¡esperé en vano
en el atrio de la iglesia!...
Iban saliendo los fieles
(quizá todos no lo fueran)
y mi esperanza, tras ellos,
se alejaba, haciendo esperas.
Salieron, por fin, los últimos,
quedó la iglesia desierta,
y, mi esperanza, muy triste,
veloz huyó como flecha.
Yo, por no quedarme solo,
¡me fuí corriendo tras ella!

II

En casa logré alcanzarla
junto al teléfono, atenta
a ver si sonaba el timbre,
y, después, tu voz. ¡Qué ingenua!,
Y así pasamos el día:
ella haciéndome promesas
para aliviar mi congoja...
¡y yo, haciendo por creerla!...

Samuel VILLANUEVA.

. . . . .

Amor muerto...

¡Volverás!... Aún te lloro paloma fugitiva;
sobre el mástil deshecho de mi rama interior,
volando te llevaste doliente y pensativa
mis delirios de triunfo. Hoy me embarga el sopor

de haberte amado en vano como a un querido ausente
a quien jamás veré; y si misericordia
tuve para tu pena, jamás una discordia
te enterneció la frente!

Pero este verso mío se trunca de improviso;
ya no podrá decirte mi rima con su hechizo
la palabra anhelada que tu interior conmueve,

ni tampoco mis labios, sobre tu nuca tersa
se posarán ¡mil veces! en actitud perversa...
¡tu nuca que era blanca como un copo de nieve!...

Galo Arg. ZARAGOZA.

Pradera cochabambina

Extendíase el cielo sin una nube, azul purísimo, terso, grandioso en su inmensidad de una quietud pasmosa. El sol en pleno fulgor, cual una poma inmensa e ignífera, había llegado al límite de su ascensión cuotidiana y sus rayos ardientes, como una fina, leve lluvia de oro, fuego, posábase sobre la tierra y sus cosas, con dominio pleno y orgulloso. La atmósfera deslumbraba con su calidez pesada, solemne y sus transparencias platinadas, chispeos dorados, adormeciendo como el aliento tibio y perfumado de una bella mujer enamorada.

La pradera extendíase entre pequeñas ondulaciones y por doquiera, feraz y rebelde se enmarañaba la vegetación natural, junto a las plantas y los árboles, haciendo gran sombra sus copas espléndidas, enfiladas al borde de los caminos, a los costados de los riachuelos y vertientes, de las casitas. En los jardines, florecían los rosales en gran variedad, los claveles, crisantemos, lirios y otras flores que con su variedad de colores, formas y aromas, daban notas vivas y excelsas, en la quietud completa de la naturaleza, sin una racha de aire que mueva ni las hojas.

Los campos de sembradíos entre el verdear obscuro o el amarilleo suave, anunciando la rica cosecha de habas, trigo, maíz o cebada, sucedíanse interminables, presentando grandes manchas las tierras incultas, grises y plomizas. Los caudales de agua, rumorosos y alegradores, bordeaban en diferentes direcciones, según las necesidades agrícolas y las protuberancias de las tierras, semejaban a la distancia, a grandes franjas de plata.

Las casitas de barro o ladrillo, pintadas con colores chillones, techos de paja, ladrillo y algunas de calamina, perdíanse en diferentes puntos, bajo las arboledas y entre las pequeñas quiebras o los ligeros faldeos de los cerros o montañas, cuyo lomos, conos y aristas, cerraban el horizonte en una interminable cadena, coronada por el gran picacho del "Tunari", cubierto por diferentes sitios con ligera nieve y circundado de nubes que parecían en continuos balanceos o luchas, gracias a los fuertes vientos.

En la calma del soberbio día en que la naturaleza rebosaba con sus dones cálidos, plenos y vigorosos, no se percibía más ruido que el balar de los corderos, el mugir de algunos bueyes y el chirriar de las chicharras, más lejos, el continuo e interminable himno de un riachuelo de aguas claras, que corría haciendo grandes remansos.

En el fondo y como ahogada bajo la presión de la gran curva que hace el lecho del río Rocha, seco en esos instantes y en muchos sitios de sus riberas, inmensos eucaliptos, sauces y otros árboles, entre el suave follaje de la vegetación y los canchones con jardines o sembradíos, descubríase la ciudad de Cochabamba, extensa por las construcciones de sus casas bajas y enclavadas con sus huertos, corralones, interminables en las calles estrechas, planas y desuniformes en sus trazos. Las torres por el excesivo número de iglesias, surgían con sus altas veletas que oscilaban bajo el continuo vibrar de sus campanas, como en un loco clamoreo aturdidor, con todos los pretextos, parecía el único ruido de vida en la dulce quietud del morir de los minutos de las horas inquietas del espíritu viajero, contemplador del raro ambiente, embargado, contagiado de las indolencias del aire tibio, gracias a los ardores del sol.

J. Carlos ARAMAYO RUIZ.

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficinas: BOLIVAR, 879 Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Prodigios de la palabra y monstruos de la memoria

No es raro hallar niños que tengan la lengua bien puesta, y no sorprende sobre manera el hallar a jóvenes parlanchines. Pero esa facilidad de palabra que despierte admiración, que las gentes formen círculo para oírla, eso ya sale de lo común.

Plutarco refiere que el pequeño Cicerón, apenas ingresado en la escuela, fué afamado entre los niños de su edad por su precoz elocuencia. Yendo por la calle, le ponían siempre en medio de ellos, por honor, como a un cónsul. A veces le hacían subir sobre su talud, se reunían en la orilla del camino para escucharle, y el niño con sus miembros delgados, con el gesto incierto, bosquejaba las actitudes que tomaría un día desde la tribuna el orador de las "Catilinarias". Fenelón predicaba a los 15 años; Bossuet, a los 12 años de edad pronunció a media noche un sermón en el hotel de Rambouillet, lo que hizo decir a Voiture: "Jamás oí predicar tan temprano ni tan tarde."

Pero el caso de Mirabeau es aún más sorprendente: se pretende que predicaba cuando sólo contaba 3 años. Su padre, el marqués y tu tío el bailío, aprovecharon esa sorprendente capacidad para "rellenarle el hornillo", como decían enérgicamente; es maravilloso que no estallase. Es preciso decir que el niño tenía una constitución prodigiosa; su madre creyó morir al darle a luz; nació con un pie torcido, la lengua anudada, y dos muelas plantadas en la mandíbula, como Luis XIV.

Pronunciar discursos a la edad de tres años en su lengua materna, es ya algo, pero ¿qué será en una lengua extranjera, en una lengua muerta? Montaigne hablaba latín antes que balbucir en francés. En 1580, un noble de Escocia, de 20 años de edad, llamado Juan Crichton, vino a París, al colegio de Navarra, ofreciendo a los que quisiesen, discusión en doce lenguas, a su elección, en prosa o en verso. La prueba concluyó en un triunfo. Se le oyó, por capricho, contestar en árabe a la pregunta hecha en hebreo, y en siriaco a la dificultad propuesta en griego, luego traducir hasta doce veces la misma palabra en doce lenguas diferentes, o proseguir un gran período enunciando cada miembro en un idioma diferente, que caía con gracia otra vez, como un funámbulo vestido con una malla de todos colores. Al siguiente día, el maravilloso sabio se presentó en la barrera del Louvre donde se efectuaba un torneo, y ganó quince veces la sortija en quince pases consecutivos. Si no llevó más lejos sus proezas, fué porque dos años después le asesinaron mientras daba una serenata bajo un balcón de Mantua.

¿Será preciso hablar del famoso Pico de la Mirandola? Ese, orador célebre a los 10 años, sabía a los 18 veintidos lenguas; ¿cuántos en el mismo espacio de tiempo aprenden regularmente tres o cuatro? Había estudiado en Italia, en Alemania, en Francia, teología, historia, gramática y cábala. Confiando en su ciencia, marchó a Roma en 1486, a los 23 años, declarándose dispuesto a sostener 900 tesis "sobre todo lo sabible", decía su cartel, y un bromista añadió: "y varias cosas más".

¡Ay! ¿De qué le ha servido saber tantas cosas tan pronto? El desdichado sabio universal expía hoy cruelmente su jactancia; el enorme "in folio" de sus obras, concluídas antes de los 30 años, ha caído en un negro desdén; su nombre sólo sirve de mote para burlarse de los temerarios bastante tontos que pretenden saberlo todo. Esos sabios precoces son falsos sabios. Son monstruos de memoria, y el exceso de la memoria ha matado en ellos las otras facultades. No tienen método, ni nada personal; repiten lo que otros han escrito. Su cerebro es únicamente un almacén de pensamientos ajenos; su biblioteca sabe tanto como ellos.

La elocuencia supone un aprendizaje, y el saber supone estudio; pero si hay un don que corresponda a la idea misma del genio considerado como una inspiración gratuita y espontánea, como un poder que se lleva al nacer o que no se tendrá jamás, es, indudablemente, la facultad poética. El orador se hace y el poeta nace, decían los antiguos maestros.

No concluiríamos nunca de recordar los ejemplos de precocidad de los poetas. El Romano Ovidio nos refiere que tenía, desde la más tierna edad, la manía de versificar. Cuando su padre para curarle de ella, le amenazaba con el látigo, el chiquillo pedía perdón, prometía no volverlo a hacer... y las palabras que brotaban de sus labios para formular sus excusas y su juramento, se combinaban de tal modo que por sí mismas formaban versos. Dante, el Taso, escribían a los 10 años de edad.

Pero, ¿qué habrá que pensar de las producciones de esos poetas todavía en la cuna? Creeremos a uno de ellos, gran poeta que justamente recibió, según dicen, el título de niño sublime. Es sabido que la vida de Víctor Hugo nos ha sido referida por un "testigo" complaciente, que era el mismo Víctor Hugo.

"Tengo entre manos, dice, unos diez cuadernos de versos hechos por Víctor en el colegio."

No hay que decir que esos versos no eran versos, que no rimaban, que no se sostenían sobre sus pies.

Un poema de quinientos versos, "el Diluvio", anotado por un amigo, concluye con esta recapitulación:

20 malos, 32 buenos, 15 muy buenos, 5 pasaderos, 1 flojo.

"Me pregunto lo que pueden ser los cuatrocientos otros versos que no son ni malos, ni buenos, ni muy buenos, ni pasaderos, ni flojos..."

De todo había en esos versos: odas, sátiras, epístolas, cuentos, epigramas, madrigales, logogrifos, enigmas, acrósticos, improvisaciones. He aquí uno hecho en una comida:

"D'attraits ravissants pourvue,
Seule elle réunit tout;
Ses appas charment la vue,
Et chacun vante son goût.
Sa peau veloutée et fraiche
Joint toujours la rose au lis.
Ce pourrait être Phyllis...,
Si ce n'était une "pêche".

Muchas charadas:

"J'achete mon second avec mon premier
Pour le voir à la fin mangé par mon entier."
(Souris).

Hasta "calembours" (frases de doble sentido), como en esta cuarteta de una canción báquica:

Le maître des dieux s'étonne
De me voir à son niveau;
Júpiter aima "Latone"
Et moi j'aime "le tonneau".

Confesemos que esas "pobrezas" no anuncian los versos magníficos de las "Contemplaciones" o de "La leyenda de los siglos". Un poeta niño es únicamente un niño que sueña en llegar a ser poeta.

Lo será más tarde... si Dios quiere, cuando habrá vivido, cuando tendrá algo que decir.

Tus manos

I

Para las ofrendas fueron modeladas:
artífices raros dejaron en ellas,
perfumes divinos de nobles doncellas
en noches benditas, gloriosas y aladas!

Están en mi vida deshojando rosas
pródigas y amantes, como nunca en vida
nos fueran las manos de una prometida,
¡únicas, excelsas, santas, milagrosas!

II

¡Oh! derrochadoras de tiernas caricias
cuando los nenitos buscan sus calores;
cuando a los enfermos llevan tus amores
en alas sedantes de sanas albricias!

Tus manos divinas son las milagreras
que hacen en mi vida brillar cien auroras;
y van deshojando por todas mis horas
los blancos rosales de tus primaveras!

Ricardo M. Llanes



Poetas judíos en la Argentina

"EN LA ARGENTINA"

Por A. Moscovitz

Para todos aquellos que tienen cierto concepto de la poesía judía, este libro del joven poeta judío A. Moscovitz, tendrá un significado extraño. Acostumbrados generalmente al tono plañidero de los poetas judíos, cantores casi siempre de las tragedias de la raza, de los odios seculares hacia el pueblo viejo, de las eternas calumnias y las penas milenarias, no hubo en ellos sensibilidad e intuición para la naturaleza. Los paisajes que ofrece el mundo no les interesaban. Como extraños pasaban ante las más estupendas maravillas naturales, angustiados y enloquecidos por el terrible fantasma de la historia. Su musa no concebía más que las persecuciones y las masacres y sólo Bialik se atrevió a levantar la voz y protestar, en versos de hierro, contra aquella eterna humildad de los poetas y su continua plasmación con Jeremías. Nada de esto hay en el libro del joven poeta judío-argentino. Parece que el ambiente de libertad y de armonía que reinan en esta tierra han forjado en él un nuevo sentido y le han hecho cantar temas eglógicos en los que la suave naturaleza rima en su alma las más tiernas baladas. Hay en Moscovitz una extraña analogía con los poetas bucólicos; no canta la vida ruidosa de las ciudades, que no le interesa y le disgusta; le atrae el campo argentino, la vida tranquila de las colonias, la paz augusta de las aldeas; sigue al aldeano en sus faenas; le acompaña en sus alegrías y en sus dolores... pero de todas las líneas surge un intenso amor a la tierra y a sus paisajes. El eterno vagabundo ha encontrado un dulce rincón en la tierra. La paz de los cielos argentinos ha descendido a su corazón. Evoca a sus hermanos, en tierras lejanas, eternamente perseguidos y les canta su dulce canción de la tierra y les cuenta las bellezas de la vida aldeana. El alma judía de Moscovitz se ha amalgamado al suelo argentino, cuyas bellezas canta y cuya paz glorifica.

Hay en Moscovitz un verdadero poeta, que sabe captar los paisajes y el alma de los campesinos judío-argentinos, de la raza fuerte que vive en las aldeas y trabaja, curada ya de su eterna errancia y arraigada hondamente en los campos argentinos. Es el primer poeta judío-argentino que nutre su alma con los paisajes de la nueva patria, hermosa, libre y anchurosa. Bajo este sentido, Moscovitz puede considerarse como el iniciador de una nueva era en la poesía judía; nada de pesimismo ni recuerdos trágicos; ha roto los vínculos con el pasado, harto dolorosos ya; no ve más que lo presente, con el trabajo fecundo y los grandes corazones de los campesinos. Su lirismo es profundo y su expresión adecuada, casi simplista, sin terminología ni metáfora; forma, por lo tanto, adecuada al fondo de su poesía.

La vida del campo le seduce. En sus canciones ocupan un lugar importante los fenómenos de la naturaleza; la salida del sol le da tema para bordar hermosos filigranas; el paisaje verde de los trigales que brotan, llena de alegría su corazón; el mozo que canta, sentado en el arado, le da tema para una hermosa composición: la naturaleza, con sus cuadros luminosos, lo llena, lo eleva, aclara su mente, llena de luz sus ojos, infiltra una loca alegría en su corazón, llena de armonías policromas su alma: se amalgama con la naturaleza, desaparece su "yo" personal para formar un todo armonioso con la luz y el color.

La parte del libro dedicada a temas crepusculares tiene hondos encantos y nos muestra al poeta profundamente impresionado por la puesta de sol.

Sigue luego la sección en la que el poeta canta la vida del campesino judío, que es realmente nueva en la poesía judía, con conceptos nacidos al calor de los días primaverales, al soplo de los vientos fríos del invierno o a los cálidos efluvios del sol de enero... Las blancas casitas, rodeadas de gigantescos árboles, le hacen soñar de la vida feliz que llevan sus pobladores, hombres recios y endurecidos por el trabajo, mujeres fuertes y amantes de la naturaleza; y la juventud de las colonias, que trabaja rudamente y se divierte en los días de fiesta, halla su mejor eco en las composiciones del poeta.

Canta luego la tierra negra, que espera la semilla fecunda; el despertar de los trabajadores del campo, antes de que luzca la aurora; canta las neblinas de los días invernales, los trigales maduros, que ostentan su oro al sol fecundante, plenos de granos de oro, alimento para el mundo; viene luego el período de la siega y el zumbido de las máquinas lo llena de alegría; las parvas, resultado del año entero de trabajo, le parecen pirámides de oro, evocan en su mente la forma de los ranchos gauchescos y cree que son palacios... y así sigue al campesino en todas sus labores y tiene una exquisita sensibilidad para sus grandes alegrías y sus penas.

También siente y canta el poeta la vida del gaucho argentino; y en la "Canción del gaucho" nos cuenta de la caballerosidad de los hijos del campo; nos los muestra galopando sobre la pampa, libre como el pájaro y lleno de un hermoso sentimiento de la vida plena. La idiosincrasia de la raza de nuestros centauros le ha inspirado hermosas composiciones que harán conocer al campesino de nuestro país en el mundo entero.

La "Balada del rancho abandonado" es una composición sentimental, de un profundo lirismo, en que el poeta narra los episodios de una vida gauchesca; está llena de un hondo sentimiento de melancolía y pinta, en trazos fuertes, el alma del gaucho. Empieza así:

Al borde de un camino
oculto entre los pastos
abandonado y solitario
está un rancho...

Y luego, después de narrar que en aquel rancho vivía un gaucho llamado Pancho, al que pinta con pinceladas maestras:

Enamoróse luego Pancho
de una china morena,
que de todas las argentinas
la más hermosa era.

Más tarde:

Cuando cae la noche
y surgen las estrellas,
Pancho toca la guitarra
porque le gusta a ella...

Pancho toca la guitarra
Hilda le acompaña
y las dulces melodías
lentas se desgranan...

Viven felices, hasta que una noche, al dar a luz al primer hijo, Hilda muere. Pancho no puede resistirlo y mata al pequeño. Vase a vagar por los campos y pasan muchos años. Luego:

Se cuenta en la campaña
que después de muchos años
ese jinete, lentamente,
acercóse al rancho.

Viejo y gris, peludo
todo encorvado
durante muchas horas
quedóse en el rancho.

Cerca de él yacía
un montón de huesos
esqueletos, uno grande
y el otro, pequeño...

Saludamos en Moscovitz al verdadero poeta del tiempo: expresión formidable del sentimiento de la raza judía que se amalgama al suelo argentino, que siente sus bellezas y lo ama con todo el corazón. De la raza agradecida a la tierra libre y generosa que la acogió en su seno, bajo la amplia protección de sus alas maternales, brindándole la paz de sus cielos y el fecundo vientre de su tierra.

José LIEBERMANN.

Los zurdos, explicados científicamente

Es un hecho sabido por todo el mundo, que el hombre se sirve de la mano derecha con preferencia a la izquierda. Somos generalmente diestros, por excepción zurdos, y casi nunca ambidiestros; es decir, capaces de servirnos de ambas manos por igual.

Muchos fisiólogos y psicólogos se han preguntado y siguen preguntándose cuál sea la causa de esta predilección por la mano derecha, sin que hasta la fecha hayan dado con una explicación satisfactoria. Un profesor alemán, Herr Merkel, expone una curiosísima teoría acerca de los zurdos, que vamos a procurar resumir para conocimiento de nuestros lectores.

Opina Merkel que, aun en los tiempos prehistóricos, el hombre se servía preferentemente de la mano derecha, demostrándolo el hecho de que, en todas las osamentas encontradas, los huesos del brazo derecho son más largos y robustos que los del izquierdo. No hubiera sido así, si los habitantes primeros de la Tierra hubiesen sido zurdos en su mayoría, pues en ese caso, y dado que la función crea el órgano, sus brazos izquierdos se habrían desarrollado más que los derechos. Esta asimetría de las extremidades superiores es perfectamente apreciable en nosotros mismos, pues basta fijarse un poco para apreciar que, quien más quien menos, tiene el brazo siniestro más corto que el derecho; en cambio, a un zurdo le pasa todo lo contrario: en él, el brazo derecho es siempre más corto que el izquierdo.

Ha de advertirse que la asimetría no sólo se extiende a la longitud, sino también al peso. Examinando el esqueleto de un zurdo, comprobó Merkel que la extremidad superior izquierda pesaba 603 gramos, mientras la derecha no llegaba a 559. La explicación de todo esto es sencilla. El órgano que más funciona es el que más sangre atrae y más se desarrolla, adquiriendo músculos de mayor volumen y huesos de mayor tamaño y resistencia.

Ahora bien; según el profesor alemán, esta desigualdad de funciones, y por tanto, de longitudes, pesos y volúmenes, no existe sólo en las extremidades pectorales, sino en las abdominales. Todo individuo que es diestro en el sentido que venimos tratando, posee la pierna derecha torpe, débil y más corta que la izquierda, y viceversa: todo zurdo dispone de una pierna derecha agilísima, robusta y más larga que la izquierda. Hay, pues, una especie de asimetría compensada, cuya explicación no se puede buscar en causas exteriores al hombre, sino interiores y bien interiores, como luego veremos.

Pero, si evidentemente existe la asimetría humana como producto del mayor o menor trabajo de las extremidades, nos queda por averiguar la razón de la preponderancia casi general de la mano derecha y la de que haya, excepcionalmente, personas zurdas.

Merkel atribuye la común inclinación a ser diestro, no a la costumbre ni al espíritu imitativo humano, como han aventurado algunos fisiólogos; él cree firmemente que ella obedece a la desigualdad observada por Gratiolet en el desarrollo del cerebro. El referido Gratiolet averiguó, en efecto, hace ya tiempo, que las circunvoluciones del lóbulo izquierdo se perfeccionan mucho antes que las del lóbulo derecho. Ya en la época de la gestación, las primeras se empiezan a dibujar cuando aún no existe todavía ni el menor rastro de las segundas.

¿Y qué tiene que ver el brazo derecho con esa anomalía de las circunvoluciones cerebrales?—se preguntará. —Más de lo que se piensa. Basta recordar a ese propósito que el lóbulo izquierdo es el autócrata que manda sobre los miembros de la parte derecha del cuerpo, así como la izquierda se encuentra bajo la estrecha dependencia del lóbulo derecho. Y claro es que siendo el primero mucho más precoz en su desarrollo que el segundo, el niño habrá de servirse con referencia del brazo cuya inervación es más perfecta, o sea del derecho.

Volviendo ahora la oración por pasiva, diremos con Merkel que el zurdo es zurdo, no porque se haya criado al lado de una persona que tuviese ese defecto, ni porque se haya acostumbrado de pequeño a servirse de la mano izquierda, sino porque es un individuo anómalo cerebralmente; esto es, un individuo cuyo lóbulo cerebral derecho fué más precoz que el izquierdo.

De todo ello deduce Merkel que caminando el cerebro humano de día en día a su perfeccionamiento, pues aun los que nosotros tenemos por mejor organizados se encuentran en pleno período de evolución, llegará un momento en que nazca el hombre con lóbulos cerebrales perfectamente equilibrados, desapareciendo, por consiguiente, los diestros y los zurdos. Las gentes futuras, según esta novísima teoría, serán todas ambidiestras, lo que ya por sí representará un mejoramiento considerable de la humanidad.



Impresiones de una señora alemana del Marruecos español

Cuando en el año pasado un viaje de estudios me había llevado hasta el extremo Sur de la península ibérica, aproveché la ocasión para cruzar el Estrecho y conocer así siquiera un rinconcito del continente negro. Me embarqué en Algeciras, un puerto no muy grande, pero vistoso que, frente a la ingente mole del peñón de Gibraltar, se extiende a lo largo de una bahía semicircular.

Inolvidable es la impresión que deja en la memoria la imponente fortaleza británica, sobre todo de noche cuando la roca gigante se ciñe una diadema de millares de luces, cuya última y más fulgente es la del faro, el punto más meridional de Europa.

El trayecto tuvo algo de deprimente para mí. A bordo casi no había otros viajeros que soldados y oficiales, que iban a unirse con sus camaradas en el frente, y el aspecto de jóvenes y briosos guerreros que abandonan sus hogares para cumplir con una misión patriótica, evoca en los alemanes tristísimos recuerdos. Hay un continuo vaivén, un pulular incesante, acrecentado de los meridionales. Pero—y esto es también muy característico para los españoles—todo este intenso movimiento se desarrolla sin que en ninguna parte surja un altercado, sin que jamás se diga una palabra grosera o descomedida. Los uniformes son muy pintorescos: La guerrera gris-amarillenta está ceñida por una faja de color bermejo. El pelo negro y rizoso forma un espléndido contraste con el rojo fez adornado con una borla negra. A modo de capa llevan algunos frazadas morenas o rayadas.

El barco sale del puerto y el viajero tiene la sensación de desprenderse lentamente del abrazo con que le retenía cariñosamente la hospitalaria tierra española. El creciente escorzo da a Gibraltar el aspecto de un triángulo obtuso. Tras breve recorrido nos acercamos ya a la costa africana, un banco de altos y azulados riscos, que se elevan abruptamente del mar. Recóndito en una bahía se presenta a nuestra vista Ceuta, una ciudad risueña inundada de luz y sol. El navío atraca en el grande y bien equipado puerto. Un mozo de tez olivácea vestido con camisa citrina y pantalón color de grana se echa al hombro mi baúl y corre a mi lado para enseñarme el camino a la estación de los trenes para Tetuán, una pequeña y blanca construcción estilo morisco levantada sobre amarillenta arena y sólo por la estrecha vía ferroviaria separada del cerúleo mar. Me encuentro en otro mundo con hombres distintos de los que yo conocía, figuras esbeltas, nervudas, de bronceada piel y de delgadas piernas, la cabeza envuelta por un turbante de alto o áureo color, el cuerpo cubierto de vestidos de extrañas formas, pero de agradable efecto cromático.

La vía férrea a Tetuán acompaña el mar por largo tiempo en grandes serpentinas, pasando por un flavo y cavernoso peñascal. Volviendo la cabeza, se ofrece una vista encantadora y siempre cambiante sobre la ciudad de Ceuta, que lentamente desaparece en el horizonte.

Poco a poco adquiere el paisaje un aspecto lúgubre, y la vía cruza ahora un terreno árido, estéril, poblado tan sólo de breñas y circuido por una sierra negriazul. De raro en raro se para el tren en pequeñas y solitarias estaciones. Los pueblecitos correspondientes—un conjunto de miserables chozas, que apenas se destacan del suelo en que se levantan—están casi todos algo apartados de la vía. De repente se yergue ante nosotros, situada sobre una colina, una soberbia ciudad, un mar de blancas casitas que se recortan espléndidamente sobre el turquino cielo. Estamos en Tetuán.

Desde la hermosa estación sita al pie de la loma conduce el camino en líneas zigzagueantes a la alta ciudad.

En una casa construída a la manera oriental encuentro yo abrigo y hospitalidad. Dos pinas y angostas escaleras comunican con la azotea, y desde allí llego a un aposento estrecho y enrejado, destinado a servirme de habitación.

Desde la Plaza de España, que presenta un aspecto semieuropeo y semioriental, comienzo, guiada por el árabe Hamed el Melusi, mis peregrinaciones por la extensa ciudad. Caminamos por callejuelas, cuya angostura convierte la radiante luz del sol en una azulosa penumbra y, pasando por entre altas paredes casi enteramente desprovistas de ventanas y pisando un empedrado que hace del andar un martirio, llegamos a los diferentes barrios donde los artesanos y tenderos ejercen sus oficios. Las calles y plazoletas rebosan de vida y animación. La crudeza de la luz diurna está mitigada por umbríferas parras, que, sostenidas por listones, abovedan la calle a modo de pérgola. En su tienda, una localidad cuadrada que se halla a una altura de medio metro sobre el nivel de la calle y que está abierta por uno de sus cuatro costados, vemos al árabe sentado en un taburetillo o acurrucado en el suelo trabajando asidua y silenciosamente. La tienda está tapizada con los productos de su laboriosidad. El sol ilumina las abombadas suelas de los zapatos amarillos o ignicolores, que por docenas cuelgan de la pared. El centro del local lo ocupa el gran tajo de madera que sirve para el adobamiento del cuero. En otra tienda admiramos las abigarradas cerámicas y relucientes objetos metálicos que la llenan. En un peldaño delante de ella está un árabe envuelto en una capa de color violáceo; sus morenos dedos juguetean con las piedras preciosas y cadenas de plata que trata de vender. En el umbrío interior se ven muchachitos sentados en el suelo sobre sus piernas cruzadas. A pesar de su tierna edad se ocupan estos pequeñuelos en torcer con grande habilidad lindísimos cordones o en troquelar bonitos dechados sobre toda especie de artículos de cuero.

En las estrechas calles hormiguean la multitud de los transeúntes: árabes abrigados por capas con capuchos, negros tocados con feces encarnados, mujeres envueltas en albas telas, la cabeza cubierta con blancos pañolones, que, ciñendo la frente en graciosas volutas, velan la cara entera con única excepción de los ojos. El pie, calzado con roja pantufla, se desliza por el empedrado con un taconeo perceptible.

En el mercado, que bien mirado no es más que una calle bastante ancha, llega a su colmo el aturdidor bullicio. En medio de montañas de telas multicolores está la vendedora, apenas discernible de la mercancía que casi la sepulta. Negras descalzas con anchos cinturones de vivos colores, la cabeza protegida por un pesado paño de frisa, están sentadas de cuclillas al lado de sus magníficamente tejidas cestas que contienen frutas y verduras. El tráfico culebrea lentamente por este laberinto de almacenes improvisados. Pollinos diminutos, pero tan cargados de mercaderías que el ojo apenas los distingue, pasan a trote y con gran seguridad por entre la muchedumbre, mientras las pardas cabras, que a manadas recorren las calles, le dan a uno a veces un ligero empujón como para recordar al paseante su obligación de hacerles sitio.

Los rayos del sol refulgen en las gallardas puertas de la ciudad y las no menos primorosas de las mezquitas. El arco arábigo, tan fascinante por su forma y sus proporciones, orlado de intrincados ornamentos y sostenido por un zócalo ricamente adornado, forma el marco para una imponente puerta de madera, a que las guarniciones de latón dan un realce particular. Desde la semiobscuridad del interior llega a nuestros oídos un cántico melodioso, pero melancólico. Postrados hacen los creyentes allí sus oraciones. En lontananza se divisan los delgados alminares, que cual dedos admonitivos, elevan las ideas hacia la altura celeste, y aún más en el fondo se ven blancas cúpulas que descansan en techados planos. Como la ciudad se recuesta en las laderas de un monte se superponen las fachadas de los edificios como los pisos de una casa; se desplazan, se escorzan, se vuelven siempre más aéreos e ingrávidos, y las últimas parecen desprenderse de la tierra y cernerse libremente en la tórrida y vibrante atmósfera. Pitañosos, plagados por sus achaques y la vejez, apenas distinguibles del lodo de la calle, se reclinan los pordioseros contra las lisas paredes, cuya monotonía sólo acá y allá está interrumpida por una puerta ojival. Apoyado en su largo báculo, el capucho calado hasta la orilla de las órbitas vacías, busca un ciego a tientas su camino por las tortuosas calles de la ciudad. De vez en cuando le asiste algún paseante piadoso en esta ardua tarea.

Debajo de un portal, en una sombría hornacina, está sentado un amanuense engolfado en la lectura del libro que sostiene con las rodillas. Ni una sola vez levanta la vista; es una especie de muda defensa contra el importuno interés de los transeúntes, lo que no quita que siempre está a la disposición de los analfabetos que solicitan sus servicios.

Los agudos sonidos de una gaita me inducen a acercarme a un grupo que hace corro a un hombre que se presenta al público como domador de serpientes y pirófago. Es un tipo de largos y rizosos cabellos que, vestido con una corta túnica, brinca y gira en rueda vomitando fuego por su boca tapada con heno y embaucando a la atónita muchedumbre con fórmulas de conjuro y una música mística.

El te de la tarde me lo prepara mi periegeto árabe en su hogar, una casa oriental provista de atrio y varias galerías. En un nicho están dos mujeres ocupadas en coser y hacer bordados. Durante el te, que yo tomo a la manera musulmana en un asiento bajo que corre a lo largo de la pared, se mantienen ausentes las mujeres; pero más tarde me hacen tertulia y charlan ingenuamente con una encantadora infantilidad. Me traen vestidos, cinturones y chales, me ponen estas prendas con risas y bromas, y su alegría no tiene límites cuando han conseguido travestirme en una verdadera oriental. En muy raras ocasiones salen a la calle las mujeres de distinguidos árabes. Las pobres no participan de modo alguno en los asuntos públicos; pero el varón, apenas salido de sus pañales, se pavonea ya en la Plaza de España y escucha cómo los mayores ventilan allí las cuestiones municipales y políticas.

Mientras el pequeño barrio europeo ya tiene algo de la vida nocturna de nuestras metrópolis se acuesta la parte islámica de la ciudad con las gallinas. Sólo de tarde en tarde transita algún rezagado por las calles solitarias. En las puertas de las mezquitas vemos cobijados con sus capas y profundamente dormidos algunos árabes, hombres indigentes que no tienen hogar propio. Desde un pequeño local sale una música triste y acompasada. Subimos por una estrecha y escarpada escalera—una soga que cuelga del techo nos sirve de asidero—y entramos en un pequeño café escasamente iluminado. En una estufita de azulejos nos prepara el dueño del establecimiento un moca deliciosísimo. En un rincón están los cuatro músicos con sus extraños y antiguos instrumentos.

La medianoche ha llegado y el cansancio me obliga a retirarme. Pero, apenas he dormido tres horas cuando ya me despierta el son de una marcha árabe. Tropas de renuevo van a la zona de guerra, que empieza muy poco más allá de Tetuán.

Cuando había salido el sol me fuí a una roca algo más abajo de la ciudadela para gozar desde allí el lindo panorama de la ciudad que se extendía a mis pies. Un soldado me cuenta sucesos interesantes de la guerra y no se cansa en ponderar los peligros de la sierra, que con sus escondrijos y honduras ofrece tantas ventajas a los rifeños.

Salí de la ciudad con el vivo deseo de que la suerte favoreciera a España en su campaña civilizadora.

Solariega

Setiembre. Flores. Placidez. Mañana
de amor y luz que al Paraíso imita.
(Muere, con el recuerdo, la infinita
y heroica fe de una ilusión temprana).

Parte el pesado son de la campana
el cristal del silencio que dormita.
Lleva el Virrey por la ciudad bendita
su donosa figura castellana.

Con lenta mano, la Virreyna espera,
ebrio su corazón de primavera,
tejiendo en las abiertas galerías;

mientras, por raro modo semejante,
teje una araña, en un rincón distante,
las hebras de los sueños y los días...

Godofredo LAZCANO COLODRERO.

Córdoba.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"TERCO COMO UNA MULA" FUÉ UN ÉXITO DE HILARIDAD EN EL NUEVO

No traicionaron nuestras esperanzas y las del público que llenó la sala, los fecundos autores Rogelio Cordone y Carlos Goicoechea, con su nueva comedia "Terco como una mula", recientemente estrenada por la compañía de Casaux.

La rivalidad de dos tenderos, otrora socios, ha servido esta vez de tema a los autores y como principal mérito de lo pieza corresponde dejar constancia, ante que nada, del fondo de humanidad, del interés de cosa real que tiene la comedia, cuya acción se desenvuelve con facilidad en diálogos ágiles e ingeniosos, en los que predomina la gracia de los comediógrafos, ya demostrada en otras obras.

Santiago Salgadeira, tendero gallego, es un tipo bien observado y que, a poco que nos descuidemos, lo encontramos en la esquina de nuestra casa. No por muy común el personaje, es fácil su pintura ni mucho menos. Claro que su psicología es bastante simple, pues las pasiones de esos entes humanos se limitan a cosas subalternas. Para Salgadeira su vanidad radica en su comercio y, detalle digno de puntualizarse, es un comerciante honrado, cuyo metro consta de cien centímetros... Se ha enriquecido trabajando y no tiene ambiciones renovadoras, punto en que choca con su socio Manzanilla, hombre inquieto y afecto a los procedimientos yanquis. Rota la sociedad e instalados los dos en tiendas diferentes, mientras el primero se va barranca abajo, Manzanilla progresa vertiginosamente. El incendio de la casa de Salgadeira, parece poner término a la rivalidad, pues el terco comerciante se finge arruinado. Pero todo es una treta para comprobar hasta qué punto su esposa comparte sus alegrías y sus tristezas. Salgadeira, al caer la cortina sobre la escena final, se prepara a reinstalarse con otra tienda y a luchar y vencer a su rival.

La comedia de Cordone y Goicoechea está limpiamente construída y las escenas se suceden con buena técnica, brotando aquí y allá la chispa de los autores, que tienen muchos momentos felices. Lo único a nuestro juicio que podría objetarse, es parte del segundo acto, en el que se repiten situaciones del primero.

Casaux interpretó con su habitual corrección el tipo de Salgadeira; Serrano hizo el ex socio muy ajustadamente; las señoras Dealessi, Mary y Palomero supieron imprimir vida a sus papeles. El público gustó mucho de la comedia y saludó al final con sostenido aplauso la labor de los graciosos autores, que fueron llamados al proscenio.

"SEÑORA REVISTA", DE ALIPPI, CONTURSI Y TERÉS, EN EL BUENOS AIRES

Después de todo lo que se ha hecho este año por diversas empresas para la presentación de revistas vestidas a todo lujo y alojadas sardanapalescamente, una revista exhibida pobre pero honradamente, no tiene interés para el público, a menos que se tratara de una pieza genial o de un buen gusto y originalidad especiales. Hasta ahora los autores nombrados no se habían mostrado capaces de un vuelo tan alto, pero después de haber visto el estreno de esta revista seguimos opinando lo mismo.

"Señora Revista" es una revista pero no tiene nada de señora; es la mucama y así correspondería titularla: "La mucama de una señora revista", y no decimos "La revista de una señora mucama" porque andamos bastante bien con algunas chicas del gremio.

Esta revista del Buenos Aires lo único que tiene de particular es que no tiene nada, porque generalmente en cada revista hay siempre un número en el cual se confía para levantar el entusiasmo: una veces es un truco extranjero con flor y envido, otras es un ilustre figurín parisién que no hace nada pero que dicen que cobra mucho y otras es, en fin, un poquito más de atrevimiento en la palabra, en el gesto o en la reducción al mínimum matemático posible de la indumentaria a la vista. Ninguna de estas características ofrece la mucama de quien nos ocupamos. Es honesta, si no como una salvaje, por lo menos como una que no transige con las modalidades ultramodernas del feminismo masculinizante; es humilde, aunque no como la simbólica florecilla de los novios pobres, pero como la sencilla modestia de quien por no pasar por cursi prefiere no vestirse ni desnudarse a la moda; es discreta, en todo el horrible significado que tiene esto de la discreción cuando se trata de mujeres o de obras de arte, que por discretas nadie las teme ni las desea y su propia discreción, que es su insignificancia, las hace retirarse espontáneamente a los rincones obscuros, dando la impresión, si son mujeres, de que tienen ya la edad de sus progenitores y, si son obras, de que ya aburrieron a nuestros abuelos en su más tierna infancia.

Muiño, Alippi (como actor) y la Cornaro hacen prodigios para sacar a flote la revista y lo consiguen a fuerza de muñeca.

UN SILENCIO EN EL GRITO

Se venía anunciando que Blanca Podestá iba a hacer algo así como poner el grito en el cielo, con motivo del estreno de un drama de Rodríguez Acasuso titulado "Un grito en el silencio". Habíamos oído ya hasta los primeros ensayos en los que la distinguida actriz ponía todo su esfuerzo en alcanzar los registros agudos que son peculiares de las solteras histéricas y de las suegras más furiosas. Parece que Blanca no se ha decidido a dar al grito, pero ignoramos si es por razones fonéticas o de las otras. Lo cierto es que el grito no será dado por ahora y así podrán descansar nuestros oídos y nuestras plumas.

A cambio de esa frustrada emisión vocal, Blanca Podestá nos ha debido ofrecer una compensación. Según se anunciaba, el viernes último iba a estrenarse en el Smart "La Gioconda", de Gabriel D'Annunzio, en la versión castellana de Francisco Villaespesa. Conocemos esta obra en la citada traducción y, aunque no nos ocurre lo mismo respecto a "Un grito en el silencio", no nos parece muy aventurado asegurar que el público sale ganando en el cambio. De Rodríguez Acasuso a Gabriel D'Annunzio hay una pequeña distancia que solamente el profesor Einstein podría calcular.

MUCHO GUSTO

Resultó un acontecimiento en el ramo de revistas, la estrenada últimamente en el Maipo con el título de "Me gustan todas" y cuyo estreno comentamos en el número anterior. Mucho gusto en el que tiene el público en frecuentar esta sala y ver una y otra vez los interesantes cuadros de esa revista que, después de los cortes, raspadas y tijeretazos a que ha sido sometida, quedó en excelentes condiciones para seguir viaje por tiempo indeterminado. Baste decir que el famoso y olvidado cartelito de "No hay mas localidades", que se encuentra en todos los teatros cubierto de telarañas y apenas legible, reapareció en el Maipo como una nota pintoresca a esta altura de las temporada. Por lo demás, se trata de un éxito merecido por el esfuerzo realizado por la empresa de ese teatro.

UNA VARIANTE

Se decía que la primera novedad del Sarmiento iba a consistir en el estreno de una pieza francesa traducida por Julio F. Escobar con el título de "Aladino". De conformidad con las prácticas teatrales, se ha producido una variante y como consecuencia ya no quedó la cosa como se anunciaba, ganándole por un cuerpo al famoso personaje de la lámpara maravillosa, una producción criolla titulada "¿Qué hacemos con el retrato?", que como se ve por el título es más criolla que no hacer nada. Todas las probabilidades están por el estreno de esta pieza el viernes último y así ha debido de realizarse. Son autores de eso del retrato los señores Mario Folco y Facio. En el próximo número disertaremos modestamente acerca de este estreno.

REPOSICIÓN QUE PARECE ESTRENO

La compañía que actúa en el Argentino viene trabajando con gran entusiasmo y poniendo en las obras todo el calor y el empeño necesarios para imponerse con prestigios justamente alcanzados. En esa forma, la hemos aplaudido en "Doña Francisquita" y en todas las demás obras que ha venido representando después. Su último éxito lo ha obtenido con la reposición de "Los gavilanes", la hermosa zarzuela de José Ramos Martín y el maestro Guerrero, de la que ya conocíamos una versión no muy afortunada. La compañía, con tal propósito, ha reforzado su elenco y puede asegurarse que ha sido ahora estrenada entre nosotros. Casenave asume su papel con gran eficacia y lucimiento, cosechando aplausos que le son tributados con merecida prodigalidad. El barítono Zabarte, que en "El gato montés" no nos convencía canta bien su parte en "Los gavilanes", especialmente en algunos pasajes que repitió. Aída Arce y la Aliaga se portaron muy bien, acompañando los coros con mucho afinamiento y compás.

Cuando esta obra deje de constituir una novedad, es fácil que suba a escena la vieja y popular zarzuela grande "Marina", cuyos acordes suenan siempre gratamente para los aficionados a la buena música y que tan ligada está a la tradición musical española.

GRAN VELOCIDAD

Resulta que la pieza de Defilippis Novoa, "Los caminos del mundo", estrenada por Camila Quiroga en el Ateneo, ha hecho su recorrido con una rapidez verdaderamente asombrosa, pues en el último número de esta revista dábamos noticia de su natalicio y en este tenemos que publicar el comentario del sepelio. Y decimos que se trata de un caso de gran velocidad, porque ha cubierto en tan poco tiempo el largo recorido a que se refiere su pomposo y kilométrico título.

En reemplazo de dicha pieza, ocupa el cartel, desde el viernes, "La honra ajena", de Jorge R. Dowton. A simple título de curiosidad recordamos en este momento que ese asunto de la honra ha preocupado a don Jacinto Benavente en dos obras, "La otra honra" y "La honra de los hombres", con las que la honra se honró y ojalá ocurra otro tanto ahora, porque la honra es cosa delicada y quebradiza, con la que no se debe jugar.

TIERRA Y CIELOS MEJICANOS

Los simpáticos artistas que acompañan a Lupe Rivas Cacho en su cruzada artística por Sud América, después de hacernos conocer la tierra de los aztecas, acaban de brindarnos el cielo, lo cual significa que se trata de gente gentilísima, dignos satelites de la estrella que es Lupe, graciosa tiple para quien nadie mezquina elogios.

"El cielo de Méjico" es tan agradable como la tierra de ese país. Así lo sancionó el público que en cada uno de los cuadros aplaudió con entusiasmo, trasladándose con la imaginación al suelo donde nacieron tantos poetas ilustres, y donde hay tanta cosa linda.

LOS CUENTOS DEL NACIONAL

No queremos decir que el popular Carcavallo se dedique ahora a la literatura ni a "hacer el cuento". "Cuentos de la pulpería" es la nueva pieza del melenudo autor Claudio Martínez Payva, que ha debido ser estrenada en el escenario del Nacional en la pasada semana, si es que no la aplazaron otra vez.

En tanto, cabe agregar que "La muchacha", de Saldías, como toda muchacha linda, atrae público a las tres secciones en que se exhibe. El "rubio" autor, con la chica de la referencia, está cubriendo los gastos de su "voyage" a Europa y proyectando otro... Felicitaciones.

AL MARGEN DE UN ESTRENO

Se estrena una obra cómica, los autores han colocado una lluvia de chistes en ciertas escenas y, sin embargo, el público no se ríe. Los autores, a nuestro lado, están alarmadísimos. ¿Es que no resultan esos chistes? No. Lo que hay es que el actor que los dice habla con una velocidad de cien kilómetros por hora: los chistes salen poco menos que superpuestos y no llega el público a entender nada. El cómico, nerviosísimo, habla y habla como si quisiera terminar la pieza cuanto antes.

Del fracaso de una pieza cómica no siempre es culpable el autor; a veces, lo es el actor.

MARCONI

Nada podemos decir de nuevo en los dominios del esquiliano actor José Gómez, quien, según se asegura, nació para encarnar el Osvaldo de la obra de Ibsen, "Espectros". Gómez, desde el pináculo de la gloria, sigue viviendo tan tranquilo, después de las cincuenta repeticiones de dicha obra, récord sudamericano de resistencia ibseniana...

Siempre será "El refugio", de Nicodemi, versión de Escobar, la primera innovación en el cartel del Marconi.

LA...MAS GRACIOSA FIGURA

En la Comedia, la incorporación del primer actor cómico Miguel Lamas, viene surtiendo efecto. El público ha vuelto a la sala donde aquella graciosa figura le regocijó mil veces con su celebrada interpretación de Fray Canuto, en "Las corrias". Faltaba, en verdad, un artista como Lamas, de gran vis cómica y múltiples recursos escénicos para despertar la hilaridad del público. La Comedia ha recobrado su movimiento, su actividad de teatro concurrido por gente que busca divertirse bien y reír a mandíbula batiente.

Después de "Los puritanos", que sirvió para la reaparición de Lamas, se reprisó "Viento en popa" y "Los camarones", donde hay un tipo de medida para el brillante cómico. Además, como era de esperar, "Las corsarias".

NOVEDADES DEL IDEAL...

No siempre las cosas han de salir al derecho. Generalmente, las novedades se las ofrecen los cronistas al público, pero en este caso del Ideal las novedades las va a tener el cronista cuando aparezca lo que en estos momentos escribe. Nosotros deberíamos informar que al salir a la vida pública este número, la compañía de revistas del Ideal finalizó ya su temporada. Estas son las noticias que tenemos, sin embargo, también tenemos informaciones de que se seguirá trabajando un tiempo más, y, por último, hay quien nos asegura que tan posible es una cosa como la otra. Es decir, el "puede ser que sí, puede ser que no y puede ser que quién sabe" del cuento italiano. Por esto decimos que las novedades las conocerá el cronista cuando ya no sean novedades **para** su públ...

LA OLONA

Sigue actuando con éxito en el Mayo la compañía de Concha Olona que ha estrenado últimamente la pieza de ambiente gallego titulada "Marola", de la que es autor el periodista señor Ramón Suárez. Con dicha obra y otras del repertorio español llena su cartel y despierta el interés del público que acude en gran cantidad a la vieja sala de la avenida.

EN EL LICEO

La emocionante e intensa obra de Folco Testena, "Beatrice Cenci", que constituye uno de los éxitos más legítimos de Angelina Pagano en la presente temporada sigue mereciendo la más favorable acogida y el público premia con largos aplausos la labor de la gran actriz que encarna en su brillante papel toda la maligna y trágica figura de la protagonista. Como dijimos en la oportunidad del estreno, los demás elementos de la compañía, Lliri, Fregues, Battaglia, etc., contribuyen eficazmente para la presentación de un conjunto homogéneo y lucido.

POLITEAMA

La compañía de opereta Caramba-Lombardo continúa reprisando piezas del género que, si bien son bastante conocidas, a través de la interpretación que les da este conjunto resultan interesantes espectáculos dignos de verse y oírse. Así, "La principessa delle Czarde", de Kalmann, que gustó mucho, lo mismo que "Cio Clo", de Lehar, recientemente estrenada por la Candini y en las cuales hay papeles en que se luce la graciosa "soubrette" Inés Lidelba.

"CONVENTILLO NACIONAL"

Este sainete de Vaccarezza, tantas veces anunciado, ha debido estrenarse el viernes en el Apolo, salvo una nueva postergación. Nos proponemos comentarlo en otra edición. Veremos si, como se dice, resulta un "capo lavoro" del popular sainetero

REVISTAS EN EL FLORIDA

El viernes último debió presentarse en el ex teatro Florida, que en lo sucesivo se denominará "Boite Florida" una compañía de revistas organizada por los señores Alberto Weisbach y Raúl Doblas, ofreciendo su primer espectáculo el estreno de las revistas tituladas "Hola, Señorita..." y "Tenía un lunar", originales ambas de los nombrados autores en colaboración con el señor Mario Bellini y el maestro Antonio De Bassi, que subscribe la parte musical.

Este conjunto, cuya dirección orquestal estará a cargo de los maestros Rafael Palacios y Manuel Moreno, cuenta también como elementos destacados a las tiples y bailarinas Andrée Bordina, Oterito de Naya, Nelly Flor, Elena Peirano y Esther Parodi, a los actores Carlos Casaravilla, Alejandro Parodi, Ramón Vila, Carlos Marambio Catán, Carlos Dux, Enrique Delfino y Raúl Castro. Figura también como primer bailarín el señor Sosoff, estando la parte coreográfica a cargo de los maestros Natalio Vitulli y Rafael Millán.

CASINO

Un número de mucha atracción debutó en esta sala. Nos referimos a los Tres Steppros, bailarines acróbatas que hacen cosas sorprendentes que el público ovacionó. Otros artistas no menos interesantes, comparten con aquellos el cartel de este teatro, siempre bien concurrido.

GRAND SPLENDID

Un estreno digno del huésped que tenemos actualmente en el país, es decir, un estreno regio, fué el de la cinta "En tiempos de la caballería andante", superproducción de Max Glücksmann, que dejó una excelente impresión por la belleza de la reconstrucción histórica de la Francia de la época.

Nuevas y hermosas películas se darán en breve como estreno, manteniendo así el prestigio de este cine que administra con singular acierto don Carmelo Carbone, persona muy conocida y estimada por cuantos lo tratan. Hoy debutará la eximia bailarina belga Felyne Verbist.

CAPITOL

El programa diario de este cine acusa siempre novedades de mucho interés para el público selecto que frecuenta las secciones y que sale complacido del bello espectáculo que ofrece la pantalla

CORREO TEATRAL

Colegiala.—Ya está. Como suponíamos, no es colegiala, ni está en el Corazón y acaso el corazón tampoco esté en ell Pero, ya está, y nosotros, encantados, sólo acertamos a reproducir la cuarteta del dulce Becquer:

Hoy el cielo y la tierra me sonríen,
hoy llega al fondo de mi alma el sol,
hoy la he visto, la he visto y me ha mirado.
¡Hoy creo en Dios!

Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires
Industria Argentina.



"8 en linea"

El Automóvil de suprema distinción

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

OBIGLIO e HIJOS

Bme MITRE 1215
BUENOS AIRES